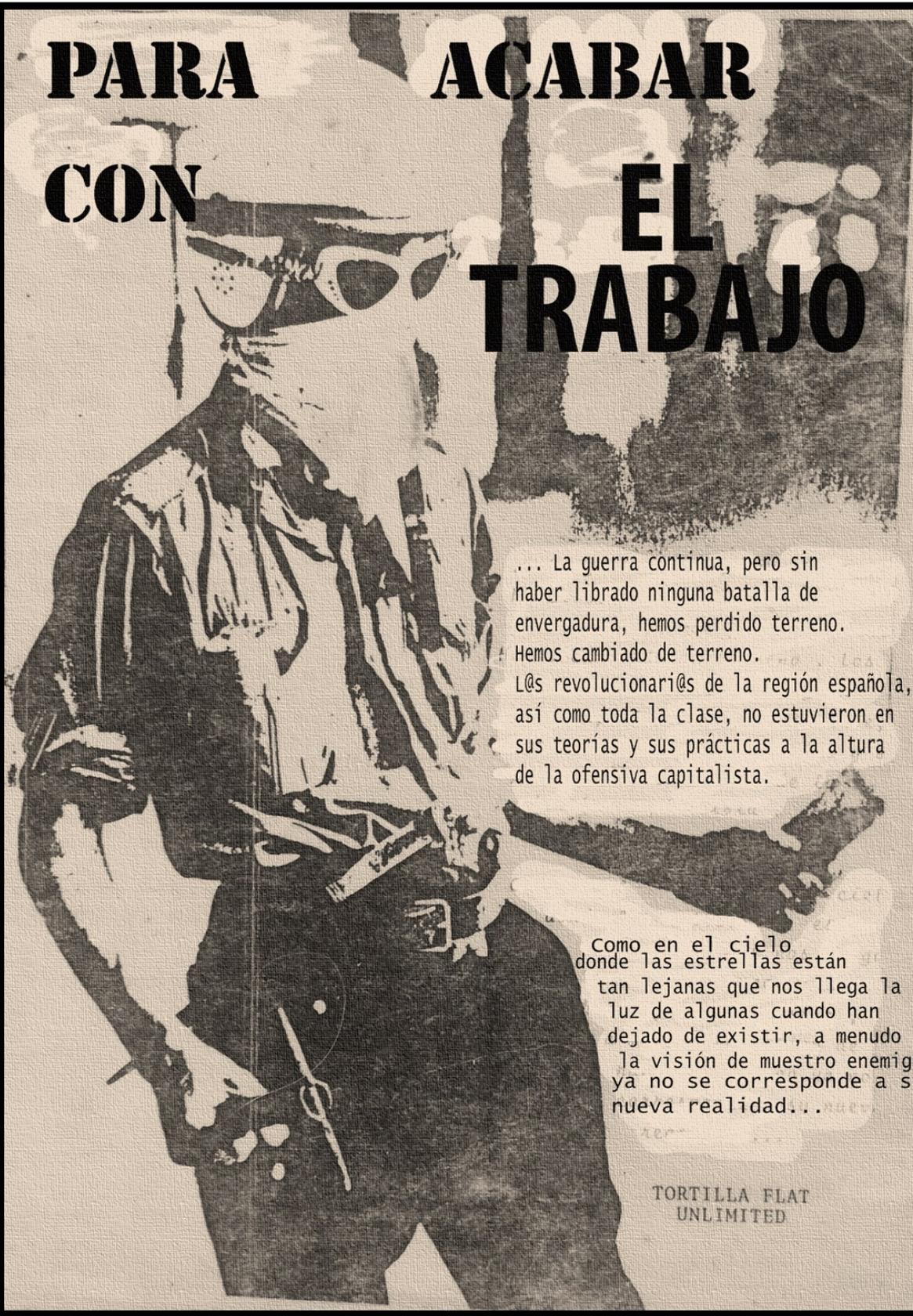


PARA ACABAR CON EL TRABAJO



... La guerra continúa, pero sin haber librado ninguna batalla de envergadura, hemos perdido terreno. Hemos cambiado de terreno.

Los revolucionarios de la región española, así como toda la clase, no estuvieron en sus teorías y sus prácticas a la altura de la ofensiva capitalista.

Como en el cielo donde las estrellas están tan lejanas que nos llega la luz de algunas cuando han dejado de existir, a menudo la visión de nuestro enemigo ya no se corresponde a su nueva realidad...

TORTILLA FLAT
UNLIMITED

"Perdemos la vida alegremente, con tal de que no se hable de ello"

Isidore Ducasse. Poesías.

"Perezosa juventud

a todo sometida,

por delicadeza

yo perdí mi vida"

Arthur Rimbaud. "Canción de la torre más alta".

"404 page not found"

Anónimo.

Queremos dedicar esta edición a nuestro inolvidable amigo, al precursor intrépido, fiel y noble del proletariado Wilhelm Wolff. Nacido en Tarnau el 21 de junio de 1809, muerto en el exilio, en Manchester, el 9 de mayo de 1864

INDICE:

Sobre el texto y la presente edición	4
Introducción: ¡Para acabar con el trabajo!	12
<i>El mundo del trabajo y su lenta y cruel agonía</i>	13
El asco voceado	15
Llamamos comunismo	21
Grandeza y decadencia de las ideologías	23
• Lo que era el socialismo cuando la burguesía poseía la sociedad (siglo XIX)	23
• El fin de la unidad de una clase (principios de siglo)	30
• El movimiento perpetuo (años 20 a 60)	36
Lo que producimos, y lo que ganamos al producirlo	46
Los ideólogos del curro y sus amos	49
Abajo el trabajo	53
La podredumbre...	57
... y la superación	62
<i>Panorama de una derrota</i>	67
<i>La ofensiva democrática del Capital en España</i>	68
Los obreros contra la fábrica, los patronos contra Franco	68
De la velocidad...	69
... a la precipitación	70
El tobogán democrático: Curvas, no ángulos	71
La colmena revolucionaria	76
El zumbido democrático	84
<i>Algunas recetas para la olla de la historia</i>	93
Bibliografía	103
Suplementos:	
<i>Abundancia e indigencia en las sociedades primitivas</i>	104

Sobre el texto y la presente edición.

“Me imagino naturalmente, a lectores que quieren aprender algo nuevo, esto es, que también deseen pensar por sí mismos” (Marx, Prólogo a la primera edición alemana de El Capital)

Este libro que tiene en su pantalla fue editado, casi con total seguridad, en el año 1979, por la editorial *Tortilla Flat Unlimited*. Como relatan en la introducción fue escrito por dos franceses, uno de ellos vivía en España¹. Poco más puedo decir sobre la primera edición del texto. Se ha intentado mantener, en la medida de lo posible la maquetación original, incluyendo las fotografías, comics desviados y respetando los textos insertados en el bloque del texto principal.

El libelo era un puñado de fotocopias, algunas de ellas mal realizadas que llevaban en una carpeta más de 20 años y fueron conseguidas en el bulevar del crimen en algún espacio de la región levantina. Se de buena tinta que se intentó, por lo menos un par de veces, editar por estas moradas del norte por el colectivo Llar/Agitación; e incluso por mediación del colectivo Etcétera se llegó a contactar con uno de los autores para que realizase una introducción al texto. Al final todo quedó en nada; los golpes represivos, el triunfo de la contrarrevolución, el desarreglo completo de todos los sentidos, la megalomanía, el devenir de la historia... a lo que hay que añadir, como causa principal, una pereza natural (¡y de convicción!).

Con el frenesí arqueológico de los últimos años, donde se rescataron una gran cantidad de textos, y el florecimiento de multitud de editoriales, albergaba la esperanza de encontrar este mismo reeditado, pero no fue así.

La elección del formato pdf para su edición y su distribución basada en las teorías del don, del regalo, de la kula y el potlatch, no ha sido

¹ Uso este término como demarcación regional del análisis y no como exaltación patriótica de ningún tipo. El proletariado no tiene patria, es internacionalista, y el rechazo de la prehistoria en la que sobrevivimos, el viejo mundo, incluye los pseudovalores arcaicos como: patria, raza, credo...

al azar. Es un acto consciente. No entiendo que un libro que pretende criticar el valor, la mercancía y el trabajo asalariado se convierta en sí mismo en una mercancía, valor de cambio para un “mercado”, por muy alternativo, social o justo que este se considere. No es “gratis” que sigue siendo en cierta manera un precio, forma fenoménica fetichizada del valor. Cuando el valor de uso se independiza del valor de cambio adquiere, inmediatamente, rasgos subversivos. Lo ideal hubiese sido expropiar un banco y con el dinero realizar una edición para regalar a las diferentes bibliotecas y colectivos pero dicha empresa me parece demasiado trabajo, muy arriesgada y poco fructífera a tenor del dinero que se podría conseguir con ello. O quizá hubiese sido mejor financiar la edición con el atraco a una okupa después de una fiesta y reivindicarlo haciendo una crítica en actos del mantenimiento del ciclo de acumulación de Capital en los espacios “liberados”, al uso del dinero dentro de los mismos.

Que las compañeras que lean el texto me perdonen pero no he querido hacer una corrección, en el sentido de incluir las “@” en el texto, salvo en la portada. Quise mantener sin tocar, salvo el corrector automático del programa, el texto para mantener todo su sentido. Si bien los compañeros que lo escriben recalcan la importancia de la lucha feminista en el movimiento revolucionario: *“el grado de emancipación de las mujeres es una prueba de la fuerza revolucionaria del proletariado”*, como veréis, no dejarán de tener una visión marcadamente patriarcal.

“Lo que dio el empuje para una nueva concepción de la revolución y del comunismo (entendidos como comunización) no fue únicamente la comprensión del contenido del comunismo derivada de una lectura atenta de Marx y Bordiga, sino también el influjo de la oleada de luchas de clase de fines de los sesenta y comienzos de los setenta, luchas que darían una nueva significación al “rechazo al trabajo” en tanto contenido específico de la revolución.”

Endnotes, "*Desenterrad a vuestros muertos*"

En cuanto al etiquetamiento del libro se podría decir que es un texto escrito por dos revolucionarios, dos compañeros, que rechazan toda ideología y buscan en las diferentes teorías revolucionarias lo que consideran válido para la Revolución Social. Sus fuentes están ahí en el texto: Jean Barrot, *Guerre Sociale*, Marx, Fourier... Se podría decir, entonces, que entran dentro de la “*corriente comunizadora*”² o *comunización* que surge a principios de los años 70. Esta apreciación, creo que es la que más se ajusta al espíritu del texto, pero dejaré a l@s profesionales de la hermenéutica revolucionaria dicho análisis.

Es muy importante mantener el contexto social y político de finales de los años 70 para su comprensión. Lo que ellos llaman: “La ofensiva democrática del Capital en España; “La transición”. Durante la transacción democrática³ se suceden una serie de huelgas salvajes del proletariado surgido durante el ciclo de desarrollismo puesto en marcha por los tecnócratas franquistas a finales de los años 50. Dentro del espectro del autonomismo libertario se dieron muchos debates en torno a la autogestión, el consejismo, asambleísmo, sindicalismo o anarcosindicalismo... Los autores del texto hacen una crítica radical a estas, y a todas, las ideologías, falsas conciencias de la realidad, porque ninguna rechaza la *Totalidad* del sistema capitalista en todas sus esferas (relaciones de producción, tecnología, relación con la naturaleza, patriarcado, relaciones sociales, reproducción de la vida cotidiana...) y se empeñan en buscar un método más razonable, humano, aunque sea sin “jefes”, de gestionar -o autogestionar- el mismo sistema de mierda.

Dentro de la crítica del obrerismo imperante en la época, los compañeros amplían el concepto “tradicional”, el más aceptado en ese período, del sujeto revolucionario, el proletariado, identificado exclusivamente con el obrero industrial y señalan la importancia de

² [Comunización. Materiales para la Revolución Social. Ed. Klinamen](#)

³ [Transición a la modernidad y Transacción democrática. \(De la dictadura franquista a la democracia\). Colectivo Etcétera](#)

los “nuevos” comportamientos como por ejemplo la ocupación, reproduciendo un texto sobre los Squatts en Francia.

El texto, a parte de su valor pedagógico, es de mucha utilidad, porque estamos viviendo lo que muchos sesudos analistas llaman una “segunda transición” tras el fenómeno conocido como “el 15M”. Hegel decía que la historia se repite dos veces, a lo que Marx añadía, la primera como tragedia y la segunda como farsa. Una “segunda transición” que no es más que la “refundación” del capitalismo, como diría Sarkozy⁴, una nueva reestructuración a nivel global. No se trata de hacer en esta introducción un análisis de los últimos acontecimientos, pero sí destacar, el despliegue de las fuerzas contrarrevolucionarias porque ha sido de una magnitud sideral, como hacía mucho tiempo no se veía. El lema “*No somos mercancía en manos de políticos y banqueros*” fue recuperado por los más gilipoyas de los profesores bolivarianos. El resultado es evidente, las plazas han quedado vacías, las urnas están llenas, las instituciones que nos destruyen reforzadas... el Capital, tras haber contenido el aliento durante unos instantes, vuelve a respirar tranquilo.

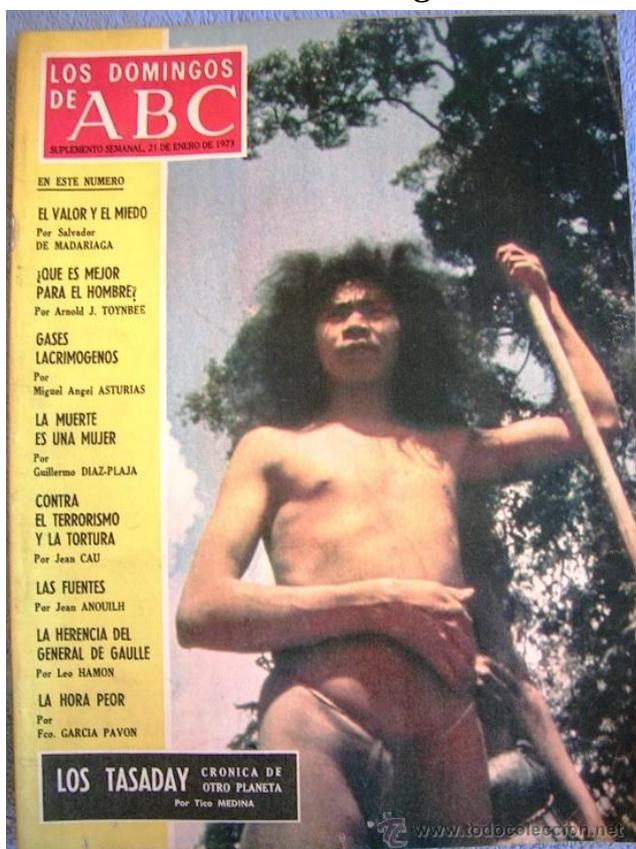
El contenido se divide en cuatro partes diferenciadas: El mundo del trabajo y su lenta y cruel agonía, panorama de una derrota, la ofensiva democrática del Capital en España y algunas recetas para la olla de la historia.

Además incluyen como suplemento “*Abundancia e indigencia en las sociedades primitivas*”, un artículo que apareció por primera vez en el primer número de la revista “*Guerre Sociale*”⁵ en 1977 y que republicó como suplemento en el cuarto número de la misma en 1982.

⁴ “Hay que refundar el capitalismo sobre bases éticas, las del esfuerzo y el trabajo, las de la responsabilidad, porque hemos pasado a dos dedos de la catástrofe” Sarkozy, *El País* (26 de Septiembre, 2008)

⁵ Revista fundada en 1977, cuyo animador principal fue Dominique Blanc. En 1980, el grupo que gira en torno a la revista se divide sobre la cuestión del apoyo dado a Robert Faurisson y a las tesis negacionistas. Varias personas, entre ellas Gilles Dauvé (Jean Barrot), que participaron en la revista se alejaron y fundaron *La Banquise*.

La traducción que aparecía en el libro era bastante mala, con algunas partes sin traducir que en el texto original estaban en francés antiguo. Es por ello que se ha corregido utilizando en su mayor parte la, mucho mejor, traducción aparecida en el año 2000 en el número 45 de la revista *Comunismo*⁶ (órgano central en castellano del Grupo Comunista Internacionalista (CGI)). Eso sí, he prescindido de las glosas críticas marginales al texto, para cualquiera que las quiera consultar puede pinchar en el enlace de la nota a pie de página. Es de destacar, aunque son bastante benévolo con el texto, que critican que se considere en el artículo que todavía existiesen sociedades primitivas. Creo que los compañeros del CGI critican esta afirmación por desconocimiento del caso Tasaday que creo que es el que anima a *Guerre Sociale* a hacer esa afirmación y, como otros grupos de la época, a poner sobre el tapete la cuestión del comunismo primitivo. Incluso, en 1973, el director Claude Faraldo dirigirá la genuina y, como decían los situacionistas, filantrópica, película *Themroc* que trata el tema de una manera magistral.



Expongo brevemente el caso de l@s Tasaday que aclarará un poco el sentido del texto de *Guerre Sociale*.

El Oficial de Filipinas y antropólogo aficionado, Manuel Elizalde, anunció en 1971 el descubrimiento en Mindanao de l@s "Tasaday", una pequeña tribu primitiva que vivía aislada en la selva, y de la que dijo eran el pueblo más primitivo de la tierra. Según Elizalde vivían casi

⁶ [Comunismo, Nº 45](#)

como en la Edad de Piedra, en armonía total con la naturaleza hasta el punto que desconocía el significado de la palabra "guerra". Manuel Elizalde, perteneciente a una de las familias más adineradas de Filipinas, educado en Harvard, ocupaba la jefatura de la PANAMIN, la agencia creada por él mismo bajo el auspicio de presidente Ferdinand Marcos para proteger a las minorías étnicas y culturales de las islas.

Se sucede una avalancha de visitas de antropólogos, periodistas y curiosos. Los Tasaday aparecen en todos los medios, son protagonistas de numerosos documentales e incluso portada del National Geographic. Celebridades como Charles Lindberg o Gina Lollobrigida los visitan como si de una exhibición de feria se tratara.

Ante las primeras dudas sobre la veracidad de los Tasaday, los antropólogos piden al gobierno más tiempo para investigar, pero Elizalde, supuestamente en aras de la preservación de los Tasaday, decide crear una zona reservada alrededor de ellos que cerca con un muro y con la vigilancia de soldados armados. Expulsa a los antropólogos y periodistas y prohíbe las visitas.

Y así permanecen una década, hasta que en 1986 el gobierno del matrimonio Marcos cae derrocado. Ese mismo año, el antropólogo y reportero suizo Oswal Iten y el reportero filipino Joey Lozano se adentran en la jungla para ver qué ha ocurrido con los Tasaday.

Y no dan crédito a lo que ven. Los Tasaday no viven en cuevas ni visten taparrabos de hojas.

Para colmo, algunos Tasaday confiesan haber sido pagados por Elizalde para vestir como indígenas primitivos y posar ante periodistas y antropólogos cuando realmente eran miembros de aldeas cercanas.

La polémica está servida... El semiólogo Lawrence Reid, tras convivir con ellos durante largos periodos, demuestra que el dialecto Tasaday no solo es diferente a los de alrededor, sino que mantiene raíces comunes con el que se hablaba en el valle de Kulaman en Manobo

desde hacía ciento cincuenta años. Para Reid, l@s Tasaday se separaron de esta comunidad hacía cerca de doscientos años y habían permanecido realmente aislad@s desde entonces. Para mayor controversia, l@s Tasaday que habían confesado el fraude rectifican y aseguran esta vez que les habían presionado para decir que todo era falso cuando no era así, y todo a cambio de tabaco y ropas.

En aquellos años el nuevo gobierno filipino se había embarcado en una campaña de demonización de todo lo que el gobierno de Marcos había hecho anteriormente, y l@s Tasaday habían sido una de las joyas de la corona.

No se trata aquí de ver si l@s Tasaday eran verdad o no, labor más propia del reaccionario Iker Jiménez, sino que con su descubrimiento se creó un fenómeno social espectacularizado sobre las sociedades primitivas y su forma de vida. Es por ello que, equivocadamente o no, *Guerre Sociale* afirma que “Los primitivos todavía existen...” y hace un análisis en el que se cuestiona en bloque el sistema capitalista, pero no para volver a la edad de piedra a lo *Themroc*, sino para poner de manifiesto la deshumanización de una “sociedad” que acumula por acumular, produce por producir, siempre mercancías, y que solo ya, por “casualidad del azar”, podemos decir, llega a cubrir nuestras necesidades. Un ciclo de acumulación siempre reproducido a una escala mayor y en base a la explotación mediante el trabajo asalariado, a nuestro derrumbe como seres humanos.

No es una edición crítica, llena de mis apreciaciones subjetivas u objetivas, lo que no quiere decir que esté completamente de acuerdo con el análisis de los compañeros.

Aún hoy, a estas alturas de la película, el estadista estaliniano, el anarcosindicalista trasnochado o el demente keynesiano se llevarán las manos a la cabeza ante la idea de la abolición del trabajo asalariado. ¿De qué vamos a vivir? Anclad@s en el productivismo industrial ya superado, desplazado por las formas antediluvianas del

capital (mercantil y usurario), se empeñan en no recordar que bajo el capitalismo nunca hubo trabajo digno, siempre fue precario y que aprovechando sus crisis, la devaluación de la fuerza de trabajo ha casi llegado a valores negativos. La tasa de paro, la exclusión social, necesaria para el sostenimiento del capitalismo ha hecho insostenible la supervivencia. La solución del reparto del trabajo ha sido adaptada por el capitalismo con la reducción del tiempo en los contratos laborales.

Tras el desmantelamiento industrial de los años 80 de la mano de la socialdemocracia, el adiós a los monos azules en los tendales, el Capital ha transformado radicalmente el espacio geopolítico. “Aquí” hemos pasado de ver como se producen las mercancías a verlas circular e intentar sobrevivir introduciéndonos, como nos sea posible, en el ciclo de acumulación de capital como mediadores en la realización de la mercancía, del ciclo del capital productivo al ciclo del capital mercantil, la terciarización, el sector más servil, o los “emprendedor@s” con todo lo que conlleva en cuanto a transformaciones profundas en las concepciones mentales del mundo. Si bien es cierto que en contra de lo que se cree normalmente el porcentaje de producción industrial no es nimio, pero sí el empleo.

Estructura de la producción en la economía española (Datos en porcentaje)

	Agricultura y pesca	Industria energía	Construcción	Servicios
1970	11,0%	34,0%	8,8%	46,2%
1980	7,0%	28,6%	7,9%	56,5%
1990	5,5%	25,1%	8,8%	60,6%
2000	4,1%	20,6%	10,1%	65,2%
2005	3,0%	18,8%	11,6%	66,6%
2010	2,6%	17,2%	8,8%	71,4%
2012	2,5%	17,2%	6,3%	74,0%
2013	2,8%	17,1%	5,6%	74,5%
2014	2,5%	17,1%	5,4%	75,0%
2015	2,5%	17,1%	5,5%	74,9%
2016	2,6%	17,8%	5,6%	74,1%

Fuente: INE (2017)

Estructura del empleo en la economía española (*Datos en porcentaje*)

	Agricultura y pesca	Industria energía	Construcción	Servicios
1970	29,3%	25,3%	8,9%	36,5%
1980	18,6%	27,2%	9,3%	44,9%
1990	11,5%	23,7%	9,8%	55,0%
2000	6,8%	18,8%	12,0%	62,4%
2005	5,3%	16,2%	13,8%	64,7%
2010	4,6%	13,8%	9,3%	72,3%
2012	4,7%	13,5%	6,8%	75,0%
2013	4,8%	13,4%	6,1%	75,8%
2014	4,6%	13,4%	5,9%	76,2%
2015	4,3%	13,6%	5,8%	76,2%
2016	4,4%	13,9%	5,8%	75,8%

Fuente: INE (2017)

Tras la ilusión pasajera de la burbuja inmobiliaria basada en la construcción, especulación y endeudamiento masivo, quedó claro que el aumento de producción de mercancías en los sectores de subsistencia de la clase trabajadora no va parejo a un descenso de la tasa de explotación del Capital, la devaluación de la fuerza de trabajo se basa en las importaciones baratas producidas en condiciones decimonónicas en lejanos espacios geográficos; la revolución microinformática donde se genera plusvalía las 24 horas del día a inconscientes golpes de ratón, la robotización; el capitalismo continúa la acumulación originaria como acumulación por desposesión, término acuñado por David Harvey, en el que se mercantiliza hasta el ADN de los seres humanos. Ante esto, las alternativas son una añoranza del fordismo-keynesiano que, menos mal, nunca volverá. Otr@s se aferran a la socialdemocracia más rancia, identificándose con todo lo que l@s destruye. A seguir pidiendo a gritos un explotador que nos exprima hasta la última gota de nuestra devaluada fuerza de trabajo. El viejo proyecto de emancipación social, la destrucción del capitalismo se ha olvidado. No es tiempo ya de rechazar, tal o cual trabajo concreto, si no el rechazo en su conjunto de la sociedad del trabajo, el rechazo del trabajo abstracto; no la idea, sino la pesadilla real que representa. Hacer una revolución que sea de inmediato un aumento cualitativo de la vida para cada ser humano.

No quiero extender más esta introducción, no tengo ni tiempo ni ganas, solo espero que agite el espíritu a más de un@ y por lo menos les haga reflexionar sobre la supervivencia superequipada en la que estamos para poder salir, de una vez por todas, de la prehistoria.

Vigilancia: ¡L@s recuperadores están entre nosotr@s!

¡Por la Anarquía! ¡Por el Comunismo!

¡Abolición de la mercancía y del trabajo asalariado!

¡Abajo la sociedad de clases!

¡Descansad!

Desde algún lugar en el entorno rural de la región asturiana.

Pierre Françoise Lacenaire

Chief Culture Officer de la editorial *Ni Tiempo, Ni Ganas*.



¡PARA ACABAR CON EL TRABAJO!

Este texto ha sido escrito por dos franceses, uno de los cuales vive en España. Es el reflejo de diversas discusiones con compañeros de aquí y de allá, y trata de utilizar para España las enseñanzas de la experiencia francesa de la democracia y del capitalismo moderno. Frente a lo que les sucede diariamente, muchos compañeros españoles parecen desamparados; les resulta difícil reconocer al enemigo, pero sobre todo a las nuevas fuerzas en formación. No se puede decir que la situación francesa sea mucho más brillante, pero ciertamente permite esclarecer muchas cuestiones que, en España, están ya mal planteadas.

Así como el médico no va a buscar la causa del catarro en la nariz, no es en alguna especificidad ibérica o catalana que encontraremos las razones del mal que carcome la revolución española. Es por esto que, en el análisis que hacemos de la situación actual, y del movimiento histórico que la ha creado, nos tomamos la libertad de escoger nuestros ejemplos ahí en donde las tendencias aparecen más claramente. Nuestros lectores más al corriente que nosotros de la historia española pueden adaptar nuestras tesis. Pensamos que nuestra demostración no se debilita por estas selecciones, sino que al contrario, estas no pueden más que aportar cierto distanciamiento en un país que abusa un poco del particularismo. A través de las perspectivas que abrimos, esperamos contribuir a un debate, y, de esta manera ayudar a nuestros compañeros españoles; y tal vez, más concretamente, favorecer encuentros.

El mundo del trabajo y su lenta y cruel agonía.

Toda la actividad de las sociedades en donde reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de trabajo. Todo lo que es vivido directamente se afirma en primer lugar como resistencia al curro.

El asco voceado

“El carácter ajeno del trabajo aparece claramente en el hecho de que, en cuanto no hay coacción, física o de otro tipo, se huye del trabajo como de la peste” (Marx)

Si hay un sentimiento unánimemente admitido en la actualidad, en un mundo en el que el Capital (bajo formas aparentemente contradictorias)⁷, ha extendido su dominación a todos los sectores de la vida y del planeta, es el asco del trabajo. En la fábrica donde los mejores momentos transcurren en los wáteres, lejos de la mirada de los capataces; en las oficinas, en donde los ojos de los empleados permanecen fijos en el reloj; en el consultorio médico, en donde el deseo profundo del trabajador es obtener algunos días de respiro; por doquier resuena la misma exclamación: “¡Cuánto antes se acabe, mejor!”.

El desprecio a la embrutecedora actividad asalariada es tal que, ni el sentimiento cívico, ni el llamamiento a la responsabilidad del trabajador, han podido embotar el primer reflejo de resistencia: el sabotaje. ¿Qué obrero, frente al objeto ajeno que fabrica bajo coacción, no ha saboreado este odio destructor?

⁷ Desde hace mucho tiempo, se ha establecido que los llamados países socialistas son de hecho capitalistas de Estado. Como esperamos ilustrar implícitamente por nuestro texto, esto no es en absoluto efecto de la existencia de una jerarquía, de una burocracia, o de un partido centralizador (aunque todos estos signos prueben abundantemente que ahí el proletariado ha sido vencido). Sino más bien del tipo mismo de la actividad de las sociedades que en ellos se han desarrollado: se trabaja, se intercambia, permanece el salario, esto mismo es la base de la división de clases, y no la burocratización, la ideología, o la ausencia de democracia. Al lado de la falsa crítica de los anarquistas, o de algunos comunistas de consejo (estilo Pannekoek) el célebre artículo de “Socialisme ou Barbarie” utilizaba el análisis marxista para encontrar la base de la restauración capitalista (y no burguesa!) en el centro mismo de las relaciones de producción; pero, debido a que no extiende este análisis a la revolución misma, “S. ou B.” llega a propalar las mismas simplezas que los anarco-consejistas sobre la democracia obrera y el anti-burocratismo. Recomendamos vivamente la lectura de “*comunisme et question russe*” de Barrot, que recentra la cuestión.

Lo peor, en esta miseria moderna, es que no se limita al marco de la empresa. Desde que suena el despertador comienza la angustia: ¿Por qué dejar a mi compañera para ir a esos horrores? El primer castigo anti-burgués será obligar a los patronos a comerse los despertadores; después de probar las delicias de los transportes colectivos - vagones para bestias; de las cantinas -fábricas de comida sin placer; las horas de recreo suficientes apenas para recuperarse; el escaso sueño con los nervios de punta. Es toda nuestra vida la que vendemos al trabajo. Cuando se está enfermo, ¿para qué sirve el médico si no es para darnos una remozada rapidez y superficial con la que podamos refuncionar lo más pronto posible? Hasta tal punto que hay quienes llegan a la automutilación para escapar de la desgracia.

No es posible desarrollarse completamente con el trabajo. No lo es para los millones de chupatintas condenados a clasificar balances, fichas de pago, expedientes repletos de los sórdidos sueños de este mundo; no lo es para los torneros, fresadores, ajustadores, soldadores, arrinconados frente a sus máquinas a las que terminan de conocer mejor que a ellos mismos. No lo es para los barrenderos, excavadores, sirvientas, cocineros en serie, costureras, vendedoras de supermercado; no lo es para el técnico que solo inventa combinaciones de técnicas absurdas; no lo es para el artista obligado a enfundar el incómodo pellejo de un decorador de la tristeza; tampoco para el científico funcionarizado a ultranza, cerrado en su especialidad; ni para el médico, que ha desaprendido el cuerpo humano, y no es más que un reparador de mecanismos oxidados, concesionario de los trust farmacéuticos; ni para el profesor, cuyo verdadero papel es el de enseñar a sus alumnos a obedecer, a disciplinarse, a respetar a los viejos y a los horarios⁸.

⁸ y si el fuego que nos quema enciende este mundo, estemos seguros de que los alumnos aprovecharan para incendiar las escuelas, y los últimos profesores.



La educación, concebida como fábrica, consagra la misma deshumanización de la vida y de su propio proceso reproductor, pero al nivel de las generaciones. No hay que reformar esta fábrica de corderos que es la escuela, es necesario acabar con ella y desolver el momento separado de la transmisión del saber en el flujo de la actividad y de la consciencia, en la aventura.

A la derecha, colegianos chinos aprovechando el pensamiento del Gran Hombre.



"Todo aquello que pueda ser aniquilado debe ser aniquilado, para que los niños pueden ser salvados de la esclavitud."

Keats



Todo esto lo sabemos quiénes no producimos nada en lo que nos podamos reconocer, sino todavía y siempre mierda que vender, mucha mierda que vender, una sociedad de mierda que solo sabe vender.

Si bien es cierto que el desprecio en acto del trabajo es la última huella de vida del trabajador en la empresa, este no solo se expresa en el lugar de trabajo, ni frente a él. A parte de los intelectuales de

izquierda, y de los sindicalistas, todo el mundo conoce el principal provecho que se saca a una huelga: el placer de encontrarse con tiempo libre, de hablarse, de manifestar un poco de dominio sobre la propia vida; el placer infantil de vengarse del enemigo, capataz zarandeado, o patrón secuestrado; e incluso la satisfacción tontamente reivindicativa de afirmar sus necesidades. En este sentido, la multiplicación de las huelgas salvajes no sindicalizadas reviste una significación muy particular: permiten salir del espantoso ciclo de mercadería entre el sindicato-vendedor y el patrón-comprador de carne humana. Ahí se siente su fuerza, ahí se le pone a prueba.



En Sao Paulo, una de las más grandes megalópolis del mundo, la malnutrición ha llegado a tal punto que el Estado desarrolla conscientemente la industria farmacéutica para compensarla. Las madres de familia consagran más dinero en píldoras para sus bebés que en la leche que necesitarían y que ellas mismas no pueden darles. En este punto de integración de la miseria proletaria, el Capital ha hecho del cuerpo humano mismo un engranaje de la maquinaria que degrada para valorizarse. Toda la reificación de la medicina muestra muy bien esta reducción de la vida biológica a un momento del proceso, y además, ¡el momento que debe costar más barato!

"Entre quienes comprenden claramente que hacen falta huelgas para calmar las tensiones, dentro de los sindicatos, hay muchos negociadores patronales (...) Estos tienen perfecta conciencia de que los dirigentes sindicales pueden necesitar esas huelgas para imponer la ratificación de acuerdos pasados, y reelegirse" (Wall Street Journal, 29/10/1970)

"La integración de los sindicatos en la fábrica tiene como consecuencia el hecho de que el sindicato se encarga de una gran parte del trabajo de la oficina de personal de las empresas, convirtiéndose en el agente disciplinario de base." (C. Wright Mills en "The new man of power", citado por Zerzan)

Este doble rechazo del trabajo, por una parte, y de afirmación "a la italiana"⁹ de sus necesidades, por otra, ya no es el monopolio de la clase obrera, aún considerada como núcleo del proletariado.

En Francia, en donde los bachilleres se han reconocido como fuerza de trabajo en formación, es decir sometidos ya a las necesidades de la industria y de la economía en general, luchan precisamente contra esta dominación, mediatizada por el Estado: tanto por su ausencia cada vez más evidente, su no colaboración (hasta la paradoja moderna de que los buenos alumnos, los lameculos, son los izquierdistas; los demás no quieren ayudar, y mucho menos, a la necesaria reforma), cuanto en vastos movimientos como el de la primavera de 1973, en donde la conciencia no quedó muy atrás de la violencia anti estatal.

En Italia, en donde las madres de familia han roto la picota que les impone uno de los últimos países católicos, de la zona del capitalismo desarrollado; exigiendo desmadradamente el derecho al aborto y a la contracepción libres y gratuitos, el salario para el trabajo doméstico, el derecho al divorcio, electricidad y raviolos más baratos, y, en fin,

⁹ Lo que los italianos han teorizado estos últimos años bajo el nombre de "salario como ingreso político", es el desprendimiento entre lo que vale nuestro trabajo, y lo que se gana; se gana lo que se arrebató a los patrones en las luchas, el fruto de la organización "política" de la clase (y no de sus organizaciones políticas). En cuanto a lo que vale nuestro trabajo, esto atañe a los capitalistas, nuestro interés es de que se "valga" lo menos posible, ya que es nuestra vida la que se consume en este valor.

pasta porque todo el mundo tiene por lo menos necesidad de esto; ¡excepcionalmente ayudadas en todo esto por sus hombres!¹⁰

En España, en donde los parados tratan de salir del viejo dilema moral del salario merecido justamente, exigiendo una supervivencia decente, organizándose de manera autónoma; y en donde los presos comunes se afirman como políticos, como proletarios reprimidos en tanto que tales.

Y, en una palabra, en todas partes, ahí donde jóvenes proletarios huyen del infierno de las ciudades-fábricas, buscando refugio quien en la libertad abstracta de la carretera, quien en el calor fetal de las comunas. Por esto es que el movimiento hippie no puede ser asimilado a una “desviación pequeña-burguesa” cualquiera, sino que, por el contrario, fue profundamente anticapitalista en su abierto rechazo de la miserable condición que nos es dada (aunque sus grandes ilusiones, y la ideología gilipollas que han salido de él hayan facilitado su rápida recuperación).

Todas estas luchas, todos estos comportamientos del proletariado moderno han aparecido bajo una forma consciente y violenta en muchos países, y como tendencia por doquier.

Y es necesario contar con que se desarrollarán nuevos en España, donde la actividad frenética de la clase dominante les crea un terreno

¹⁰ Tales reivindicaciones tienen una significación crucial, si recordamos que el papel destinado a las mujeres en esta sociedad es el de ser reproductoras de la fuerza de trabajo (embarazo, educación, administración del hogar, alimentación, afecto, etc...) que es tan importante como la producción de pernos, etc... y, en nuestra época, también colonizado por el capitalismo. Estas luchas por la autonomía material de las mujeres representan un triunfo capital, y, de cualquier manera, una necesidad para el movimiento revolucionario: tanto al combatir una división en el seno del proletariado, como al aportar su riqueza y su fuerza cualitativamente nuevas, se cambia la faz de la sociedad y de la revolución. Ya sea la participación de las mujeres en la Comuna, en la revolución española, o en el levantamiento de las argelinas que quemaron sus velos, y el Corán, después de la salida de los franceses; o inversamente el machismo cubano de Castro y de su partido, de Franco, y la reinstauración del velo y el Corán en la Argelia de Boumedién, el grado de emancipación de las mujeres es una prueba de la fuerza revolucionaria del proletariado. Las viejas antiguallas machistas de la C.N.T., incluyendo a la Montseny, harían bien en preguntarse qué mundo esperan construir con sus caras de palo, sus gordos brazos, su miedo al orgasmo, y su desprecio a los maricones. ¡Que los atormenten cien manifestaciones como la de Barcelona, que sus mujeres quemen sus fregonas, que huyan sus hijos y que se corrompan!

abonado¹¹. Todos tienen como punto en común el movimiento contradictorio del rechazo al trabajo, y a la organización de la sociedad alrededor de este; y de la afirmación de nuestras mínimas necesidades humanas (naturales o no), exigencias no negociables, e irreductibles. En esta doble tendencia se esconde (mal) la crítica del intercambio mercantil: lo que uno no quiere es un salario justo por un trabajo honesto, es la satisfacción incondicional de nuestras necesidades, y acabar con la miseria sin fin del trabajo. La primera de las mercancías rehúsa venderse. Esto, solo, contiene en germen la disolución de todas las relaciones sociales.

Llamamos comunismo...

“Ya no está lejos el tiempo en el que los hombres se considerarán como miembros de una sola y misma familia, y trabajarán juntos en comunidad. Si la industria moderna no hubiera estado ahí para sacudir primero esta sociedad egoísta, y para después darle en tanto que sociedad comunista su excedente de fuerzas productivas, no habiéramos recibido la idea del comunismo, y mucho menos habiéramos creído que su realización fuera posible.” (Moses Hess, en un mitin comunista en Renania, en 1845)

La historia del capitalismo es la historia del hombre produciendo su sociedad en condiciones radicales de separación del productor y del producto. El fundamento, y el resultado de estas condiciones es la división de la sociedad en clases: una asegura la producción material, y la otra, a través de la propiedad privada, asegura que lo que es producido materialmente sea la misma sociedad a una escala aumentada: dicho de otra manera, que perpetua la pobreza de una

¹¹ Por ejemplo la utilización más ágil y sistemática de las policías sindicales ; la manipulación de la vida cotidiana mediante la urbanización furiosa, las asociaciones de vecinos, o los grupos de higiene mental; la destrucción global y sin obstáculo del paisaje español. Todo esto suscita, en negativo, resistencias que esbozan el rostro del nuevo proletariado. Pero, ni los ateneos libertarios, ni el movimiento ecologista-comunal (versión endulzada de sus hermanos mayores extranjeros), pueden ser considerados como estas nuevas respuestas a la explotación moderna; la pasividad y el conformismo de los ateneos los ha puesto definitivamente fuera de juego.

clase y su sumisión. El modo de esta producción es el trabajo, es decir la especialización de una parte del tiempo para producir más de lo que es inmediatamente necesario. La relación humana que se concretiza en esto es el salariado, el intercambio mercantil generalizado.

En cada época, la resistencia del proletariado a esta sumisión, la tentativa de abolir el salariado, (consigna de la “liga de los comunistas”, de los primeros sindicatos, de la A.I.T.), pasa por la lucha económica contra las bases materiales de esta sumisión, (la miseria, el salario apenas suficiente para reproducirse, la propiedad privada de las máquinas y de las tierras), por la lucha política contra la clase que trata de dominar esta sociedad (la burguesía, al menos en un principio), y su Estado; implica la disolución de las relaciones sociales que han llegado a ser intolerables a consecuencia del desarrollo de las posibilidades humanas, y la construcción de una sociedad cuya meta sea la vida humana. Como trataremos de ilustrar, esto significa una conmoción profunda de toda la actividad, y del empleo humano del tiempo, de la naturaleza, del hombre mismo.

La teoría revolucionaria no es más que la expresión abstracta, la visión de un momento determinado de la lucha, de la sociedad que se quiere construir; es decir el análisis de las relaciones que se han creado en este momento de la guerra de clases, y de esta misma realidad que vuelve a servir como modelo general de quienes la utilizan, de aquello para lo que la utilizan, de las condiciones en las que la utilizan. “Llamamos comunismo al movimiento real que suprime el actual estado de cosas”, es decir la lucha de los proletarios para cambiar radicalmente las relaciones sociales, y las relaciones aparecidas en esta lucha que crean las condiciones de la vida humana, de la dominación de su propia actividad. El comunismo no es un programa a realizar o a hacer realizar, sino un movimiento social.

Si la memoria histórica de nuestra clase ha sido cuidadosamente obliterada por los defensores del orden, el mayor peligro viene del seno del movimiento obrero, y no solo del oficial. El Capital ha sabido

superar cada plazo que le imponemos, remodelando el mundo, reestructurando la producción y a nosotros mismos, adaptándose por necesidad vital a la desenfrenada carrera que le impone la lucha de clases. ¿Y nosotros, revolucionarios pretenderíamos guardar formas de lucha que ya fueron vencidas en su tiempo? Esto no es serio.

Es necesario ante todo reconocer qué situación específica vivimos, qué opresión moderna sufrimos; y, para esto, esclarecer, a través de la historia de las luchas que nos han hecho lo que somos, lo que es constante y lo que está superado.

Grandeza y decadencia de las ideologías.

- **Lo que era el socialismo cuando la burguesía poseía la sociedad (siglo XIX)**

“¿Por qué el capitalismo derrotó y venció al feudalismo? Porque creó normas de producción más elevadas. ¿Por qué el socialismo puede y debe vencer, y vencerá necesariamente al sistema de economía capitalista? Porque puede proporcionar ejemplos de trabajo superior, un rendimiento más elevado que el sistema de economía capitalista”. (Stalin, 1ª conferencia de los Stajanovistas)

Aunque la burguesía nació en Italia de la actividad de los comerciantes¹², es en Francia y en Inglaterra que el desarrollo de la industria permitió a la sociedad de clases revelar su contradicción histórica: el proletariado como fuerza productiva y como fuerza combatiente, como “clase en sí” y como “clase para sí”.

¹² Fueron los mercaderes venecianos quienes concentraron a los artesanos tejedores al proveerlos de los instrumentos, materias primas, y un salario por su trabajo. Esto suponía, desde luego, una acumulación de riqueza mercantil, en dinero y en bienes materiales; pero esta solo devino capital en esta confrontación de la pura fuerza de trabajo de un lado, y de los medios de producción del otro, no teniendo el obrero otra posibilidad de supervivencia que el intercambio de su trabajo contra el salario. El lugar privilegiado del textil, en los inicios de la gran industria, no es indiferente: como mercancía recortable, stockable, producible en serie, era capitalizable por excelencia. Esto es comparable con la coacción que Roma, o el imperio Inca, imponían a sus vasallos, producir ante todo cereales. ¡Hay productos que favorecen la explotación! Aunque la sociedad moderna haya logrado dar a cualquier cosa una forma mercantil, incluyendo la música, los cromosomas, el amor (no solo el sexo, que no sería algo nuevo), y la teoría revolucionaria, es indudable que se aprovechará la primera ocasión para parar la producción de lo peor: uniformes, armas, cerraduras, vino baturrico, porta-monedas, y coches apollillados que están, a pesar de todo, ligados a un modo de vida.

Desde su origen, el capitalismo se funda en la escasez: la expropiación masiva de los campesinos, la constitución de una clase sin reservas, la concentración de la riqueza material en las manos de unos cuantos; sólo la pauperización generalizada pudo forzar a la gente a asalariarse¹³. Todo esto estaba ya contenido en el antiguo proyecto humano de búsqueda de la abundancia por la división del trabajo combinada con el ahorro de la sobreproducción (lo que, en las sociedades agrícolas había provocado la aparición de clases). Pero la inhumanidad del proceso se revelaba claramente en la necesidad de una clase para asegurar la extracción de la sobreproducción, y de un Estado para mantener artificialmente la cohesión de la humanidad así dividida.

La imagen clásica del obrero de esta época, salido del artesanado o del campesinado, es la que predomina hasta nuestros días: el trabajador fabricando en el marco de la empresa el objeto destinado a la venta, y para el provecho del patrón propietario y gerente. En esta época, el tipógrafo imprimía, el relojero hacía relojes, y el zapatero zapatos. La relación enmascarada por esta identificación del trabajador con su trabajo no apareció sino negativamente en las luchas contra la miseria: la competencia, el hambre, la esclavitud libre que los burgueses habían cínicamente bautizado como “libertad del trabajo”.

Precisamente por esta libertad de trabajo los “sans-culottes” franceses habían combatido en 1789 detrás de la burguesía contra las últimas trabas de los gremios, del feudalismo, del viejo Estado podrido; precisamente contra la realidad de la miseria que recobraba se rebeló tan rápido. De 1796 a 1848, todas las luchas se centraron alrededor de la resistencia a la industrialización, y a su consecuencia más sensible:

¹³ Esto explica (por ejemplo) la importancia desde su origen del salario en Estados Unidos: la presencia de una frontera abierta obligaba a garantizar un nivel de vida sino igual, por lo menos comparable al de un granjero libre. Lo anterior, y la tradición obrera exigente que de ello surgió, explican “los privilegios” (muy relativos) de los americanos mejor que su susodicha situación de explotadores “objetivos” del tercer mundo.

la atomización de los productores, la disolución angustiosa de la vieja comunidad familiar-religiosa. La conjura de los “Egaut” fue la última tentativa comunista anterior al proletariado: para la comunidad de trabajo igualitaria, el consumo limitado, de hecho el sueño moderno y retrógrado de los ecologistas de la actualidad. En esta misma línea, la industria suscitó como reacción la ideología proudhoniana del obrero artesano libre, ancestro del bakuninismo.

Por el contrario, la ideología blanquista se constituyó a través de las nuevas características del Estado¹⁴, órgano gestor de la sociedad civil, pero sobretodo instrumento monstruoso en manos de una clase para asfixiar los antagonismos; producto natural de la división de la actividad humana, pero cada vez más excrecencia parasitaria de la sociedad, poder autónomo e incontrolable. Los blanquistas soñaban con apoderarse de ese dios helado, para obligarlo a derribar a los explotadores.

Sin embargo, el mismo desarrollo de la industria contribuyó también a ahondar el antagonismo Capital/Trabajo, y a activar la autonomización del proletariado. Es a través de la burguesía que este se sublevó en 1848 para suprimir los últimos rastros del viejo mundo: fue una revolución democrática que ya no podía, a pesar de ello, esconder la lucha de clases. Evidenciada la división de la sociedad engendró su negativo, el proyecto proletario comunista de reunificación de la actividad humana: “Es normal que los hombres produzcan sus relaciones antes de sometérselas” pero en la carrera

¹⁴ Bajo la monarquía, el estado había sido un órgano centralizado del que se servía la burguesía contra los señores feudales. La revolución de 1789 lo liberó de sus trabas políticas, ideológicas, religiosas, lo hizo presa de las facciones rivales que podían avasallarlo a los intereses de la economía industrial. En 1848 se buscaba completar este proceso: liberarlo de intereses particulares, darlo a la fuerza universal y la democracia en que se fundaba, esto, era una necesidad de las fuerzas productivas, y por lo tanto de los obreros. Ciento treinta años después, los llamados a la democracia siguen cubriendo la defensa del estado, ya sea contra los terroristas, ya contra la juventud degenerada, (gran movilización anti-R.A.F. en Alemania, histeria anti-brigadas en Italia, llamados hipócritas del “Mundo Diario” después de la muerte del general Sánchez Ramos). Pero significa únicamente el apoyo a un interés general, a un poder formal que se ha autonomizado, y que ha sometido a las naciones y a los pueblos.

desenfrenada entre los hombres y su producto que se les escapa... sabemos lo que sucedió.

Las luchas que comenzaron después de 1848 se fijaban como meta el desarrollo “universal” de las fuerzas productivas, y, en primer lugar, del proletariado. Poner a trabajar a todo el mundo, reapropiarse de herramientas y máquinas, es decir el proyecto capitalista, pero despojado del egoísmo y de la incompetencia burguesa.



Esta barricada, erigida en la esquina de la calle Rivoli, durante la Comuna de París, es una obra de arte del trabajo cualificado. Lástima que este “fortín” inexpugnable fuera rodeado por las tropas versallescas durante la “semana sangrienta” sin que prácticamente se haya tirado ni una bala. (Courtesy of Guerre Sociale nº 1)

Tanto en la A.I.T. como en el movimiento chartista, el movimiento obrero busca suprimir la competencia, crear la asociación. Criticaba el salario pero no el trabajo, que, en esa época, era el summum de las capacidades humanas.

Estaba más allá de la obsesión de la democracia, de la libre circulación de las ideas, de la propaganda: lo que quedará a los “anarquistas locos” de principios de siglo, es este símbolo de un movimiento que ya está

muerto, la idea que se abre camino incluso cuando la lucha está ausente.

La Comuna de París fue la apoteosis (y el doblar de campanas) de este movimiento obrero. En los grandes centros industriales, el valor ya había perdido su base objetiva: la productividad había superado el umbral de la abundancia sin esfuerzos, volviendo absurda la necesidad de controlar la aportación de cada quien (transportes, telecomunicaciones, energía, gran industria muy mecanizada)¹⁵. El proyecto proletario consistía en hacer funcionar todo eso sin intermediarios. Colocaba al proletariado en competencia con la burguesía para la gestión del mismo mundo, y al socialismo como una mejor vía que el capitalismo para el mismo proyecto. Es la Comuna quien se encargó del asunto. Relevando a una clase dirigente ni siquiera capaz de defender militarmente sus conquistas, el pueblo de París se propuso llevar sus tareas hasta sus últimas consecuencias.



¹⁵ Lo que ha sido perfectamente demostrado por Lafargue en "El derecho a la pereza".



¹⁶ [N de esta Edición: La fotocopia en nuestro poder está cortada. En la página de Fe de Erratas del texto dice: "(...) La tercera viñeta empieza por: "Pero el sueño histórico de la comunidad..."]

Los blanquistas, maniáticos de la centralización en manos de “unos hombres determinados” de la revolución, se esforzaron inmediatamente por descentralizar el Estado, y por restituir a la sociedad sus fuerzas vitales vampirizadas: supresión del ejército y constitución de la guardia nacional (¡el pueblo en armas!); supresión de la corrupción y del tráfico de servicios públicos; expropiación de la iglesia, separación de esta y el Estado; instrucción libre, gratuita, obligatoria, liberada de la injerencia del gobierno; cuerpo judicial elegido y revocable.

Los proudhonianos, tradicionalmente defensores del artesanado y del pequeño comercio, impulsaron el dominio de la producción por los obreros, y a la federación: censo de talleres cerrados por quiebra o huida del propietario, plan de gestión obrera mediante cooperativas federadas (llegaron por lo menos tan lejos como la C.N.T. en las medidas que tomó en el 36: Ver cuadro en página 42).

En fin, hubo medidas de defensa anti-burguesa: aplazamiento de alquileres a 6 meses; supresión del Monte de Piedad, supresión del trabajo de noche de los panaderos, igualación de los salarios, comprendidos los de los funcionarios de la Comuna, admisión de extranjeros en cargos públicos.

Los miembros de la Comuna eran elegidos y revocables en todo momento; sin embargo, la Comuna no se embrolló con formalismos, y fue en todo ejecutiva y legislativa. Su único acto democrático consistió en hacerse elegir, en el momento en que hubiera sido urgente marchar sobre Versalles; ¡Como si hubiera podido concentrar otra cosa que los intereses obreros!¹⁷ Esta inconsecuencia contribuyó enormemente a su

¹⁷ Durante un periodo de insurrección obrera, en el que los ministros burgueses se habían desacreditado a sí mismos, ¿Un órgano (incluso autoproclamado) hubiera podido tomar la mínima medida concreta, sin el apoyo masivo del pueblo? ¿Qué otra cosa podían aportar las elecciones, sino un oscuro sentimiento de legitimidad “a lo burgués”, la garantía de tener razón, de no lesionar a nadie? Es decir, en definitiva, de ser inofensivo... ¿O bien se trata de un retroceso ante la responsabilidad personal?

pérdida. Su único escrúpulo frente a intereses ajenos a los suyos, fue dejar intacto el Banco de Francia, reforzando así a la burguesía versallesca. Estos dos hechos deberían hacer reflexionar a los místicos de la democracia, de la legitimidad y de los frentes comunes. No podemos si no repetir: “miren la Comuna de Paris: ¡era la dictadura del proletariado!”.

Sin embargo, es sobre todo en el aislamiento de una clase obrera ahogada en un pueblo campesino reaccionario que fue aplastada la Comuna; y, con ella, el primer gran asalto proletario contra el viejo mundo.

- **El fin de la unidad de una clase (principios de siglo).**

Lo que significó para todos la derrota de 1871 era la superioridad de la burguesía para manejar el mundo. En la época que siguió, la de la Segunda Internacional, todo contribuyó a hacer olvidar el grandioso sueño de los insurrectos; suplantando a los explotadores, crear la mayor sociedad sin clases de la historia. Las grandes luchas sindicales, el “economicismo”, las luchas parlamentarias de los partidos obreros; pero también el imperialismo triunfante, la aparición de los grandes monopolios que favorecieron el reformismo (por la exportación de contradicciones, por ejemplo) hicieron que la clase inhibiera literalmente el recuerdo del carácter histórico, transitorio, del capitalismo. De hecho, esta época abrió un hueco a las organizaciones clasistas en el mundo del Capital. Lo que entre otras cosas significaba una situación privilegiada para los dirigentes, pero sobre todo un margen tolerable para las reivindicaciones de la base.

En 1900, gracias a un serio análisis de la acción de los partidos y de los sindicatos, Berstein reconocía al partido socialdemócrata como un partido de reformas; en perjuicio de los ideólogos puristas, que

todavía “creían”, y lo trataron de renegado. En 1906, La Carta de Amiens de la CGT teorizaba la separación del partido y del sindicato. De esta separación salió toda la fraseología de los Korsch y de los Luxemburg sobre el fin y el movimiento.

Sin embargo, la historia de la segunda internacional ha probado esencialmente que el sindicalismo es la actividad reformista económica de la clase obrera, el partido su pareja política, complemento indispensable y garantía ideológica. Precisamente de la clase obrera, perdida en las nuevas condiciones de su alienación, vino esta monstruosa separación. La consecuencia fue la pérdida del proyecto unitario de transformación radical de la sociedad, y lo fue por mucho tiempo.

Este principio de siglo, marcado tanto por la extensión imperialista del Capital como por la concentración industrial, vio modificarse profundamente la faz del mundo. El proletariado había aumentado, y se había descualificado con la gran industria, y en este marco el sueño “communard” de la cooperativa obrera ya no tenía mucho sentido. Tanto la creciente interdependencia de los sectores de la producción, como el tipo mismo de la mercancía producida, impedían considerar la riqueza material como un sector neutro de la sociedad del que uno se pudiera adueñar impunemente, que uno pudiera dirigir como un taller, o consumir como el alimento.

Efectivamente, la red de trenes rusos solo era apropiable con la organización centralizada de los bolcheviques, ejército rojo de Trotsky, o “gran ejército industrial” tan querido por Lenin. Una fracción creciente de la mercancía producida, ya sea la aviación, el cine, la marina moderna, o la industria automotriz¹⁸, llevaba en ella

¹⁸ Contrariamente a lo textil, cuyo uso es una constante de la historia humana (esto es relativo: cf. ver el texto anexo sobre los primitivos) el automóvil exige condiciones particulares de utilización: carreteras perfeccionadas, una conveniente distribución de carburante, suministro de piezas de recambio y de mantenimiento (know-how), es decir una enorme infraestructura; junto a esto, una adaptación de la sociedad, un código de tránsito, una jurisdicción civil y penal, una movilidad creciente.

El simple hecho de que se produce para ser vendido en el mundo capitalista lo determina mejor que su uso real. Debe ser sobre producido, por lo tanto inutilizable (aglomeraciones, contaminación, degradación de la

misma su propio uso burgués; tendencia que iba a precisarse al mismo tiempo que la ideología contraria, la de la mercancía autónoma y la búsqueda individual de la felicidad.

Privada de su dominio (relativo) en el interior de la producción y por la descualificación y el gigantismo de las empresas; “traicionada” por las organizaciones clasistas que eran las únicas que podían dar cohesión a este dominio, y competir con el Estado; desbordada por la inhumanidad de una riqueza social difícilmente reapropiable; la clase se veía entonces desposeída de todo lo que había constituido su fuerza revolucionaria.

Todo esto se acaba formalmente en la guerra mundial 14-18. Los sindicatos llaman a la guerra, los partidos social-demócratas colaboran con los gobiernos para asfixiar toda voluntad de resistencia (salvo el P.S. italiano que, por otra parte, se desquitaría extraviando a la clase en las elecciones inmediatamente posteriores). Frente a la violencia y la amplitud de la crisis, el antagonismo Capital/Trabajo aparece por última vez abiertamente (salvo evidentemente en España: cf. La sección siguiente) pero en términos defensivos. Contra la guerra, contra el hambre en Europa, contra la racionalización de la producción (huelga de mineros ingleses contra la disminución de salarios, y el aumento del tiempo de trabajo), la clase busca en vano recomponer sus fuerzas.

En Rusia, tiene lugar una revolución proletaria capitalista. En los soviets, el partido bolchevique es el único que posee perspectivas:

calidad para acelerar el consumo). Sin embargo debe ser vendido, y representa el tipo mismo de la mercancía que necesita un montaje publicitario.

Lleva en sí esta contradicción fundamental de la riqueza burguesa que se presenta como acumulación de bienes materiales autónomos (¡y que hay más autónomo que un automóvil!) pero que, por las condiciones mismas de su producción, es portadora de su modo de empleo, coacción social; que pretende acrecentar la libertad y la abundancia individual, pero que en realidad acentúa la atomización, y la sumisión de los hombres a su propia lógica.

En el arco histórico del capitalismo, contiene todas las determinaciones de la producción de espectáculo (aislamiento, pasividad, papel más o menos impuesto con la compra y el uso), producción de polución.

industrializar el país, aumentar el proletariado (para darle la fuerza que le faltó a la Comuna). Es él el que se colocará en el centro de la revolución y tomará las riendas hasta llegar a identificarse con ella; a pesar de la resistencia de los consejos de fábrica que lucharon hasta 1928 por los intereses obreros (luchas de Petrogrado que preparan la revuelta de Cronstadt; luchas contra la jerarquización de los salarios en 1927-1928). Se retoma pues el programa del siglo XIX, pero en el seno de una crisis mundial y el aislamiento de una sociedad precapitalista.

En Francia, el chovinismo aplasta el movimiento. Dentro de una clase ya dividida (entre su fracción radical organizada en comités de acción, y su fracción radical en los sindicatos) las huelgas de metalúrgicos de 19-21 solo sirven para relanzar la economía.

El PC se construye sobre ruinas, acentuando la división de la clase, pregonando abstractamente una imagen radical desligada de toda lucha de masas. Su única meta es emplear la franja dura de los obreros para reforzar su posición política contra la burguesía; se prepara ya el terreno para las negociaciones de los años 30.

En Alemania, la tendencia es aún más clara: todas las formas de contrarrevolución aparecen ahí. Durante la guerra se creó la organización de los hombres de confianza, delegados comisionados por los grupos de fábrica, coordinados por la base, para resistir al hambre causada por la economía de guerra. Asimismo se multiplican los consejos de soldados para obtener la paz. A raíz del armisticio, un vasto movimiento comunista se propaga a partir de la consigna: "Abandonad los sindicatos". Sus formas más originales son los consejos de obreros y de soldados.



“En Lip los trabajadores producen y venden sin patrón. Así organizamos nuestra lucha contra la Burguesía.”

(...) Casi se podría decir que actualmente gran parte de la producción está ya siendo autogestionada a escala mundial por la clase obrera. Quienes efectúan las tareas son los obreros (tomar una pieza, meterla en la máquina, etc...). La aplicación estricta de los reglamentos y la prohibición de la iniciativa de la parte de los trabajadores más bien desorganizarían la producción. Es evidente que, en una sociedad comunista, el proceso material de la producción es realizado por quienes trabajan, por los productores, lo que implica una transformación gigantesca en relación con el sistema actual. Si los trabajadores no están sometidos a una autoridad exterior que concita para ellos lo que fabrican, si los productores organizan por sí mismos el proceso concreto de la producción, (lo que Marx llama “trabajo concreto”), este solo hecho implica una transformación colosal (horarios, organización del trabajo, destrucción de las cadenas y de todos los mecanismos que tienden a controlar el trabajo para acrecentar su productividad). Pero no radica en esto el problema actual. Para el proletariado no se trata de reivindicar la “concepción” de la producción, de la cual actualmente no entiende más que la “fabricación”. El verdadero problema es el del marco en el que tienen lugar a la vez concepción y fabricación: la finalidad de la producción, las respectivas cantidades de bienes producidos, su naturaleza, etc... Lo determinante no es el proceso material de la producción, que no plantea ningún problema particular: como se ha visto, en caso de guerra, de catástrofe, de crisis grave, inclusive de revolución, los trabajadores toman en sus manos el aparato de producción y lo hacen funcionar. El verdadero problema está en el nivel de la economía: es la economía en tanto que tal, y tomada como un todo, lo que se trata de destruir. En la sociedad capitalista, la lógica de la mercancía es la que se impone y determina todo: lo que se producirá, como, etc... La totalidad de la economía está determinada por las condiciones de la producción, que pertenecen al capital. La corriente autogestionaria nace recientemente como reacción al movimiento revolucionario, proporciona respuestas al Capital a medida que se presentan dificultades. En el mejor de los casos, su solución sería sinónimo de autogestión del Capital. El ejemplo de Lip es impresionante: las tareas que antes eran aseguradas por el patrón se vuelven las tareas de los obreros. Además del proceso material, los obreros se encargan de la administración. Hacen el trabajo del patrón además del suyo propio. Pero el problema radica en la existencia de la economía y de la mercancía, que hay que destruir. Todos los problemas que puede plantear la gestión son completamente diferentes en la sociedad no mercantil. Es por esto que el control obrero es una absurdidad: no enseña, ni puede enseñar más que la gestión CAPITALISTA, cualesquiera que sean las intenciones de los obreros que la ejercen. Los obreros no pueden aprender nada de lo que sería la gestión en una sociedad comunista al controlar a un patrón capitalista: al controlar las sumas abonadas a los seguros, a la seguridad social, a los abastecedores, etc... solamente se inician en la gestión de una empresa, es decir de una suma de valores mercantiles en relación con otras. El comunismo tiene justamente como objetivo, e incluso como tarea inmediata, destruir estos mecanismos (...)”

[Extracto de “Perspectives sur les conseils ouvriers, la gestión ouvriere et la gauche allemande” de Pierre Nashua]

Los consejos obreros aparecen sobre todo para paliar los fallos de la burguesía, incapaz de asumir sus propios intereses, y únicamente en las regiones donde una pequeña industria (como la relojera) da sentido a la gestión obrera. Por otra parte, una característica general del movimiento es la de que este busca particularmente compensar las insuficiencias del Capital: a cada reivindicación satisfecha, recae. La social-democracia, que dirige la contrarrevolución, hace que el movimiento revolucionario de los parados sea aplastado por los obreros sindicalizados, pero también por aquellos organizados en consejos, quienes ¡al menos tenían trabajo! El movimiento de los consejos es asfixiado por su dependencia del mercado, y el sabotaje de los capitalistas internacionales que no dudan en sacrificar una parte de la economía. En cuanto a los obreros sindicalizados, se pierden en las divisiones entre sus organizaciones políticas (electoralistas) y sindicales (corredores de carne humana). Así, la república social-demócrata de Weimar supo utilizar la crisis para golpear, sector por sector, a la revolución alemana. Por otra parte, fue incapaz de volver a poner orden en la economía, especialmente el paro, mientras unificaba el Capital: entregando así el país a los fascistas, mostrando de esta manera la vía a sus colegas de Europa.

La clase obrera europea, descendiente de las tradiciones autónomas y enérgicas de los artesanos libres, superada por sus propias organizaciones, fue incapaz de tomar el poder. La dirección se trasladó a la U.R.S.S., a las manos de la III Internacional, que hizo de ella lo que ya sabemos¹⁹.

¹⁹ Así murió el anarcosindicalismo en Europa- salvo en España. Entre tanto, en USA, el movimiento correspondiente, el IWW, fue aplastado militarmente por el Estado, reforzado por la expansión permanente (en Root and Branch se analiza toda la historia desconocida del movimiento obrero radical norteamericano hasta nuestros días).

- **El movimiento perpetuo (años 20 a 60).**

A finales de los años 20, la sociedad capitalista parecía pues haber sobrepasado las contradicciones que, en 1870, estuvieron a punto de romperla. Solo los ideólogos del marxismo resfriado pretendían calcular su próxima caída, a través de las crisis que habían penetrado las costumbres. La democracia, como recuperación por lo alto de contradicciones de base, servía en cambio para procurar un lugar a dichas contradicciones.

Esta utilización sistemática de los conflictos, y especialmente de las reivindicaciones obreras, como motor del desarrollo, fue el leit motiv hasta 1945, y, de hecho, lo es, bajo formas imprevistas, hasta nuestros días. La idea del proletariado se volvió consciente en la cabeza de los dirigentes: tanto en la teoría de Keynes como en la práctica de Ford, los patrones franceses o alemanes, se imponían las necesidades generales de la dominación de clase, frente a los capitalistas menos adaptables, o los más egoístas: la clase obrera se extendía, el mercado exterior se saturaba, era necesario ver a los productores también como consumidores, y, además, si había antagonismos que no querían desaparecer, sería necesario transigir. Claro está que procedimientos tecnológicos como la Taylorización, tendencias como la extensión masiva del salario, servían simultáneamente para debilitar y ahogar los restos de combatividad que hubiesen llevado a un mal uso obrero de este democratismo de los jefes. La enorme extensión del sector terciario de 1918 a 1929 debía oponerse a la sobreproducción, y sembrar la confusión en la composición de clase, hasta que todos los antagonismos se perdieran en el laberinto de las nuevas jerarquías, de los enemigos secundarios, de las metas parciales. Así se esfumaba la vieja oposición productivo/improductivo (de plusvalía²⁰).

²⁰ Esta distinción no es la misma que la de manual/intelectual; Por ejemplo:

Los años 1920-1960 estuvieron marcados por esta lucha permanente entre el proletariado y las clases capitalistas, el uno tendente a cambiar completamente la sociedad tomando la iniciativa, las otras buscando (con éxito) destruir esta iniciativa englobando (glup) las contradicciones, extendiendo su plan siempre más lejos. Esto, a costa del sacrificio de todo lo que no era viable: arcaísmos en la producción, patrones de vista corta paralizados en su moral anti-obrera, comportamientos regresivos en el propio seno del proletariado (luchas de retaguardia por el instrumento de trabajo). El proletariado, mediante sus luchas, empujaba al Capital sobre la vía de la extensión de las fuerzas humanas. Esto no fue realizado en armonía: hizo falta en USA una catástrofe económica, en Europa una guerra mundial, en Rusia una contrarrevolución burocrática, en España el franquismo, para contener el exceso de iniciativa obrera, y en España se parte en dos hasta la clase dirigente.

Ya en este movimiento se destinó al Estado a jugar un papel principal: ayudando abiertamente a los sindicatos a desarrollarse para facilitar la política contractual, es decir a fin de cuentas la planificación de salarios; penalizando los comportamientos antisociales de los

Un obrero es manual productivo

El sirviente de un burgués es manual improductivo

Un profesor de universidad es intelectual improductivo

Un ingeniero geólogo de un equipo de prospección es intelectual productivo

El matiz ha podido tener importancia: en el siglo pasado, los obreros tenían consciencia de la utilidad social de sus esfuerzos, lacayos y comodines de la burguesía. En el 36, la declaración de la que citamos extractos en la página 42, afirmaba: "Son considerados como obreros todas las personas que participan en la actividad productiva, se trate de trabajadores manuales o intelectuales". En la actualidad, un profesor de facultad participa tanto en la producción general de ideología como en un momento de la preparación de las generaciones que vienen. Un policía, un reparador de vehículos militares, son lacayos de la burguesía pagados por el Estado; un obrero de Lip produce relojes (alienación de la vida parcelada en vista del trabajo) o armas (y seguramente no para el "partido combatiente"). Cualquier actividad, cualquier intercambio, tiende a someterse a sus propias coacciones, el Estado, quien decide sobre su papel en la circulación y en la producción, sin sumisión mecánica a las viejas sumisiones. Esto no quiere decir que el policía, o el profesor de facultad sean proletarios, o que el obrero de Lip o un maestrillo sean defensores del orden. El proceso de trabajo y de intercambio permanece bajo nuevas formas, así como la ley del valor. Las contradicciones de base del Capital se traducen en antagonismos más violentos y más irreductibles que nunca. Es en estos antagonismos, en el reconocimiento de un interés común – la destrucción del viejo mundo, la abolición del salario – que se crea el proletariado.

patrones (con el impuesto o la subvención, por ejemplo) y todo esto en contra de la antigua ideología de la libre empresa - véase la resistencia a la ley anti trust en tiempos del New Deal- el Estado se vio empujado a tomar el lugar de la burguesía claudicante, a incorporar una mayor proporción de hombres del poder (tecnócratas, financieros, sociólogos, urbanistas) y a imponerse de esta manera como la cohesión misma de todo el tejido social, la mediación tan difundida que ya no se distingue. El capitalismo se presenta entonces como ley natural, necesidad técnica, y la economía como ciencia: de hecho como ciencia de las relaciones humanas concretas en cualesquiera condiciones. Esta ideología ha calado en la cabeza de los revolucionarios desde Marx hasta nuestros días²¹. Durante todo este periodo, los revolucionarios, asustados por esta inversión de la situación, (en la URSS y en Europa), buscaron teorizar un proletariado puro y autentico, falsificado del exterior. Se inventaban sustitutos místicos al movimiento realmente recuperado de la clase.



²¹ El comunismo desenmascara a la economía como ciencia de la dominación de clase. No tenemos que calcular el valor de tal objeto o de tal actividad, sino que afirmar el predominio de nuestra actividad sobre los medios pasajeros que se da. Esto es válido para la actividad auto-emancipadora de la clase: es peligroso privilegiar los momentos de la organización de las luchas por lo que estos han costado (Adquisiciones Históricas), olvidando el fin y las tareas que se les impartían.

(...) Por el contrario, la idea de control obrero expuesta en la actualidad por los trotskistas es total y profundamente contrarrevolucionaria. Es, por una parte, la tesis de una fase de transición entre un capitalismo hiperdesarrollado y el comunismo, mientras que no hay en absoluto necesidad de un periodo que no sería ni "capitalista" ni "comunista", sino solamente de una transformación comunista de las relaciones sociales (claro está que esto no se realiza en una noche: pero desde el principio se toman medidas comunistas irreversibles). Por otro lado, el control obrero se presenta como la acción del comité de fábrica en cada empresa, expurgando las cuentas, controlando al patrón, vigilando al mismo tiempo la producción, las actividades comerciales de la empresa: así pues se trata de la idea de que este control constituye para los trabajadores una primera experiencia y una escuela de gestión, en la que aprenden a administrar. Esta tesis es completamente contrarrevolucionaria, ya que el control obrero no puede enseñar a los trabajadores más que a administrar el capital. Por otra parte, es exactamente esto lo que hacen en un caso así. Las escuelas sindicales solo sirven para formar administradores del capital, a partir de la clase obrera (cf. La "cogestión" alemana actual). Se supone un tipo de economía eterna, en las que las leyes serían idénticas bajo el capitalismo y bajo el comunismo: los trabajadores por lo tanto tendrían que aprender las reglas de la administración de la economía. En ella sola, esta reivindicación significa el abandono en absoluto de la comprensión del comunismo. En distintos países (Francia, Italia, Gran Bretaña, etc...) el slogan "control obrero" conoce en la actualidad un renacimiento notable entre los medios de izquierda, e incluso entre ciertas tendencias de partidos socialistas: se mezclan autogestión, gestión obrera y control obrero en una total confusión y sin ninguna relación con la teoría revolucionaria, ni con el comunismo. Estas corrientes están, por el contrario, directamente ligadas con el esfuerzo del capital para renovarse, como lo muestra el caso Lip en Francia (1973): vimos a un militante cristiano representando a los obreros de la empresa entenderse con un patrón miembro del PSU (...)

La autogestión es hasta la forma suprema del capitalismo. Actualmente asistimos a la destrucción de la burguesía tradicional por el Capital. Salvo en países como Rusia, es el desarrollo mismo del Capital el que liquida a la burguesía. Si no se atacan las bases de la economía capitalista, se tiene una economía organizada en empresas, unidades que reúnen, cada una, cierta cantidad de capital fijo y una determinada cantidad de fuerza de trabajo. Esta fuerza de trabajo está organizada de manera específica, debido a la necesidad de extraer plusvalía. Se supone así la separación entre trabajadores manuales, intelectuales, ingenieros, administradores, etc... La autogestión reúne a toda esta gente sin eliminar las separaciones que los dividen y los oponen. Si esta estratificación no se destruye de antemano, necesariamente reaparece, ya sea la producción autogestionada o no. Cada quien va a pelear según su especificidad, a organizarse en el seno de su categoría como en un rackets para proteger sus propios intereses. Es posible que en una primera fase predominen los trabajadores manuales, pero si después hay carencia de cuadros, porque las escuelas no formen suficientes, será necesario aumentar los salarios de los cuadros para conseguirlos. Por lo tanto se autogestiona capital.

La autogestión equivale a conservar las categorías del capital, y a hacerlas confrontarse a sí mismas desde el interior (democracias de empresa) en lugar de controlarlas desde el exterior (poder dictatorial de la dirección). Marx demostró hace mucho tiempo que la burguesía, el capitalismo, el intercambio, no son productos de la maldad humana o de la voluntad de una minoría que busca vivir bien a expensas de los demás, sino el resultado de relaciones de producción reales que provienen de una situación objetiva. La mercancía ha constituido un progreso, y la propiedad privada ha sido el modo de desarrollo de la humanidad durante muchos milenios- Las sociedades que no las han conocido a menudo han permanecido en una miseria agravada por el desfase y el desequilibrio en relación con el mundo cambista y capitalista. La función del capitalista, y del administrador, no es ni una aberración ni el producto del mal: no se les puede extirpar guardando el resto. Si no se destruyen las bases, tienen una función real que es necesario llenar de una u otra forma. La autogestión simplemente asegura por la colectividad funciones que antes eran aseguradas por una capa separada. La autogestión representa el colmo del sueño o de la pesadilla capitalista. Es el triunfo del Capital.

Cuando antaño el capital ha reunido en un mismo lugar a obreros que, hasta entonces, tejían a domicilio, dándoles los mismos telares que utilizaban en casa, luego ha descubierto que se podía aumentar su productividad, descomponiendo sus gestos, y que podían tanto menos pelearse contra los patrones cuanto que tenían menos cualificación, se fabricó una máquina que incluye en su estructura misma la producción de valor mercantil, y la reducción de los hombres a instrumentos de esta valorización. El Capital no existe en la cabeza de la gente, está presente en la estructura de las viviendas, de los pisos, etc... Todas las estructuras sociales están inscritas en la materia. El hecho de que vivimos en familias, más o menos apretadas, está inscrito en los edificios. El Capital está presente en la estructura misma de la máquina. La autogestión significaría que se ha logrado crear una máquina incluyendo en su estructura misma la explotación, la deshumanización, y la separación de la gente que trabajan, y a persuadirlos que no habrían otras soluciones; se ha logrado tan bien que ahora se les puede decir: ¡Autogestionaros! Esto supone que cuando se da a los trabajadores esta libertad ficticia, no tendrán ganas de romper la máquina o de ponerse a trabajar de otra manera. La autogestión generalizada significaría entonces una aceptación generalizada del capitalismo, Implica que la totalidad de los valores del Capital se han materializado tan bien por todas partes que se puede dejar a la gente autogestionar la sociedad.

[Extractos de "Perspectives sur les conseils ouvriers, la gestión ouvriere et la gauche allemande" de Pierre Nashua]

Entre los más activistas, se planteaba la cuestión de la relación entre el partido, receptáculo de la conciencia revolucionaria no envilecida, y la clase, momentáneamente extraviada. Los más antiburocráticos, después de abandonar la idea de partido, delante de la temible imagen del PCUS, teorizaban la organización que devolvería su conciencia autónoma al proletariado silencioso.

Del lado del Capital, solo se veía la pesada capa de plomo de la burguesía - asistida ahora por sus nuevos aliados burócratas - que impedía a los obreros hacer del mundo lo que debía ser. El milagroso descubrimiento de Alemania y de Rusia, el consejo, debía seguramente permitir a la clase expresarse plenamente y administrar sin mediaciones las fuerzas productivas. Exactamente de acuerdo a la ideología del Estado, los consejistas no veían en la gestión más que un problema técnico: el "control obrero" daba un paso hacia su solución. Pero en un mundo en el que toda la organización material y técnica de la sociedad pone en cada acto el germen de la jerarquía, de la pasividad, de la necesidad exterior y autónoma de las cosas. ¿Podía el control obrero enseñar otra cosa más que el capitalismo? En la medida de que es posible para este mundo, la autogestión ya está realizada por la solicitud brutal de la participación de cada uno en la alienación general y en la propia.

Los consejistas llevaron muy lejos la obsesión de la pureza antiburocrática. Se tenía miedo de violar a las masas, al tener la mínima perspectiva precisa. “*Socialisme ou Barbarie*” discutía con pesadez si era necesaria una asamblea para decidir una huelga. Ya se habían olvidado de las funestas consecuencias del democratismo de la Comuna.

Sin embargo, en Francia, el PC utilizaba su posición adquirida tan costosamente para vender a la clase por el poder (lo que resulta fácil en tiempos de crisis). Favorecía la reunificación de la CGT para facilitar los convenios, es decir, para dar cohesión a la paz social que preparaba. Su organización burocrática de la pasividad iba a revelarse como el mejor instrumento para romper huelgas: tanto indirectamente en su alianza con los radicales socialistas (los mismos que dispararon sobre los huelguistas de Brest y Toulon) como directamente mediante leyes sobre los extranjeros, que hacían de estos objetos de la patronal y del Estado: o por la mistificación antifascista, denunciada ya desde 1933 por los más lúcidos. Es contra el Partido y sus sindicatos que tuvieron lugar las grandes huelgas con ocupación de fábricas y tiendas en 1936.

De la misma manera, durante una legislatura de izquierda, Hitler llegó al poder, sin resistencia notable. El pacto de no intervención entre Francia y el Eje debía, además, dejar el terreno libre a Alemania e Italia en España. Así pues, es la misma democracia la que entregó a Francia y a España al fascismo al igual que la socialdemocracia le había entregado a Alemania.

En España, los problemas se presentaron de manera un poco diferente. En el siglo XIX, el anarquismo había encontrado aquí un terreno perfecto en el subdesarrollo de la industria, es decir en la presencia masiva de obreros artesanos y campesinos, En cuanto al sindicalismo, se había desarrollado con la clase obrera, a través de las vicisitudes del combate contra un Estado que era el único en Europa que no quería oír hablar del proletariado. Cuando la crisis mundial se extendió a España, de la “revolución” del 31 al levantamiento de los militares, la CNT era la clase trabajadora de la región barcelonesa. Toda la organización de la revolución social pasó por esto.

El proceso de transformación económica en Cataluña

(Extractos del programa del Consejo Económico CNT-UGT)

“La producción es colectivizada, pero el artesanado y la pequeña industria siguen siendo propiedad privada, lo mismo que los bienes de las cooperativas de consumo.”

“La dirección de las empresas colectivizadas reposa entre las manos de los consejos de fábrica, elegidos en asamblea general de fábrica. Estos consejos deben componerse de cinco a quince miembros. La duración de la participación en el consejo es de dos años; cada año la mitad de los miembros debe ser reemplazada.”

“Los consejos de fábrica son responsables delante de la asamblea plenaria de la empresa y delante del consejo general de la rama de industria.”

“En común con el consejo general de su rama de industria, regulan la marcha de la producción.”

“El consejo de fábrica designa un director. En las empresas que ocupan más de 500 obreros, esta nominación debe hacerse de acuerdo con el consejo económico. Cada empresa nombra además como representante de la Generalitat uno de los miembros del consejo de fábrica, de acuerdo con los obreros.”

“En caso de incapacidad o de rechazo de las decisiones tomadas, los miembros del consejo de fábrica pueden ser destituidos por la asamblea plenaria o por el consejo general de su rama de industria”

“Si una destitución de esta naturaleza es pronunciada por el consejo general de la industria, los obreros de la empresa pueden apelar y el departamento de economía de la Generalitat decide sobre el caso, después de haber oído al consejo económico antifascista.”

“Los consejos generales de las ramas de industria están compuestos de cuatro representantes de los consejos de fábrica, ocho representantes de los sindicatos según las proporciones de las diferentes tendencias sindicales en la industria, y cuatro técnicos enviados por el consejo económico antifascista.”

[Citado en “Catalogne 36-37”. Ediciones Spartacus]

Si hubo consejos, fue con estatutos (!) que los sometían en último término a la CNT-UGT; la que, por otra parte, tenía también que

encargarse del plan económico. Pero los anarquistas temían con alguna razón, la centralización económica. Adoptaron contra ella una medida inesperada: inhibieron la idea de Estado. Si la revolución seguía su camino, el Estado, privado de sus fuerzas vivas, debía desecharse, pulverizarse. Pero el Estado no es un vampiro exterior a la sociedad; nace en ella de la organización misma de los hombres, de su actividad dividida, de la economía.

Ahora bien, la debilidad de las medidas antieconómicas fue notable: el dinero fue mantenido; el control de la circulación de mercancías, tomado a la ligera, empujó a los pobres hacia los Montes de Piedad e hizo que los especuladores astutos lograran un buen 4%. El lugar para una burguesía (aunque transformada)²² permanecía en esta sociedad a la deriva, como aquel para un Estado que le servía de órgano centralizador. Los anarquistas solo pudieron in extremis ir al gobierno.

Todo esto no debía amenazar el frente antifascista. Esto no hizo sino acentuar la ruptura horizontal de este frente y los obreros perdieron en esto algunas cabezas. La política exterior de la CNT fue igualmente inconsecuente. Para engañar a los Estados sobre su naturaleza revolucionaria, se presentó como democrática; como decía Berneri, así engañó a los obreros; cuándo fue a Francia a pedir ayuda y solidaridad, ¿a quién se las pidió? A Blum que estaba poniendo orden en sus obreros. Blum se remitió a la KGB para organizar una solidaridad económica y ordenada. El POUM y la CNT todavía lo recuerdan. Es de esta manera que la ayuda más concreta que se podía esperar fue sometida a la mediación de los mismos que acababan de escoger internacionalmente el partido del orden.

Así, con el retraso de una contrarrevolución es como los españoles salieron de la derrota. Y cuando algunos cenetistas, a través de un periódico como "*Palante*", osaron, sin humor, decir del movimiento

²² Después de todo, la clase dirigente soviética también era una novedad y ¡cuántas flores aberrantes han surgido desde entonces sobre ese terreno, antes exclusivo de la burguesía!

español moderno que su superioridad radicaba en ser anarcosindicalista, con un retraso de 50 años en relación con todos los demás, uno se pregunta si no proyectan su gilipollez y su ignorancia sobre un pueblo que los ha superado desde hace mucho. La producción ha cambiado, la mercancía ha cambiado, nuestra vida y nuestras condiciones de lucha han cambiado, solo nuestros ideólogos no avanzan.

Desde (más o menos) el fin de la segunda guerra mundial, se esbozó un nuevo movimiento. La actividad reestructuradora de las clases dirigentes se apoyó menos sobre la innovación tecnológica que sobre la reorganización como modo de relanzamiento del desarrollo; aunque la aparición de cadenas y la mecanización en general, pudieron estar ligadas con la técnica que permite la descomposición del trabajo, estos últimos 30 años han estado cada vez más marcados por el desarrollo de la gestión, el refinamiento de los métodos de organización, y de planificación, incluyendo los de fuera de la fábrica (informática, marketing, sociología del trabajo, alojamiento y transportes colectivos, etc...). Al mismo tiempo son las comunicaciones, la unificación del modo de vida, la intercambiabilidad de los obreros (de un peón, de un cartero, de un bombero, por ejemplo) las que permiten flexibilizar la gestión; las reivindicaciones proletarias más netamente cualitativas: medio ambiente, tiempo libre, necesidades sociales (educación, guarderías); al mismo tiempo, el poder del Estado, la capitalización de la vida se extiende a todos los sectores de la sociedad. 1968 marca el fin de una época: la reivindicación política de la vida reconocida por el Estado e invertida en poder “cualitativo” del Estado sobre la vida²³. El Estado, los publicistas, los patrones, se

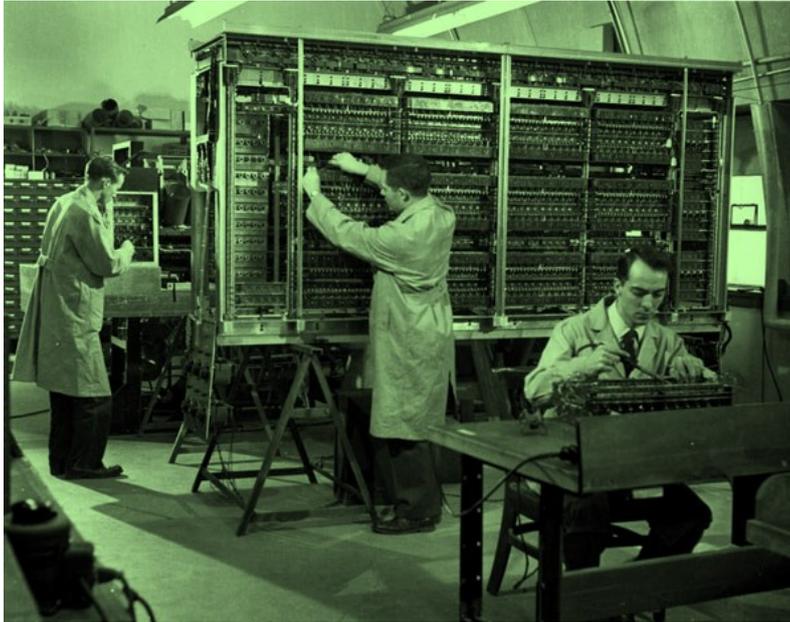
²³ La tendencia aparentemente contraria del estado soviético a aflojar su dominio sobre algunos sectores de la producción recubre en el fondo la misma. La burocracia, abandonando las viejas formas de control demasiado rígidas, está obligada a hacer un llamado a la economía de mercado y a la libre empresa bajo sus auspicios. Pero flexibiliza y afina precisamente la multiplicación y las vías de este control. Estas tendencias han tenido consecuencias análogas en los dos campos. En la URSS, desde los años 50, la clase ascendente de los managers se opuso a la de los ideólogos del partido en cuestiones fundamentales (informe de Krutchev al 22º congreso del PCUS); la misma situación se ha dado en China, donde ha determinado la revolución cultural (cf. Hungría 56, Polonia 76, y “los trajes nuevos del presidente Mao”).

volvieron situacionistas. La mercancía está en nuestras cabezas, el Capital está en nuestras relaciones, el Estado somos nosotros. Podemos entonces decir que, si el Capital se ha mostrado incapaz de desarrollar las fuerzas productivas, es cualitativamente el uso humano de estas fuerzas lo que lo bloquea (¡Esto no significa, ni mucho menos, la desaparición de la miseria física!).

(...) Ingrao ha explicado muy bien en que consiste la "reforma del estado": "el estado como lo conocemos actualmente en Italia (76) se sitúa por completo en el proceso productivo. De una forma muy singular, sin embargo; se preocupa de las consecuencias de determinadas opciones: nivel del salario, tiempo de pausa en el trabajo, reflexiones al nivel del territorio e implicación para dependencias; el estado ha llegado a hacerse cargo del papel de fiador directo del provecho y de los mecanismos de aflujo del ahorro hacia las inversiones. Debe de hacerlo porque está obligado históricamente a ello por el desarrollo de la sociedad. Pero en este momento ¿Es coherente que el estado se mezcle con todas estas cosas y no intervenga en las grandes opciones concernientes a la producción, que lo influyen de manera decisiva? Es decir, ¿que se ocupe de lo bajo y no de lo alto? Esta es la contradicción que el PCI se propone no hacer explotar, perdiendo el ajuste del poder central (parlamento) y del poder local (regiones y comunas) a la estructura económica racionalizada sobre el modelo de CAPITALISMO DE ESTADO IMPERFECTO. Imperfecto, en un sentido aclarado por Napolitano: "Sin alargar la participación del estado, que ya es bastante grande, pero con la ayuda de la reorganización, a manera de obtener un sistema de presencia general más eficaz."

[Extracto de un análisis de las Brigate Rosse]

En el área occidental se observan claras fricciones (mejor ahogadas por el funcionamiento democrático) entre los capitalistas clásicos, grandes industriales y financieros, y los tecnócratas, menos obsesionados por el interés inmediato, y más preocupados por la gestión. Véase por ejemplo el conflicto que opone a diversos dirigentes de multinacionales suizas (entre ellas la Nestlé) a los cuadros de la FAO; o, de manera más caracterizada, el conflicto sobre el plan Mansholt (crecimiento cero, o tasa de interés...). Esto muestra como las clases dirigentes han evolucionado al mismo tiempo y en relación con el estado de las fuerzas productivas. Se dividen a lo largo de los diversos intereses incompatibles de la dominación capitalista. Por lo tanto, ya no existe clase dominante, sujeto del capital (¿La ha habido alguna vez?) y portadora de su conciencia unificada. Esto es lo que demuestra el "Informe verídico sobre las últimas oportunidades de salvar el capitalismo en Italia" de Censor (Gianfranco Sanguinetti).



Too much...

Lo que producimos, y lo que ganamos al producirlo.

“Un Estado suficientemente fuerte para daros aquello que queréis es también un Estado suficientemente fuerte para quitaros todo lo que tenéis” (Censor).

En la óptica que hemos desarrollado, la plusvalía no es más que la sustancia misma del poder moderno: la utilización de la energía proletaria para neutralizarla, para acrecentar el poder del Estado y de las clases que aseguran la explotación.

Afirmamos que lo que nosotros, trabajadores, producimos, es una distancia acrecentada entre nuestros deseos y nuestra vida, frustración siempre renovada. Cómo lo producimos, ya se ha dicho anteriormente: en la inhumanidad de un mundo en el que todo lo que se supone fundamentar la supervivencia, las bases de la producción material, se vuelve ajeno al hombre, y ya no es sentido más que como coacción física y moral. En cuanto a lo que se gana al trabajar: mierda que comer y que habitar, equipamientos sociales de miseria, seguridad en superabundancia, leyes, pasma, polución. Nuestra tesis es por lo

tanto la siguiente: en el Estado de unificación actual de la actividad social, el proletariado produce globalmente este mundo y su uso: el proceso general de trabajo crea antes que nada una relación social.

El Capital ha sabido así abolir la vieja separación entre el sector de la producción y el del consumo, pero a costa de hacerla interiorizar por cada individuo: trabajar para el tiempo libre descansar para trabajar, cada momento de la vida solo tiene sentido en función de la frustración mantenida. Desarrollando la riqueza social al infinito, este modo de producción ha desarrollado hasta el infinito la pobreza individual que era el motor de su desarrollo; y cada quien tiene miedo que su vecino no trabaje lo suficiente y esto le recaiga en la jeta, vieja crispación, ojo de “gris” del viejo que se ha jodido y que quiere que sus chavales se jodan. La industria ha transformado al mundo a imagen del sistema nervioso humano, pero sobre el modelo de la neurosis. La comunicación tranquilizará a todo el mundo, poniendo en el centro a la actividad humana vital, que corre riesgos y no se paraliza en la obsesión de garantías para el futuro. Por otra parte, nos ayudarán la automatización y la disminución inmediatamente posible del horario de trabajo necesario.

El resumen de esta época es una serie de victorias del Capital:

- 1- Progreso de la mentira en política, en relación con la ultranza, con el impacto psicológico, con la extensión de los medios materiales, con la difusión.
- 2- Reforzamiento del poder de los Estados, (natural en el oeste, cultivado -y con qué cuidado- en el este) que obliga a los enemigos del Estado a actuar sobre su propio terreno, convirtiéndolos en propietarios²⁴.

²⁴ La burocratización es el movimiento mismo de la contestación de la sociedad que le toma prestadas sus formas, y se petrifica a su imagen. O mejor aún, las luchas nacionales que se ponen en competencia con las naciones ya constituidas, los grupos terroristas paramilitares que se organizan en ejército, con su jerarquía, su alienación, muestran la dificultad de encontrar un punto de ruptura con este mundo sin transformarse en su simétrico. El colmo, la combinación de ambos, es el IRA, o la rama derechista de la ETA (cf. “*IRA fasciste contra etat flic de Beriou*”). Las recientes desgracias de los últimos restos de la Banda

- 3- La separación, el aislamiento de los hombres, han sido altamente perfeccionados, hasta el punto de dar a toda aspiración colectiva real el aspecto de un crimen o de una perversión.
- 4- Aumento de la industria y de la economía, a una velocidad que permite a la represión preceder las luchas - que siempre tienen lugar sobre un terreno ya abandonado- y privar a nuestras palabras de todo sentido concreto distinto al que se les autoriza.
- 5- En fin, complejización de todo, que cimienta y que justifica el poder de clase con sus modernos apéndices tecnocráticos.

Una pausa en las importaciones

Si bien es cierto que pueden evitarse nuevas "conmociones" en las instancias superiores del régimen, lo es también que un inmenso esfuerzo se realizará en 1977 para alcanzar el objetivo fijado por Chou En-lai hace dos años: "Establecer antes de 1980 un sistema industrial y un sistema de economía nacional independientes y relativamente completos (...) Realizar antes de fin del siglo la modernización tanto de la agricultura, la industria y la defensa nacional, como de la ciencia y la técnica, de modo que llevemos nuestra economía nacional a los primeros lugares del mundo". Estas no habían sido repetidas nunca con tanta insistencia en Pekín.

La nueva dirección China ha dado a conocer su intención de recurrir a la tecnología extranjera y de importar cantidades sustanciales de bienes de equipamiento. No obstante, ha dejado prever que en razón de la debilidad de reservas de China en divisas fuertes, y del importante déficit de su comercio exterior durante los últimos años (7 millones de dólares en 1975), se debería marcar una pausa "en las compras al extranjero y que importantes pedidos, sin duda no serían surtidos antes de 1978 o 1979." [Le Monde]

Baader, y las Brigadas Rojas, deben enseñarnos a ser prudentes: como tampoco teníamos en la época de Puig, no tenemos mártires que defender, ni nada positivo que oponer al Estado sino su destrucción.



BRIGADAS INTERNACIONALES TERRORISTAS (tendencias unidas: RPR-RI-PS-PC-Extrema izquierda).

Comunicado nº 1

¡Pueblos de Europa! Gracias al secuestro de las "B-R.", atrapadas en el terreno de la violencia solitaria, gracias al sacrificio de Moro, (todos nuestros hombres son intercambiables) hemos logrado el golpe del siglo! Gracias al empleo intensivo de los medios masivos de comunicación, hemos entrado a vuestros hogares, a vuestras cabezas, forjando una unanimidad en la opinión nunca vista desde la Alemania nazi.

Nosotros, que programamos masacres en las guerras, el trabajo; que torturamos en las prisiones, asilos, hospicios; hemos logrado haceros temblar en vuestras chozas, con el coco de las B.R.

Al reunir in extremis una democracia cristiana podrida y un PCI demasiado estaliniano, hemos reforzado nuestro punto más débil: Italia.

En fin, con vuestro apoyo resignado, podremos, gracias al terror pánico que orquestamos, ¡enviar a nuestras tropas a sitiar las ciudades para acabar con la subversión! Dejaremos, agradecidos, una libertad razonable a la prensa política francesa que desde "Minute" hasta "Liberation", ha sabido ayudarnos tan bien.

¡QUE CADA QUIEN PERMANEZCA EN SU CASA EN CALMA Y RESPETO A LA DEMOCRACIA!

¡NUESTRA POLICIA Y NUESTROS SINDICATOS SE OCUPAN DE TODO!

[Cartel encontrado sobre las paredes de París después de la muerte de Aldo Moro]

Los ideólogos del curro y sus amos.

"El hombre que trabaja se siente entre nosotros ciudadano libre de su país, un hombre público en su género. Si trabaja bien, y da a la sociedad lo que puede dar, es un héroe del trabajo, está rodeado de gloria" (Stalin, al 1º Congreso de los Stajanovistas).

Las revoluciones proletarias fueron aplastadas con la ayuda de ideologías nacidas en el seno del proletariado en una fase anterior. En todos los países con etiqueta socialista, la clase en el poder ha pretendido suprimir las contradicciones, fundando su dominación en el control inmediato del trabajo. La única ideología es la del proletariado constructor del socialismo.

Para ambientarnos un poco, citemos parcialmente la ley contra la pereza, de Cuba, "el país del que se huye en bañera": "El delito de pereza, y las conductas predelictuosas previstas, (...) podrán ser

señaladas por cualquier ciudadano, u organización de masa a una unidad de la policía.” (Cap. VI, art 12).

Las penas previstas por la misma ley varían entre 12 y 24 meses de “privación de libertad en un centro de reeducación, trabajando en el exterior, y con la obligación de pasar la noche en el centro”, o lo mismo, trabajando en la producción.



(Los Comités de Defensa de la Revolución) están implantados en cada “cuadra”. Esto significa que cada trozo de calle entre dos calles transversales posee un comité (...) La población de la cuadra está obligatoriamente inscrita. A veces está invitada a asistir a reuniones, por ejemplo cuando un proyecto de ley está sometido a la discusión. La presencia aquí es facultativa, como es facultativo el trabajo voluntario, es decir que es preferible acudir. Estas asambleas dan motivos a sobrepujos verbales de revolucionarismo, dado que los votos se hacen a mano alzada. Como no es posible de abstenerse – ni hablar de votar en contra- sin hacerse codificar de “conflictivo” vale más intentar de enseñar delante de todo el mundo que uno es el más revolucionario.

Entonces, cada C.D.R. es un instrumento de evaluación de la temperatura revolucionaria de los individuos o familias que viven en la cuadra y, en este sentido, tiene una función político-policia.

(...) Si a un miembro del partido, su mujer le pone los cuernos, debe abandonarla, preservar su “dignidad de macho” y, pues, su afiliación al partido, o sino ¡debe dimisionar del partido! Ya que desde luego el PCC no podría volverse un partido de cornudos...”

[Pierre Gotendorf, citado en Spartacus nºB82]

Nuestro hermano mayor, la URSS, ya había impuesto la cartilla de trabajo para todos ¿Por qué no la marca del koljoz tatuada en la espalda? Una notable proporción de la burocracia soviética, los apparatchiks, tiene como única misión vigilar el rendimiento, ¡asegurarse de que no se le robe tiempo al pueblo! En contrapartida, la productividad es de una debilidad ejemplar, en relación con la industrialización. El sabotaje pasivo es la regla, a la que las primas al rendimiento y la honorificación de los esquirols ejemplares difícilmente llegan a infligir excepciones: “El capataz viene, y te dice, escucha, ganas 150, puedo pasarte a 170, ¿vale? Lo que no dice es que con este aumento la norma va a ser mayor. Si aceptas, sigues

trabajando a tu ritmo, y a fines de mes, ves que solo ganas 130, porque estaba bajo la norma. Ahora, los compañeros están entregados y se niegan a ello.” (Obrero moscovita, citado en “*La vida corriente del trabajador en la Unión Soviética*”). Compárese con la exaltación histórica de los supermanes a presión chinos, que abandonan a su novia para pasarse las noches cerca de su fresadora, en compañía del pequeño libro rojo.

En Argelia, la revolución fue vencida cuando se profundizó la separación entre los cuadros - que organizan, y los demás, que curran. En 1964, un delegado de las cooperativas agrícolas²⁵ constataba que su sociedad se dividía en clases. Incluso puede ser que este delegado fuera revocable en cualquier momento. ¿Qué sentido puede tener para un trabajador agrícola “trabajar por el socialismo”? Aún auto-administrando su granja. Ahí, la conciencia política de un pueblo que había expulsado a sus antiguos amos, no fue alcanzada por la conciencia de clase del proletariado contra la condición que le es dada: currar, cerrar el pico.

En Perú, una banda de militares sublevó a la joven clase obrera contra la dominación norteamericana. Basando su acción en el slogan “trabajo contra Capital”, la joven burocracia supo llevar durante un tiempo la cabeza del movimiento, impulsando a base de decretos-leyes la creación de consejos obreros, cooperativas obreras y agrícolas, y otras formas de comunidad social. Un solo quid: en caso de rendimiento insuficiente, estos órganos serían disueltos. Cansados de currar y de hacer horas suplementarias en asambleas para auto-administrar el trabajo, y eso por salarios socialistas (“de miseria”), los obreros se retiraron del proceso, dejando al Estado socialista autogestionario suspendido en el vacío. Todo esto fue concretizado en la salvaje represión de los motines del hambre en Lima, en 1971.

²⁵ Mohamed Ben Dahoud, citado en *Internacional Situacionista* nº10

Pasando por ahí, algún tiempo más tarde, tuvimos la satisfacción de asistir a la fiesta de la revolución en un pueblo. En la plaza cuadrada estaba el mercado; por tres de los lados desfilaba el ejército; en el cuarto, un grupo folclórico se mecía tristemente. En una ventana, tres cuadros, de traje y corbata, vociferaban en un megáfono que “¡El trabajo había expulsado al Capital fuera del país!”. En un rincón de la plaza, dos o tres prolos alimentaban una hormigonera, sin duda un poco desilusionados.

Esta utilización estatal de formas organizativas revolucionarias no tiene nada nuevo. En 1956, en Hungría, los consejos obreros empezaron a tambalearse, porque, mientras se cantonaban en la fábrica, habían dejado a órganos especializados el cuidado de ocuparse de la sociedad (los consejos revolucionarios). Esta separación se precisó en disensiones, una incapacidad para abordar simultáneamente las tareas “económicas” y “políticas” que contribuyó al descenso del movimiento. Desde el otoño, el presidium del consejo nacional de sindicatos cristalizaba la derrota de la revolución en una serie de directivas de las que la sexta es muy significativa: “El consejo de obreros será responsable de su gestión delante de todos los trabajadores, y delante del Estado (...) los consejos obreros tienen en lo inmediato la tarea esencial de asegurar la vuelta al trabajo, de restablecer y garantizar el orden y la disciplina.”

Esto es lo que pasa con formas.

En Chile, bajo (y contra) el socialismo de Allende, fueron creados consejos de trabajadores, bandas de proletarios comenzaron a reorganizar la vida un poco por todas partes alrededor de ellos mismos; en los momentos más duros de la crisis que afrontó, Allende les negó las armas que estos le pedían, suplicándoles regresar al trabajo y “permanecer vigilantes” (!)²⁶.

²⁶ Allende da pruebas del mismo humor a propósito de las huelgas en las minas de cobre: “Los de Chiquicamata actúan como verdaderos banqueros monopolistas, piden dinero para sus bolsillos sin preocuparse para nada de la situación del país.”

¿Construir el socialismo es currar? Currar es desarmarse, reforzar el enemigo. El suicidio colectivo de los chilenos recordará a quienes no tienen corta la memoria la legendaria “traición” de los dirigentes cenetistas. Pero, si uno es de buena fe, es necesario precisar por qué los revolucionarios españoles se dejaron traicionar. En un país en el que el trabajo era la definición misma del trabajador, la gente no pudo superar la conciencia anarco-sindicalista de la sociedad: cada quien trabaja y no es nada, todos juntos en la fábrica, y a través del sindicato, venceremos. Dicho de otra manera, ya no hacen falta patrones, del trabajo y de la gestión uno se encargará; del socialismo la CNT se encargará (y de la revolución la FAI).

Pero ya se ha visto lo que sucede cuando uno pone su poder de decisión en manos de la organización: los dirigentes actúan como dirigentes, y los dirigidos se pierden en el formalismo del interés general. Solo Ascaso conservó la cabeza fría: “Puede ser que la mayoría esté equivocada, y yo tenga razón”, y nosotros le damos la razón.

Abajo el trabajo.

“Es evidente que los individuos deben empezar por producir sus relaciones sociales, antes de poder sometérselas. Pero es una necedad ver un vínculo natural entre esos simples objetos, o creer que este vínculo es inherente a la naturaleza de los individuos, y por lo tanto indisociable de esta (contrariamente al saber y a la voluntad reflexionadas). Todo esto es el producto del devenir histórico de la humanidad y constituye una fase determinada de su desarrollo. Si este vínculo todavía es exterior y autónomo frente a los individuos, esto demuestra que los individuos todavía tienen que crear las condiciones de su vida social, de la que aún no pueden abordar la transformación. Estos vínculos naturales, que unen a los individuos, corresponden a relaciones de producción limitadas.”

(Marx. Grundrisse)

Para nosotros, proletarios de las grandes ciudades, que miramos nuestras relaciones con ojos desengañados, no habría de que alegrarse. Con la socialización del Estado, el “descenso a los infiernos”

de las relaciones capitalistas (hasta en el comportamiento de los revolucionarios)²⁷ y la producción masiva de ideología (concebida como separación entre la actividad y su representación), se había roto toda la fuerza de los revolucionarios. La vieja táctica clase contra clase de nuestros antepasados ya no tenía sentido: en la multiplicación delirante de las separaciones y de las capas ya no sabíamos reconocer a nuestro enemigo, y, lo que es más grave, no teníamos nada nuevo que ofrecer a la humanidad.

La organización capitalista que tan bien había sabido producir el mundo a imagen del hombre, había abolido cualquier otro tipo de actividad por su fuerza social (en China) o militar (contra todas las sociedades sin clases)²⁸. Nosotros, proletarios, que reproducimos esta sociedad, ni siquiera hemos sabido reapropiárnosla.

La historia de las revoluciones aplastadas hasta la 1ª Guerra nos muestra que nuestra clase no era todavía suficientemente numerosa. Desde entonces, el Capital ha afirmado su dominación real sobre toda la humanidad. Nuestra clase se ha propalado y extendido; pero la

²⁷ Junto a los rasgos señalados en la nota 17, se pueden contar: toda la neurosis militante, forma agitada de la pasividad; la autovalorización de los grupos, y la reificación de sus actividades en base a sus glorias pasadas, la competencia que es el corolario, el fetichismo de las banderas, siglas, eslóganes, símbolos, muertos, el culto a los mártires; el aislamiento en lo espectacular, que refuerza a su contrapartida, la pasividad admiradora; la autoseguridad, que incita a permanecer dentro de un circuito cerrado, a reproducir a su escala la célula familiar, a evitar los replanteamientos, las contradicciones dolorosas; el delirio abstracto, especialmente la producción diarreaica de teoría hueca, y su hermana gemela, la pasividad frente a la complejidad real del movimiento subversivo; la indiferencia arrogante a lo "Pro-situ" [N de T: termino con que se designa a los pro-situacionistas, en Francia] frente a la realidad concreta de nuestra alienación, que recubre una forma superior de atomización: por ejemplo, las costumbres individualistas de los marginales franceses, contraídas en los tiempos en que, con un poco de alejamiento, uno podía arreglárselas para sobrevivir, se combinaron con una crítica abstracta del militantismo, del economicismo, etc... cuando una campaña del estado trató de regresarlos al recto camino del trabajo regular: se reaccionó con el "sálvese quien pueda" como si lo que sucedía fuera una fatalidad que desaparecería con el viejo mundo. No llegábamos a la altura de los obreros del siglo XIX que sabían histórica esta sociedad, y que su asociación era en ella misma una fuerza determinante.

²⁸ Por ejemplo, el uso del dinero fue el que acabó de destruir la comunidad original, tanto en las pequeñas sociedades de las islas del Pacífico, como en las civilizaciones tribales del África negra. Los misioneros convertían (¡y vestían!), los exploradores reclutaban, los militares cercaban. Pero la introducción del intercambio mercantil, y particularmente de la riqueza en moneda, independientemente de las relaciones personales, de la actividad, o de la situación, fue la que contribuyó a disolver los últimos lazos. Solamente, fue necesario emplear la violencia para imponer a los autóctonos el uso de un modo de adquisición tan corrupto y alejado. Mientras que en China, ya había comercio, explotación, clases. Es la superioridad de la mercancía occidental, producida por los asalariados, por el capital, liberada por lo tanto de las trabas feudales, la que arruina al imperio de los hijos del cielo.

historia de las revoluciones abortadas desde la española, prueba que lo único que sabíamos hacer era trabajar. Nuestro único punto en común era la miseria de una actividad totalmente insignificante: producir mucho, cualquier cosa pero mucho, e intercambiarlo. Se volvía claro el hecho de que, frente a las civilizaciones desaparecidas, el capitalismo no había sabido resolver el problema que había planteado: el de la emancipación definitiva del hombre, de la liberación del tiempo. ¡Y nosotros, revolucionarios, hablábamos de organizarnos!

LA COHERENCIA INDIVIDUAL ES LO MINIMO QUE DEBE TENER TODO REVOLUCIONARIO, COHERENCIA PRACTICA Y TEORICA, PERO SUBLIMAR SU PROPIA MISERIA COTIDIANA (a través del militantismo y/o del activismo) SIN TRATAR DE CAMBIAR SU REALIDAD PROPIA ES EL PELIGRO QUE CORREMOS TODOS.

Apropiándose las relaciones, el movimiento hacia la comunidad rompe la atomización, por una práctica. Es tan verdad de la revolución misma como de los actos que la preceden y la preparan. El movimiento revolucionario es una comunidad que tiende a constituirse modificando las relaciones (materiales y otras), y así pues, también sus propias relaciones. Solo una ruptura de sociedad puede realizar esta transformación, pero existe, desde ahora, una tendencia a las relaciones comunistas (no solamente por la gestión de las luchas sino también a un nivel mucho más vasto).

Razonar en términos: los revolucionarios/el proletariado, dando nada más a los primeros el derecho a utilizar estos procedimientos y hacerse defender por el movimiento revolucionario si los cogen, es únicamente concebir a los revolucionarios, exteriores al proletariado. En nombre de "la clase", acabamos por desinteresarnos de los miembros de esta famosa clase que han recurrido a la violencia, a veces de manera confusa. Es verdad que es necesario exponer, ver, denunciar, esta confusión (par. VI, VII, VIII): pero no hay ninguna necesidad de no ayudar a los revolucionarios para criticarlos. La visión del uso bien planificado de la violencia por un grupo revolucionario que lo controla todo – incluso a él mismo– es, o bien la de un partido que espera enmarcar tan perfectamente a la clase que toda manifestación de violencia espontánea sea impensable (PC), o bien la de un pequeño grupo preocupado solamente en dar la lección a los otros. En ambos casos, es una fantasmagoría que cree reducir un movimiento social a su organización por un grupo. Ya sea realmente (PC). Ya sea polémicamente: pequeño grupo para el que no hay nada revolucionario fuera de él. Alaba tanto a "la clase" como ataca todo lo que nace de ella y se opone tanto como puede a sus ideas o prácticas. Entre el proletariado y él, no ve más que una "maresma", útil sin embargo para mantener su polémica y también para mantenerse él. Pasa mucho más tiempo criticando esta maresma que profundizando los problemas esenciales, porque, en principio, su perspectiva organizacional la empuja a reclutarse en ella. Se concibe y no vive más que como purificador de elementos dudosos que estorban al proletariado. En Barcelona, al contrario, hemos visto grupos que se han apropiado de los medios necesarios para su acción subversiva²⁹. Es cierto que la apropiación, que juega también a nivel de unión entre los individuos que la realizan, puede convertirse en un fin en sí mismo, permitiendo a estos individuos vivir en su mundo, en una comunidad estrecha pero protectora. Pero el riesgo de degeneración existe en todas las formas de actividad revolucionaria, y si es verdad que aquí es más peligroso para los que la ejercen, es falso que sea menos peligroso que otros para el movimiento. Escribir textos, con el fin de clarificar, puede convertirse en el medio de sobrevivir de un grupo replegado sobre sí mismo, oponiéndose a todo, comparando

²⁹ Ella es la transformación radical de la actividad humana, la abolición total del trabajo, y su superación en la producción y el dominio colectivo de la vida y de la felicidad. Esto es una necesidad vital para cada uno de nosotros: sin embargo, debe luchar contra todas las fijaciones neuróticas por medio de las cuales interiorizamos este mundo: sentimiento de inseguridad y apego a los fetiches, relaciones esclerotizadas, actividades mecánicas y absurdas. Es evidente que a nivel de la sociedad, las resistencias son todavía más numerosas y violentas; y que cuando menos debemos imponer esta tendencia sin tratar demasiado de justificarla. Hasta que el fin del capitalismo no esté próximo, este estará en la mayoría de las cabezas. "Ver un signo de "exterioridad" desde el momento que algunas gentes deciden organizarse para hacer algo, bajo el pretexto de que quien se organiza es el "movimiento social", equivale a tener el punto de vista de la totalidad, sin tomar parte." (Barrot, "Violence et solidarite revolutionnaires") sobre la relación entre capital (o espectáculo...) y carácter, cf. Voyer: "Reich mode d'emploi"

las otras prácticas radicales a la medida de sus propias posiciones, y encontrándolas, por lo tanto, nocivas. Este modo de ser destruye tanto a los revolucionarios como a la represión policiaca, y más porque participa en la ideologización del movimiento. Es ilusorio pretender dar siempre la lección a los revolucionarios violentos, como si tuviéramos en frente el peligro más amenazador. Los moralistas tendrían que preguntarse si no son víctimas de peligros menos visibles pero más sutiles, que atacan desde el interior lo que puedan tener de subversivo”

[Courtesy of... J. Barrot & Ed. Mayo 37].

“Las experiencias vividas por nosotros desde las jornadas de julio confirman la vieja tesis según la cual una revolución no puede materializar más que lo que existía ya en estado latente en el espíritu de las masas.” Aunque ciertamente en un sentido opuesto al que le daba el anarco-estalinista Santillán³⁰, queremos ilustrar con esta frase una coincidencia histórica. En el momento en que una sociedad ha socavado todas las bases que la habían hecho surgir, se delinean las fuerzas que podrán superarla.

Lo que, ni el anarquismo, ni el consejismo, ni todas las demás ideologías (ni siquiera el sindicalismo revolucionario) habían sabido aportar a la hipotética clase revolucionaria, “pérdida de todas las clases”, es el “trabajo de lo negativo”, la disolución lenta de las relaciones sociales por el camino de las luchas concretas, la fricción permanente de la alienación contra la resistencia al trabajo, y de la reificación contra la (famosa) subjetividad radical.

La fuerza de la lucha de rechazo al trabajo, y de las que se agrupan a su alrededor, es precisamente la de que en ella no se plantea la necesidad de un momento privilegiado para la decisión. Cada quien, impulsado por sus propias necesidades, debe afrontar globalmente las contradicciones: sin espera formal al interés general, y todos, cumpliendo las tareas que se imponen, se encuentran, porque es precisamente la necesidad de encuentro la que nos determina. En esto, la comunicación “manos a la obra” no es democrática.

³⁰ Que hacía un llamado a la responsabilidad de las masas, a su moderación, a su sentimiento cívico, para que no se aprovecharan demasiado de la revolución.

El mantenimiento de la vieja separación entre la acción y la decisión crea el terreno ideal para los manipuladores. Los que quieren la autogestión más la democracia (más real, siempre más obrera), esos vampirizan nuestras luchas. Viven de nuestro encadenamiento al curro, mediatizando nuestra relación a la voluntad general.

Los que hacen la apología del trabajo (curas, patrones, sindicalistas, burócratas, pro-cubanos o pro-chinos, ideólogos de la cogestión y de la autogestión), esos se cuidan muy bien de recordar que trabajar ha sido siempre el patrimonio de una clase, y que ellos se proponen representar a esta clase. Un trabajador en el poder no es un trabajador, es un hombre del poder. El control obrero es el control sobre los obreros: Arbeit macht frei [N. de T.: “El trabajo nos hace libres” inscripción que se encontraba en el umbral de los campos de concentración nazis].

Y es necesario decir que lo que llamamos autogestión es el reclutamiento en nuestra clase de las fuerzas del orden social. Lo que oponemos a esto es el abandono masivo de los viejos comportamientos en el seno de las luchas modernas.

La podredumbre...

Desde la integración a escala mundial de los sindicatos a la actividad económica, y, más o menos simultáneamente, de los partidos obreros al juego político, ambos sufrieron una desafición parecida. Desde el fin de la 2ª Guerra Mundial apareció en Francia una resistencia sorda a la política sindical, ya fuera esta abiertamente pacificadora, ya dominada por la lucha anti-americana (bajo la influencia de la URSS), pero en absoluto por los intereses obreros. En Inglaterra, desde el banderazo de julio-agosto del 45, (utilización por un gobierno laborista del ejército para romper una huelga contra las cadencias en

los docks londinenses), la guerra de clases se desarrolló crónicamente entre sindicatos y obreros.³¹

La multiplicación de las huelgas salvajes, la extensión del absentismo, y del sabotaje (activo o pasivo), y el desligamiento clase/sindicato hicieron, alrededor de los años 60, que apareciera con claridad el hecho de que la clase obrera no estaba donde se creía. ¿Dónde estaba? Algunos llegaron hasta teorizar su desaparición (sociología americana) o su integración definitiva (extrema izquierda modernista). Todo esto, a pesar de los “incomprensibles” movimientos en Hungría y Polonia en 56, y en Bélgica en 61. (Entre otros...)

No hacen nada, no dicen nada.

¿Qué quieren? Nada...

Esto ocurrió en junio pasado en una empresa mediana de construcción mecánica de la región parisina. Empresa sin historias, con personal más bien joven, y poco organizado sindicalmente. Un lunes por la mañana, estalla una huelga en un taller, y se propaga. Por la tarde, la fábrica está parada, pero el movimiento no alcanza a los cuadros. Estos, al contrario, están sorprendidos; no sintieron venir la huelga. Por otra parte, las caras de los protestatarios están tranquilas, y la jornada termina sin que ninguna reivindicación sea presentada.

La situación continúa igual a la mañana siguiente. Los efectivos están ahí, en su totalidad, conversando, jugando a las cartas. La dirección perpleja, toma contacto con los representantes del personal y los presionan para que definan el objetivo de la huelga.

En vano: no aparece ningún tema reivindicativo.

El miércoles, los talleres toman un aire de fiesta. Los huelguistas improvisan ahí sainetes, especies de psicodramas involuntarios, en los que la vida y los pequeños defectos de la empresa se representan con sencillez. El patrón es puesto en escena sin insolencia.

El jueves, la dirección, desconcertada, cree desbloquear la situación anunciando un premio de 300 francos. Esta buena nueva cae completamente en el vacío. Los huelguistas no han pedido nada, y no desean otra cosa, parece, que dejar las maquinas en reposo.

La semana se termina sin otra peripecia, y el lunes siguiente, todo el mundo está en su puesto sin complejos. La dirección no sabrá jamás que demonio se ha apoderado de la empresa.

Y lo más extraordinario, es que esta historia es verdadera.

[Le Management, diciembre 72, citado por Pomerol et Médoc]

³¹ Como lo ilustra Brendel, Inglaterra es sin duda el único país en el que la clase obrera se ha enfrentado tan a menudo al gobierno, y lo ha hecho ceder. Ahí, la clase está menos ahogada, menos enmascarada, que en todas las demás partes. Para un estudio revelador de las costumbres y del comportamiento del proletariado inglés véase Andy Capp.

Durante este tiempo se desarrollaron prácticas y luchas que, aparentemente, no tenían relación. El movimiento pacifista de resistencia a la guerra colonial argelina estuvo en ruptura permanente con toda la izquierda de la época. Y cuando le llegó su turno a la juventud norteamericana, combatiente en la guerra de Vietnam, la New-left tuvo problemas para parchear algunas antiguallas tercermundistas a lo Guevara (o aún peor) para explicar o recuperar el movimiento.

Sin embargo, el desarrollo simultáneo del movimiento feminista (cuya ala radical pedía la generalización del salario para las tareas domésticas, y el fin de la servidumbre de la mujer a dichas tareas), del movimiento de los negros (con la tentativa, entre otras, de la utilización sistemática de los fondos del Estado para fines subversivos; y la reorganización material de la supervivencia en el gueto) y de las generaciones beat e hippie, huyendo de las ciudades-fábrica hacia cualquier parte³², deberían haber hecho la luz.

Toda una serie de capas de población, no visiblemente obreras, se descubría proletaria en la lucha.

Este movimiento, de hecho, mundial, ha debido descubrir la explotación igualmente fuera de la fábrica, y reconocer de esta manera que la lucha anticapitalista no podía limitarse a esta. El choque histórico se produjo en 1968. En una economía que funcionaba bien, los obreros encontraron que reivindicar: la supuesta prosperidad era, a pesar de todo, demasiada miseria. La enfermedad, el hambre, los alojamientos sórdidos, seguían existiendo (aunque en condiciones muy diferentes) y el socialismo pregonado por los Estados no cambiaba nada. Y todos aquellos que eran explotados fuera de la

³² El ascenso del movimiento hippie, y, más tarde, del movimiento ecológico, fue a la par con el desarrollo de la era del sabotaje, de la crítica del capital como actividad y como modo de vida. En Francia, la gran huida hacia las comunas (años 70 y 71) siguió de cerca el reflujo del 68, y significó la exportación al campo de una franja del proletariado marginalizado ("La zone"). El movimiento ecologista se rompió en dos en 1972, entre reformistas y radicales, reflejando el nuevo reformismo de los tecnócratas (plan Mansholt, informe del MIT, club de Roma). Lo mismo sucedió a los homosexuales y a las mujeres, de manera más confusa (lesee el periódico "Survivre et Vivre" de 70 a 73).

fábrica, incluso desposeídos del embrión de fuerza social que es el uso de las maquinas, ponían todo en cuestión globalmente, los estudiantes en la “avant-scene” pero no solos. Por qué este movimiento fue ahogado, recuperado tan bien, es algo que todavía no tenemos claro. Pero es indudable que contribuyó a esto la relativa separación entre, por una parte la reivindicación abstracta y global de la vida y el fin del mundo de la mercancía; y, por otra, la incoherencia y la moderación de las luchas concretas contra el Estado y la burguesía (así como sus apéndices modernos: tecnócratas, burócratas...).

El mayo reptante italiano comenzó por años de luchas puramente obreras en el norte de Italia. Toda una clase sin raíces reproducía a su escala la organización sistemática del sabotaje y del absentismo tan bien desarrollados en Estados Unidos.; pero con una violencia nueva, y singularmente contra aquellos que quisieron obstaculizar el movimiento ¡los sindicatos! La expulsión de las fábricas de esta clase (a costa de una ruinoso reestructuración de la economía)³³ no hizo otra cosa que trasladar esta violencia al terreno social general. Y se vio al proletariado italiano, como a un solo hombre (amas de casa, parados, estudiantes, marginados diversos...) afirmar claramente sus intenciones: rehusar el curro porque ya no puede soportarlo; exigir la satisfacción de las necesidades porque son necesidades. Esto independientemente de la ideología salarial, es decir del intercambio. Pero la vía de las autoreducciones y de los saqueos masivos no fue la del comunismo, y el movimiento más radical de la Europa de los últimos años (sin exceptuar a Portugal) cayó en el aislamiento.

³³ La patronal pagó pura y simplemente a los obreros aguerridos de estas luchas por dejar las fábricas: mediante pseudoprimas de paro, se les alentó a irse para no regresar.

“Terminada en 1970, la fábrica de Lordstown, que posee las máquinas más modernas y más sofisticadas, había sido concebida como un modelo en su género. En lugar de esto, se convirtió en un “Woodstock” de la industria: cabellos largos y vestimentas hippies son en ella de rigor, y la ausencia total de disciplina hace imposible el buen funcionamiento de la cadena. Escogiendo esta pequeña localidad de Ohio, lejos de Detroit y de sus hábitos en materia de construcción automotriz, la General Motors esperaba reunir una mano de obra totalmente nueva... la ha tenido” (L’expansion, citado por Pomerol et Médoc)

Según el New York Review del 23 de marzo de 1972: “Desde antes de este voto, las fábricas de Lordstown se habían adquirido una triste celebridad: cambios de dirección, despidos, aumento de los defectos de fabricación, sanciones disciplinarias, protestas de los obreros contra la aceleración de las cadenas de montaje, desperdicio de tiempo, absentismo elevado, repetidas acciones de sabotaje. La dirección afirma que los obreros han rayado las pinturas, deteriorado las carrocerías, los asientos y los tableros de los coches y ofreció 5000 dólares de recompensa a toda persona que diera informaciones sobre un incendio que se declaró en los circuitos eléctricos de la misma cadena de montaje.”

El New York Times precisa el cuadro:

“La producción ha sido seriamente desorganizada en la cadena de montaje más rápida del mundo (...) General Motors estima que la pérdida de producción se eleva a 12000 coches Vega, y a algo así como 4000 camiones Chevrolet, por un valor de alrededor de los 45 millones de dólares. La dirección ha tenido que cerrar la fábrica muchas veces desde el mes pasado, después de que los obreros habían disminuido las cadencias”, habían dejado pasar los coches sobre la cadena sin ejecutar todas las operaciones.

A.B., el director de la fábrica, ha declarado: “hay bloques de motor que han pasado delante de 40 hombres sin que ninguno de ellos hiciera su trabajo.” La dirección ha acusado igualmente a los obreros de actos de sabotaje, de haber roto parabrisas, espejos retrovisores, de haber roto accesorios, torcido los brazos de los indicadores de dirección, de haber puesto arandelas en los carburadores y roto llaves de contacto.

“En el curso de las cuatro últimas semanas, un área de aparcamiento con una capacidad de 2000 coches ha estado frecuentemente llena de Vegas que habían tenido que regresar a la fábrica para reparaciones, incluso antes de haber sido expedidas a los concesionarios. Estas dos últimas semanas, las ventas de Vegas han descendido a la mitad.” (...) Y las máquinas empiezan a participar...

“Según el Wall Street Journal, las pistolas automáticas de pintura, en el momento en que deben acordarse si el coche que hay que pintar es un cupé, una limusina, o un break, tienen tendencia a volverse locas y a enviar la pintura en todas direcciones, sobre los vidrios de los coches y sobre todo lo que se encuentra próximo. Una máquina auxiliar que tenía como tarea presentar las piezas a los robots Unimates, se descompresó muchas veces por surménage de las piezas principales”

[Extracto de Pomerol et Médoc, *Lordstown 72 ou les déboires de la Général Motors*]

... y la superación.

El fundamento de la necesidad de trabajar es el intercambio mercantil: un trabajo justo para un pago justo. Es necesario trabajar para ganarse la vida.

Pero, justamente, cuando el salario no es más que un poco de miseria, cuando el trabajo es insoportable, entonces aparece la crítica del intercambio y de sus viejas mediaciones: el dinero, la clase que lo hace circular, el Estado mismo. Cuando los amotinados de Radom prendieron fuego a los locales sindicales, expresaron que un poco más de salario no sería suficiente para calmarlos, y que rechazaban la necesidad de joderse por un salario de miseria, y al mismo tiempo la clase que funda su poder sobre esta necesidad.

Cuando los obreros polacos, en 1976 pidieron la reducción de precios, aumentos de salarios, disminución de cadencias, aprovecharon para poner en tela de juicio la infalibilidad de la dirección, la necesidad de negociar, y terminaron tomando la calle por millares. Y, sin ir tan lejos, se sabe de múltiples ejemplos de huelgas en las que los obreros quieren tantas cosas que no llegan a expresar una sola reivindicación. En general, los sindicatos están ahí para reducir el sentido de la lucha, encerrándola en la meta más limitadamente posible. Pero, por ejemplo, los obreros que rehúsan el dejarse negociar obtienen mucho más que con el sindicato.

Por el hecho mismo de la socialización del Estado, y la difusión en el cotidiano de las fuerzas de control social, se han desplazado el envite y el terreno de la lucha de clases. Los sindicatos ya no son sino el órgano regulador de la fuerza de trabajo. Por el contrario, todas las luchas que salen de este marco inician, de entrada, la disolución de las relaciones sociales.

Las contradicciones entre la planificación del trabajo y la mala calidad de la producción comenzaron, primero, a alimentar chistes, pero acabaron siendo un motivo de enojo... se vio entablar numerosos acuerdos temporales entre el control y los trabajadores en cadena, entre los trabajadores en cadena y los de acabados, cada uno planificando su propio sabotaje. Se amontonaban pilas y pilas de motores que esperaban ser reparados... se volvía casi imposible desplazarse. Fue necesario transportar a otra parte los talleres de control y de montaje de los motores de seis cilindros y poner nuevos obreros en esos puestos. Entonces se hizo absoluta -y "dramáticamente"- necesario retirar la producción de las manos de los obreros que querían planificar ellos mismos.

[Citado por Zerzan, *Un conflit decisif, les organizatios syndicals combattant la révolte contre le travail*]

La moral del trabajo llega a romperse contra la pereza individual o colectiva, espontánea u organizada, del prolo que lo que quiere es rascarse el ombligo; y la de la jerarquía cuando el capataz está implicado.

En el sabotaje organizado, en la "peluca"³⁴ (muy desarrollada en los países burocráticos) se manifiesta todo aquello que no se ha echado a perder de la iniciativa y de la creatividad humana: trabajadores de Mirafiori demoliendo las rejas de la fábrica, a la caza de sus delegados sindicales y capataces con la ayuda de carretillas (diables); programadores que utilizan el tiempo de funcionamiento de los ordenadores para dar el último toque a divertidos juegos, y otros sorprendentes ejemplos de autogestión peligrosa.

En la organización de una huelga sin las muletas sindicales, se desarrollan las capacidades de unión y de auto-organización de los actores. Los trucksters norteamericanos, a quienes se quería retirar la autorización de emitir, (que habitualmente les permitían señalar los controles de las pasmas) reaccionaron con una huelga con la ocupación... ¡de autopistas! Utilizando los emisores para coordinarse, sobrepasaron el aislamiento de su propio trabajo y que siempre había sometido sus luchas a la mediación de los sindicatos-mamás³⁵.

³⁴ Utilización del tiempo, y, eventualmente, de los instrumentos de trabajo para fines personales. (Cf. Miklos Haraszti, *"Salaire aux pieces, ouvrier dans un pays de l'est"*).

³⁵ Con menos gadgets, pero, sin duda, con mejores resultados, hay que señalar el envío sistemático de delegados de Roca, incluso al extranjero. Esto tenía mucho más peso que los habituales llamamientos a la solidaridad a través de los periódicos militantes, igual que el nomadismo de los obreros de Lip.

El squatt

“La lucha de los squatts es ante todo una lucha urbana y puede representar un aspecto determinado de la nueva lucha de clases.

El squatt es una apropiación de lugares de habitación, de espacios, una voluntad de transformar el modo de vida y de construir nuevas relaciones humanas; es también una creación de lugares de encuentro de discusiones y de creaciones, es de alguna manera una afirmación de la necesidad de humanidad, en la medida en que sus necesidades son necesidades de la humanidad y no son necesidades alienadas que no serían más que un consumo de control social.

Para la mayoría de los squatteros (asalariados y no asalariados), ocupar una casa vacía (alrededor de 80000 en París) marca un rechazo a dar 1/3 del salario para una vivienda-madriguera.

La necesidad de prácticas colectivas también ha ocasionado a veces la apertura de locales para todos, independientemente de los lugares de habitación, así en el XIV barrio, han sido creados diversos talleres; una imprenta en el XI; una escuela paralela en el XX (...) existía en esto por lo tanto una voluntad de abrirse sobre el barrio, y eventualmente de recrear una vida de barrio. (...) se trataba de salir del somnio estricto del squat, si no la lucha se limitaba a él mismo. Y siendo el control social sobre las luchas cada vez más rápido, no podía más que ser integrada al plan del capital en tanto que nueva vivienda social para finalmente integrar mejor a este margen de gentes que representan alguna resistencia a la productividad, así, los squatteros de la Rue des Caves, en Sevres, finalmente son tolerados por los burócratas estalinianos del ayuntamiento, mediante un alquiler moderado.

Teniendo, pues, como meta popularizar el squatt y extender la lucha, pensamos que era necesaria una coordinación de los squatts; así se abrió una coordinación de los diferentes squatts parisinos y de los suburbios, en rue Nationale, en el XIII.

(...) En la base, la gente se reunía sobre la misma voluntad de destruir el capital; ahora bien, esto no es algo fácil de definir, de delimitar, mucho más ya que había diferencias a nivel del discurso; además, la mierda cotidiana, los problemas afectivos, y otros, que se planteaban a cada quien, no arreglaban nada, incluso si no son una excusa o al menos una explicación válida a la pasividad o al conformismo.

La política de popularización de los squatts y sobre todo de su extensión no se hizo, o se hizo de manera insuficiente, dando un rodeo, mediante fiestas (en Ivry, Hebrard, Nationale, Envierge, Lahir); de hecho, la extensión del movimiento no pudo hacerse a causa de una cristalización sobre el problema de la autodefensa, el statu-quo y la defensa de las conquistas representa siempre el fracaso de un movimiento; en las coordinaciones, no hemos sabido apoyar nuestros proyectos o desarrollar nuestras críticas en relación con el proyecto reformista y liquidador de la defensa a toda costa de los lugares conquistados. También un hecho común a todos los squatts se encuentra en esta coordinación: la falta de perspectiva colectivas, o al menos si existían no se les empujaba al fondo (como en Nationale, Croix-Bosset, Guillemot, en el XIII); en general, ha habido poco de puesta en práctica de vida colectiva; también en la mayoría de los squatts se encuentra siempre un poco de la vida de familia, la pareja, y la reproducción del estilo de vida burgués, a menudo, incluso, disfrazado bajo la apariencia de la radicalidad... de hecho se produjo una separación entre la vida cotidiana y la actividad revolucionaria. Otro fenómeno esencial y digno de subrayarse: es que, además de que el squatt se ha centrado demasiado en la vida de barrio y que son siempre los mismos quienes se encuentran en la coordinación, los squatts reúnen una determinada franja de gentes: la mayor parte de los squatteros son en efecto jóvenes marginados (drogotas, sin trabajo...) que hacen honor a su imagen de reyes del chanchullo, y que piensan a menudo que pueden tergiversar el poder. (...) Sin duda alguna, la coordinación ha permitido a la gente encontrarse, hablar, conocerse mejor, tejer lazos positivos; además encontramos también factores positivos presentes en otras formas de lucha: en particular en el hecho de que las condiciones actuales del control social empujan a la gente a determinarse frente al estado; que todo proletario para afirmarse está obligado a negarse en tanto que proletario, y la realidad de nuestro amor del desorden y de nuestras capacidades creativas...

[Extractos de un texto anónimo difundido en los squatts y los medios autónomos, primavera 78]

En las luchas de barrio, de ocupación ilegal, se experimentan formas de vida, relaciones menos parcelarias, no jerárquicas; o bien lo absolutamente contrario cuando se trata de una asociación de vecinos que lo patrocina todo.

Cada rechazo parcelario disuelve ya una ilusión, obliga a plantear las cuestiones más precisas, más globales; esto contribuye a agudizar las contradicciones, y favorece su superación. Aquí es necesario precisar que no es el rechazo anodino y pasivo del trabajo el que contiene todo esto; sino el movimiento de disolución del tejido social, en el centro del que se encuentra el trabajo. La empresa que socave las bases del orden actual debe, al menos, contener esto, e incluso partir de ahí. Pero, para ser consecuente, tiene la obligación de extenderse, de plantear los problemas estratégicamente, y, por ejemplo, de considerar el uso de la violencia. Criticando al mismo tiempo las relaciones insostenibles en las que nos mantenemos: afrontando a los grises en las ramblas, los chavales de Barcelona crecen...

En el rechazo del trabajo, y de la organización de la vida alrededor del trabajo, se disuelven las viejas relaciones, se analizan las fuerzas productivas, se les reapropia a condiciones humanas: "el camino de la desalienación recorre el camino de la alienación". En cada estadio de esta guerra social, probamos o creamos nuestra fuerza, experimentamos nuevas relaciones, establecemos lazos. La lucha contra el asalariado implica la lucha contra el trabajo como forma separada, subhumana, de la actividad humana. En esto la disolución del Estado está ya en acción. Es comunista porque impone la dominación de cada quien sobre su propia vida, colectivamente.

De hecho, la crítica cotidiana que se desarrolla por doquier, encuentra muy rápido su expresión subversiva; habiendo el Estado invadido nuestras relaciones, toda crítica de estas relaciones ataca al Estado. Una fracción creciente del proletariado, sobre todo del joven, se marginaliza así misma, por incapacidad para adaptarse a las nuevas condiciones impuestas de la supervivencia. No hay lugar para todos

en el banquete de la riqueza mercantil, todos los curas de la izquierda se han roto la jeta contra esto: los dirigentes gustosamente hubieran querido abolir por si mismos las enormidades que son los guetos negros, la “clochardización” de la mitad de África (sin hablar de guerras...), y tantos insultos a la cara del humanismo burgués. . No pudiendo sobrepasar estas contradicciones, el capitalismo las ha importado: se ha creado sus enemigos interiores. El robo, el paro, el trabajo negro, el squatt, y los demás tipos de autorreducciones se propagan. Todo el movimiento salido del 68, de rechazo del viejo mundo, busca sus últimas consecuencias en la economía, es decir contra ella.

Sin embargo, en este mundo deteriorado hay escaso lugar para tales conmociones. Las clases dirigentes no poseen un gran margen de maniobra frente a sus múltiples obligaciones: crisis económica permanente, antagonismos internacionales, peligro ecológico. En este marco, frente a la crisis, la burguesía no tiene plan. Solo tiene medidas para salir del paso, a veces tan atroces como la nuclearización. Crispación internacional contra el terrorismo; campaña del Estado francés contra los marginales³⁶; cumbre de los “9” en Bonn; pacto en la Moncloa: tantas respuestas del Capital a nuestras luchas.

¿Sabremos aceptar el reto?

³⁶ La nuclearización de la sociedad, y la tentativa de Barre contra los falsos parados, el trabajo negro, los falsos enfermos de la seguridad social, incluyendo la represión antimarginales a mayor escala, (por ejemplo en ocasión del caso de los asesinos de ardeche) revelan la misma táctica del estado moderno: frente a una sociedad que objetivamente ve desagregarse a sus bases, y activa la producción de disolventes, y que por lo tanto se vuelve inasible, el estado crea arbitrariamente sectores centrales que le estén sometidos. Ni lo nuclear, ni la lucha contra el trabajo negro, (que después de todo, produce plusvalía) son económicamente necesarios. Pero la nuclearización es el prototipo de un modo de producción (de energía) que requiere realmente todas las capacidades centralizadoras del estado moderno: sabotear una central es algo muy distinto que sabotear una fábrica. Por el contrario, la caída del satélite radioactivo, el naufragio de los barcos petroleros, no parecen consecuencias de tal cálculo; pero en este último caso, el capital supo muy bien poner en escena sus propias dudas, y reforzar el control del estado; a pesar de sordas resistencias (a veces organizadas).



Panorama de una derrota.

A la euforia provocada por el fin del franquismo, sucede la amargura democrática. Ya se sabe que los trabajadores, y el proletariado en general, no esperaban que su situación cambiase fundamentalmente; seguirían siendo lo que eran: esclavos asalariados. Sin embargo tenían la esperanza de que las libertades concedidas, por muy formales que fuesen, les permitirían extender y reforzar sus luchas. La democracia, pues, ha sido sentida como una mejora... Lo es, en efecto, si se considera como una mejora el hecho de tener más derechos (de organización, de expresión, etc...). Pero detrás del derecho se esconde siempre el deber... Un Estado que otorga tales libertades es menos odiado que una dictadura, aunque siempre sea percibido como un adversario, deja de ser tan claramente un enemigo; los nuevos deberes que nos incumben se ponen la máscara de la participación: el Estado nos obliga menos, nos solicita... pero el curso de nuestra vida se nos sigue escapando y el poder que nos concede no cambia más que en la

medida en que dejamos de arrastrar nuestras cadenas con los pies, para llevarlas con las manos.

Esta nueva situación siembra la confusión en el seno de nuestra clase: más organizaciones es hoy sinónimo de más divisiones. El derecho a la palabra consagra la primacía del discurso, terreno favorito de la democracia, en el que el libre empleo de conceptos ideológicos evacua la realidad para retener únicamente las imágenes... Las modalidades de la lucha por nuestra emancipación han cambiado, y aunque hayamos sido nosotros quienes lo hemos empujado, el Estado es quien ha tomado la iniciativa. Entonces debemos hablar de...

La ofensiva democrática del Capital en España.

Otros, antes que nosotros han analizado las causas del fin del franquismo, y de una manera menos superficial. Por lo tanto, no regresaremos a ellas más que muy brevemente recordando las fuerzas mayores que han provocado este ocaso, para dibujar la tela de fondo de nuestro propósito.

Los obreros contra la fábrica, los patronos contra Franco.

Las luchas que se han desarrollado estos últimos años, han puesto al franquismo en jaque como forma de dominación. Manteniéndose por la fuerza bruta, el terror policiaco y una propaganda basada en el monolitismo ideológico de la clase dirigente, pretendía negar la lucha de clases, pero no hacía más que fijarla en términos directamente antagónicos, endurecerla. Si el único medio de controlar a los trabajadores era la pasma (tanto los grises como los de la CNS), la extensión de las luchas ha demostrado que no era suficiente: la represión brutal no impidió que las huelgas se propagasen y se radicalizasen. Los trabajadores, en ausencia de los sindicatos, solo podían contar con sus propias organizaciones autónomas, las asambleas de fábrica, o a veces, formar grupos armados encargados

de atender a las necesidades de financiación y de propaganda, o simplemente, de afirmar su resistencia. Pero cuando se niega a los proletarios hasta el derecho de expresar sus reivindicaciones, es de esperar que tomen la palabra cada vez más violentamente, y en tal movimiento, es su condición misma de proletarios la que se desvela, peligrosamente desnuda. Esto lo comprendieron los elementos más “modernos” de la clase dirigente y aquellos cuyos intereses económicos estaban limitados por el yugo franquista: tecnócratas y grandes capitalistas. Podemos decir que fueron verdaderos militantes del antifranquismo, contra la clase obrera.

Nacieron bajo Franco, bajo su ala crecieron, y fueron también ellos quienes lo relegaron al pasado... porque necesitaban más flexibilidad para liberar los movimientos de capitales. “No escatimar medios” en lugar de obedecer los planes rígidos del Estado. Los especialistas de la gestión estatal, los tecnócratas, resentían más vivamente las contradicciones sociales que generaba esta rigidez, así como las posibilidades de apertura de mercado y de integración del proletariado que ofrecía la democracia. Estos hombres de Estado, con una visión más amplia que la de los capitalistas que a menudo no ven más allá de sus intereses inmediatos, se valían de la experiencia de los países que conocen la democracia desde hace decenios. Se sentían aptos para relevar a un viejo aparato cansado de mantener una forma arcaica de poder en una sociedad industrializada. No vacilaban en condenar al franquismo, así como a las industrias menos rentables. De hecho, más que funcionarios a sueldo de intereses particulares, son los agentes directos del Capital.

De la velocidad...

Pero la democratización no exige solamente una reorganización de los órganos gubernamentales, o la institución de nuevos engranajes de poder “en la base”, debe suscitar igualmente comportamientos sociales que se integren en las nuevas reglas del juego donde la ilusión toma el relevo del bastón. Es necesario entonces combatir las

condiciones de vida, la manera en que los proletarios trabajan y perciben su papel; manipular sutilmente ya que se trata de una reestructuración profunda y que debe realizarse rápidamente, no solo no debe obstaculizar el desarrollo económico, sino que además tendría que infundirle otro soplo. Es necesario que las contradicciones heredadas del viejo sistema se disuelvan gradualmente sin tropiezos demasiado bruscos, a fin de evitar que provoquen un movimiento que desvelaría la naturaleza del nuevo.

Sin embargo, el hecho de que el Estado español se lance a semejante empresa, en un momento de reestructuración internacional de la organización capitalista que impone “la austeridad”; y el de que la industria española, dependiente en gran parte de capitales extranjeros, juegue su carta fuerte con el bajo costo de la producción, dejan poco espacio a las reivindicaciones obreras y un estrecho margen a la nueva política. Además las democracias que sirven como modelo a nuestro Estado no están exentas de luchas agudas.

... a la precipitación.

La nueva clase dirigente se caracteriza entonces por un voluntarismo furioso del que podemos admirar la audacia que roza a veces con la estupidez. Así después de colocar a los partidos de la oposición en la arena política, encargándoles la tarea de hacerse admitir por los trabajadores, y “representarlos”, estos en su prisa por servir a sus nuevos amos, corrían de compromiso en compromiso, cada vez más vergonzoso, bajo los flashes de la prensa. El gran público recuerda a Carrillo besando la bandera nacional³⁷, sus profesiones de fe monárquicas, sus calurosos abrazos con Fraga, y su expedición y la de Felipe González a Estados Unidos para garantizar con demasiado optimismo, que con ellos la nueva democracia aseguraría la paz social

³⁷ Es preciso anotar, que es el PC más fante de Europa, (ridiculizado hasta en la opinión pública, y abucheado en las huelgas, a través de su sindicato, las CCOO, después de solamente dos años de existencia oficial...), donde nació una teoría muy en boga entre la escoria estaliniana: El Eurocomunismo... y es que Carrillo está tan acostumbrado a lamerles el culo a los capitalistas, que puede, a buen título, dar lecciones a Marchais y Berlinguer, quienes, sin embargo, no son novicios en este oficio.

y aseguraría las inversiones americanas en España, recuerda también su firma del pacto social en nombre de los trabajadores, sin pedirles su opinión, y que además se dejaron tomar el pelo³⁸, arriesgando quemar aquello por lo que se les paga: La ilusión de representar a los trabajadores.

El tobogán democrático: curvas, no ángulos.

Después de haber favorecido la existencia de todas las tendencias sindicales incluso de la CNT (lo que le ha permitido sondear mejor al proletariado, y sus exigencias), el Estado necesita saber si los trabajadores aceptan poner la organización de sus luchas en manos de los aparatos sindicales, y cuáles son los que, por ser mayoritarios, están en condiciones de efectuar el control real de las luchas, esto es lo que está en juego en las elecciones sindicales. Naturalmente las organizaciones que saldrán vencedoras en esta carrera, CCOO y UGT, disponen de más medios, de apoyos, hasta en la clase obrera, que mientras no es combativa, se siente mejor protegida en sus poderosos brazos. En cuanto a los otros, no les queda otra cosa que integrarse, o más bien desintegrarse, en la estela de los grandes, o quedarse a remolque, condenarse a la ineficacia; este es el caso de la CNT que, cuando es anarquista no transmite más que ideología, y cuando es sindicalista ni siquiera es buena para negociar... Pobres peones sacrificados en el tablero político.

No menos importante es la transformación del espacio social fuera del trabajo, en las regiones, las ciudades, los barrios. Este aspecto no estaba descuidado con Franco que había implantado sus municipalidades, comisarias, parroquias, centros falangistas, etc... pero siempre bajo el modo de la imposición violenta y sorda. También en esto; el Estado debe crear órganos de control emisores-receptores capaces de registrar nuestras exigencias y de desviarlas. Los nuevos

³⁸ Nos referimos, lo habréis adivinado, a la buena broma de la "retroactividad del Pacto de la Moncloa".

estatutos de autonomía y pre-autonomía no corresponden solamente a una descentralización de la gestión administrativa, necesaria bajo esta óptica. Si bien responden a una reivindicación de la pequeña burguesía nacional-izquierdista, no por eso han dejado de suscitar esperanzas entre muchos proletarios. Unos aspiran a recoger algunas migajas de poder, como su honor nacional pisoteado por Franco; otros se imaginan que podrán negociar más fácilmente con un gobierno local. Pero lo más palpable que se puede obtener no es más que una policía vasca o catalana y todavía más divisiones. La lucha regionalista hace olvidar, por un tiempo, la lucha de clases. La jornada del 11 de septiembre de 1977 en Cataluña, fue la manifestación más vergonzosa del proletariado de esta región, que se codeaba fraternalmente con patrones. Ejecutivos, burgueses, e incluso algunos policías al son de “Els segadors”. En cuanto al Estado, cínico, escondía detrás de su espalda, listo para lanzarlo, el hueso por el que esta jauría ladraba...³⁹

Pero a pesar de todo esto, nosotros españoles⁴⁰, teníamos la costumbre de acostarnos tarde, ir de bar en bar, hablar en la calle al hacer las compras en nuestros barrios, considerábamos que nuestra vida empezaba a la salida de la fábrica o de la oficina, y queríamos aprovecharla. Ahí hablábamos, nuestras luchas en el trabajo encontraban un eco e incluso la posibilidad de extenderse. Es por eso que el Estado, consciente de este peligro, se ocupa activamente de transformar nuestros barrios. El urbanismo está llamado a jugar y juega ya un papel extremadamente importante en esta ofensiva. Como toda ciencia aplicada desempeña una función en nuestra alienación, nos estudia como a hormigas y transforma nuestro espacio separadamente de nosotros, y cada vez sentimos más sus efectos. Cuando estamos obligados a retroceder del centro de las ciudades a la

³⁹ Sin embargo, el último 11 de septiembre, no fueron más que los “colaboracionistas devotos”. El boicot espontáneo del proletariado a la feria catalanista confirmó lo que vamos descubriendo: no hay ideología que tenga la vida larga en la democracia de las mercancías.

⁴⁰ Siendo internacionalistas, y compartiendo a menudo con españoles los encantos del ritmo de vida ibérico, no nos sentimos extraños al emplear esta generalización que podría parecer un poco abusiva a mentalidades estrechas... ¡olé!

periferia donde están construidas nuestras jaulas, cuando nuestros lugares de trabajo están lejos de nuestros hábitats y nuestras relaciones de barrio están rotas, cuando en el horror y el frío del hormigón ya no tenemos ganas de pasearnos, el Estado ha ganado una partida, gracias a su pensamiento urbanístico. Cuando un decreto obliga a los bares a cerrar a la una de la mañana, otra partida. Cuando para divertirnos estamos obligados a ir al centro de la ciudad, que vaciada de nuestra historia, solo está llena de mercancías, nuestra ciudad no es más que guetos. Cuando nuestros viejos barrios, cargados de historia, se vacían y se transforman en museos, para el placer de los ejecutivos, quienes pueden vivir aquí en lo aséptico y lo típico (como es el caso de “les Halles” en París y cada vez más el barrio de la Ribera en Barcelona), entonces puede decirse que el Estado está más presente que nunca. Nos conocemos cada vez menos, fuera del trabajo no tenemos ninguna otra cosa que hacer más que tragar estas mercancías relumbrantes e inútiles, y cuando nos invaden hasta este punto, han carcomido hasta nuestras relaciones.

Tal es el plan del Estado. Pero tampoco dramaticemos, algunas resistencias salen a la luz, tanto en nuestro viejo estilo de vida que no está completamente acabado, como en nuestra posición de esclavos modernos, cuya desposesión se interioriza. Debemos, para librarnos de nuestra alienación, recorrer todo su camino, aclarados por nuestras luchas.

Por ejemplo, descubrimos por este camino, en nuestros barrios, tristes peleles que son fáciles de desmontar, por poco que consideremos su importancia y que queramos ponernos manos a la obra, tal es el caso de las “asociaciones de vecinos”. Si es evidente que los sindicatos no pueden operar más que sobre la base de los lugares de producción, y tienen mucho que hacer ahí, no es menos claro que es necesario un engranaje en los barrios, para encauzar las luchas y los descontentos que estallan. Pero, cuanto más baja hasta nosotros, más el Estado debe disimularse hábilmente, así no es de extrañar que hasta el momento

presente muy pocas voces se hayan levantado contra las asociaciones de vecinos, cuya máscara es evidentemente la... del vecino; ni que éstas adopten en su programa, a la vez reivindicaciones que corresponden a nuestras necesidades inmediatas (creación de dispensarios, por ejemplo), y otras que corresponden a las necesidades inmediatas del... ¡Estado!: más vigilancia, actualización de la policía (creación de la policía autóctona, por ejemplo), la vuelta de los serenos, una iluminación intensa en las calles sombrías (y por qué no torres de observación). Firman sin consultarnos el aumento mal disimulado del precio de los autobuses; van a denunciar a la alcaldía a los vagabundos que ocupan locales abandonados, refuerzan la psicosis de violencia creada conscientemente por el Estado, para reclamar más represión. Su lucha por la higiene no se reduce a recordarnos leyes que nos castigan con multas si echamos desperdicios a la calle, sino que llevan la limpieza (y esto es el último grito) hasta el extremo de crear ¡grupos de higiene mental en nuestros barrios! Lavar las calles, seguro, dicen, pero sobre todo los cerebros. ¡Los cerebros! De hecho, su base social, sus militantes, son los tenderos⁴¹ que, si no venden lechugas, venden ideología, reencontramos aquí a toda la carroña de manipuladores de izquierda y de extrema izquierda. Ya es tiempo de que los proletarios radicales exterminen a esta crápula parapolicial... sobre todo ahora que están al alcance de la mano.

Nos extraña que los Ateneos Libertarios no tomen posición sobre esta existencia injuriosa, ¡ellos que están igualmente implantados en los barrios, y que pretenden desarrollar en ellos una dinámica revolucionaria! Pero estos “anarquistas” tratan primero de ideologizar a las masas, y desde luego, no quieren ponerse a los vecinos en contra, están demasiado preocupados por crearse una imagen de buen apóstol. ¡Curas!

⁴¹ ¡Incluso llegan a recomendar ciertos almacenes!

En pocas palabras, el Estado está atento a nuestros movimientos, se esparce en la sociedad y proyecta en ella numerosos brazos, en este sentido, se socializa. Pero esta socialización no hace más que empezar, y no hay que creer que consiste únicamente en un despliegue de órganos representativos. De hecho, el Estado nos delega cada vez más su poder, (el ejemplo más grosero es el de las elecciones legislativas y sindicales): Capta nuestra insatisfacción, ya no la niega, nuestra voluntad de apropiarnos de nuestra vida, pero nos devuelve una imagen deformada que es la de la participación; pero cuando obligamos al Estado a transformarse así, y respondemos a su llamada, somos nosotros mismos una parte de él, cuando nos delega cada vez más el poder de elegir, de expresarnos, y remodela su estructura incluso en función de nuestras luchas, entonces, en el cuerpo social, el Estado ya no es un cerebro separado dirigiendo sus miembros, porque nosotros mismos nos convertimos en su sistema nervioso.

Otro medio de integrar al proletariado, es poner a su nivel, al alcance de la mano, lo que la sociedad produce, las mercancías; cuando la separación entre lo que producimos, y lo que vuelve a nuestras manos, disminuye, está más escondido el hecho de que es la producción misma lo que nos es ajeno, cuando la riqueza producida regresa a nosotros, es su pobreza la que se esconde tras la máscara de la abundancia.

La industria cultural, del porno a lo político, es la que ha experimentado mayor desarrollo estos últimos meses, es el signo de esta libertad que nos llega bajo la forma de mercancías.

Entre ellas, las que tienen más éxito, son las que llevan la marca misma de esta nueva era. Tal es el caso de un film como "Emmanuelle", que arrastra multitudes; si se constata la ausencia de argumento, la mala calidad de los actores, la timidez de las escenas pornográficas, podemos preguntarnos por qué tiene un éxito tan enorme, la respuesta la encontramos en la ideología misma que revela, la de los nuevos ejecutivos, la del poder. Emmanuelle es libre e independiente, folla

con quien quiere, cuando quiere, pero es libre en un mundo de objetos, todo aquello sobre lo que posa su mirada es objeto de sus deseos, pero no es sujeto de su historia... Es el modelo al que debemos ajustarnos rápidamente, para no ser retrógrados, africanos... Y se ve a la salida de los cines, a parejas de españoles con el aire preocupado, ya que se les incita a borrar rápidamente su mentalidad estrecha heredada del fascismo. Pero se ve también en las huelgas a los obreros abatidos por la “traición” de los sindicatos, de los que tanto esperaban...

En esta avalancha de cambios impuestos por el Estado, los españoles tienen vértigo, y se preguntan por quién han sido engañados.

Volvemos a las Ramblas, como a una isla del tiempo, donde la identificación de un enemigo visible nos unía, pero ya empezamos a aburrirnos.

La apuesta del postfranquismo ciertamente no ha concernido solo a España, es por lo menos toda Europa la que ha contenido un momento la respiración. En este viejo continente, que fue sacudido de parte a parte por las llamas de la revuelta, la incertidumbre con respecto a las reacciones del proletariado español tan largo tiempo comprimido, hacía volar la imaginación sobre lo que podría ser una mecha difícil de apagar... Revolucionarios y hombres de Estado, por razones diametralmente opuestas, se preguntaban si los españoles caerían en la trampa de la democracia... ya hemos visto...

La colmena revolucionaria.

“No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o incluso el proletariado en su conjunto se propone momentáneamente como meta. Sino de saber lo que está y estará históricamente obligado a hacer, conforme a su propio ser”. (Marx)

Claro está que la partida no ha terminado. La guerra continúa. Pero, sin haber librado ninguna batalla de envergadura, hemos perdido terreno. El terreno ha cambiado. Los revolucionarios de la región española, así como toda la clase, no estuvieron en sus teorías y sus prácticas a la altura de la ofensiva capitalista. Como en el cielo, donde

las estrellas están tan lejanas que nos llega la luz de algunas cuando ya han dejado de existir, a menudo la visión de nuestro enemigo ya no corresponde a su nueva realidad.

Ahora bien, en esta guerra social, si se impone el estudio del ataque enemigo, éste no está disociado de una crítica de nuestras propias armas, de las que hemos aprendido que siempre son, potencialmente de doble filo. Algunas ya nos han cortado, dolorosamente, las manos.

La trampa ha funcionado bien: el paso libre dejado por el Estado a las organizaciones obreras, el fin de la clandestinidad, han provocado una verdadera histeria de la organización. Sin pretender que este problema sea desdeñable, ha aparecido con tal prioridad, que ha sido disociado de cuestiones simples y fundamentales: ¿Contra qué y por qué luchamos? Preguntas que apenas parecían merecer respuesta por parte de los revolucionarios de tan prefabricadas que las tenían. Ellas han dado la justa medida de la descomposición del movimiento revolucionario en España.

Cuando la vieja ideología productivista autogestionaria del anarquismo salía de nuevo a la superficie con tanto éxito, sin que ni siquiera se plantearan las preguntas ¿gestionar qué?, ¿producir qué? Cuando el sindicalismo fue reconocido al principio, casi unánimemente, como la panacea de la organización obrera, mientras que a lo largo de la historia y por todas partes, ha dado pruebas de su eficacia al servicio del Capital; cuando todo un sector de la autonomía fetichiza una forma de lucha: la asamblea de fábrica, entonces, satisfecho, el Estado puede pensar: “cuando le señalas la Luna, el idiota mira el dedo”.

He aquí por qué hemos desarrollado más adelante este leitmotiv de nuestra vida cotidiana, el trabajo, su rechazo, porque es el punto central de nuestra alienación y nuestro combate, y nos parece que los revolucionarios españoles han descuidado su importancia.

Pero si se quiere criticar al movimiento revolucionario en España, estamos obligados a hablar de la CNT, considerando el papel preponderante que desempeñó en la historia de éste, el entusiasmo que provocó su resurrección y los debates suscitados por su crisis actual.

¿Qué observamos en la actualidad?: burócratas sindicalistas en los puestos claves de los comités, ortodoxos que recuperan terreno, un tono cada vez más monocorde y reformista. La hemos visto en la huelga de las gasolineras⁴² hacer tragar por una victoria la limosna que le arrancó a la patronal por encima de la asamblea, y en la huelga de los transportes, aceptar otra derrota reivindicativa alineándose con la opinión de una mayoría falseada. Condenando sistemáticamente la violencia revolucionaria. Cabreándose con los folloneros de las Ramblas cuyos actos, aunque limitados por su alcance, e incluso algunas veces peligrosos, no dejan de ser gestos de rebelión; condenando, con motivo del asesinato del director general de prisiones “toda violencia terrorista venga de donde venga”. Distribuye baratos sus carnets, lo que le permite pavonearse. Vende pegatinas, lo que le reporta beneficios.

En pocas palabras, los compañeros comprometidos en este debate tendrán seguramente más ejemplos de sus “traiciones”. No es nuestro propósito hacer una relación de ellas. Más bien queremos contribuir a aclarar las causas de este fenómeno.

Pero nuestra crítica no tiene nada que ver con ningún juicio moral, sino que más bien debe revelar el papel histórico de la CNT y por lo tanto del sindicalismo.

Los primeros sindicatos respondían a la necesidad obrera de agruparse, de asociarse frente a los capitalistas, fueron un momento de la composición de la clase obrera en su lucha. Pero es necesario

⁴² Nos referimos a la huelga precedente. A propósito de la que se está desarrollando ahora, no tenemos informaciones lo suficientemente serias como para saber si predomina en ella la tendencia burocrática.

entender este momento como una defensa y como la voluntad de conseguir un sitio más confortable dentro de esta sociedad: crear cajas de resistencia en las huelgas, organizar la solidaridad, luchar contra la competencia y la separación de los trabajadores, educarlos, negociar. Por lo tanto, si bien todavía no eran visiblemente contrarrevolucionarios, tampoco podían ser órganos revolucionarios de la clase, ya que su función esencial consistía en la resistencia y no en la ofensiva. El sindicalismo nació de la incapacidad de los obreros para asaltar el mundo y revolucionarlo. He aquí la tara original que no llegan a borrar los partidarios del “sindicalismo revolucionario”. Por esto les fue necesario añadir el adjetivo que no debía revelar más que ilusiones y demagogia. Ilusiones que podían causar efecto mientras los patrones permanecieran sordos a las reivindicaciones: al no poder asegurar plenamente su papel, ser vehículos del reformismo obrero, los sindicatos podían adornar sus estatutos con la bandera de la abolición del asalariado y la revolución social. Pero el carácter artificial de su radicalismo aparece en su concepción misma de la revolución: La absurdidad histórica de una sociedad basada en la producción, el trabajo y la gestión del mismo mundo, del que se habrían sustraído el salario y la jerarquía.

No fue sin resistencias que numerosos anarquistas entraron en los sindicatos, como lo atestiguan los escritos de Malatesta. Al luchar por reformas se corría el riesgo de olvidar la revolución. Veían la esencia reformista del sindicalismo, su papel integrador; pero entraron en los sindicatos para no desligarse de la clase, pensando que la difusión del Ideal sabría guiarla hacia aspiraciones más altas. El anarcosindicalismo nació de esta contradicción de la época: quería unificar reforma y revolución mediante la ideología. Todo el movimiento revolucionario hasta nuestros días ha estado marcado por la separación entre la lucha económica y la política. Lo que el partido debía hacer para Lenin, la ideología se encargaba de realizarlo para los anarquistas. Pero ni en uno ni en otro caso se contaba con la actividad

consciente del proletariado para revolucionar la sociedad. Mientras el problema social fundamental seguía siendo el desarrollo de las fuerzas productivas, el capitalismo se ocupó de él de manera evidente. En tanto que ideología el socialismo (tanto en su forma autoritaria como libertaria) no era más que una respuesta diferente al mismo problema: desarrollar el Capital... sin los patrones y sin el Estado. En los países industrializados de Europa (Francia, Inglaterra, Alemania) la producción, al alcanzar la abundancia, permitió la satisfacción de ciertas reivindicaciones. Estas primeras “conquistas” deberían haber consumado rápidamente la separación entre los fines y los medios del sindicalismo, así como entre lo económico y lo político. En 1906, la CGT francesa ratificaba su línea anarcosindicalista en la carta de Amiens; en 1914, apelaba a la “solidaridad nacional”, al igual que los sindicatos alemanes... Al abrir las puertas de las reivindicaciones, el capitalismo ha sabido privilegiar el reformismo obrero. De esta manera no solo descubría un mercado (uno de los más importantes actualmente) sino también una posibilidad de integrar las luchas mismas en su desarrollo. Así permitía a los sindicalistas sentarse en la mesa de las negociaciones y reforzar su poder de encuadramiento de la clase obrera. Los patrones poderosos y el Estado, estrechamente ligados y conscientes de que la dinámica de las luchas podía resultarles fatal, tenían necesidad de un organismo regulador de los conflictos, pero también de la economía, un “parternaire” en el terreno de la oferta y la demanda, que al mismo tiempo pudiera presionar a los capitalistas más atrasados, ayudando de esta manera a la aceleración de la concentración industrial. Gracias a los sindicatos podía utilizar a las luchas obreras como a un motor... sin demasiadas explosiones. ¿Quiere esto decir que Estado y obreros se daban la mano por encima de la cabeza de los capitalistas? Si, en la medida en que ponían sus luchas en las manos de los sindicalistas. No, cuando tenían bastante rabia para imponer sus necesidades como no negociables, descubriendo así su fuerza y perspectivas más allá de los límites reivindicativos...

Hoy en día, en todos los países industriales donde el capitalismo no ha obstaculizado el camino de los sindicatos, los proletarios deben reconocerlos como lo que son: traficantes de carne de fábrica, enemigos feroces de cualquier subversión proletaria.

Pero España, país de sol y de pasiones, ¿ha escapado a este proceso? Solo en parte. Sabemos que la revolución española no es un momento histórico que va de 1936 a 1939. Una vez pasada la fiebre revolucionaria de las primeras semanas, el Capital supo encontrarse un alojamiento, algo inhóspito, pero real (no se abolió el salariado). No pretendemos decir que no hubo otros momentos revolucionarios, ni que la CNT no estuvo a la vanguardia del movimiento, sino, simplemente que no duró tanto tiempo como nos quieren hacer creer los historiadores. Las relaciones capitalistas sacaron la cabeza y la CNT contribuyó a ello (véase la donación de poder a Companys). A falta de comunismo tenía que gestionar un capitalismo cojo, y sin embargo, en ello desplegó toda la potencia de la organización. Sabemos a dónde la condujo esto: a correr tras los ministerios, a entregar en Mayo del 37 al proletariado barcelonés a la burguesía republicana, y ésta a Franco con la ayuda de los estalinianos.

El paréntesis político del franquismo ha permitido una falsificación de los acontecimientos, con la ayuda de los llamados “comunistas”, pero también de algunos sectores anarquistas. Esto permitió conservar en formol las ilusiones de los trabajadores sobre el sindicalismo; pero no totalmente: es famosa la rápida degeneración de CCOO bajo Franco. Pero la CNT emergió de sus cenizas con la aureola de la revolución que le conferían el olvido y la ignorancia. No obstante, el sindicalismo revolucionario de la CNT nació bajo malos auspicios, ya que para colmo, es al Estado a quien los anarquistas deben su organización. En efecto, ¿qué habría pasado si el gobierno de Suarez no hubiera legalizado la CNT? Habría más gente en CCOO y más contradicciones. Bien al contrario, una buena parte de los obreros más radicales están bien aparcados, con su carnet confederal en el bolsillo y las consignas

desmovilizadoras de sus dirigentes. En el primer mitin de la CNT en Barcelona, en el 77, uno de los líderes fue aplaudido al adelantar como objetivo el agrupamiento de un millón de trabajadores en la CNT como en el 36, (yo no podía dejar de pensar en Castro y sus cañas de azúcar). Evidentemente, para ser fuerte un sindicato necesita muchos adherentes. Antes que nada, ¡la cantidad! Se proclamó enseguida que no era necesario ser anarquista para entrar en la CNT. Se creó, rápidamente, una imagen de papá tranquilo, de tipo común y corriente, para no asustar. Es necesario parecer serio y responsable. Hemos visto desahogar la histeria de los “machos” contra los pasotas y los maricas. Y ¿qué pasó? La CNT no dejó de ser un sindicato. Para asegurar la defensa de los asalariados en tanto que asalariados, es decir esclavos; tiene, conforme a su naturaleza, que condenar y silenciar cualquier tentativa proletaria de romper esta condición y, a fin de cuentas, su pequeño poder. Quienes piensan remontar la pendiente del sindicalismo con la cuerda anarquista, son inocentes o amnésicos. La ideología, por muy radical que sea, no ha impedido jamás a los sindicatos seguir su camino.

Para nosotros la cuestión no radica en saber si una democracia real es, a pesar de todo, viable en la CNT, si pueden desarrollarse tendencias en ella, si hay jefes y si traicionan, sino más bien ¿para qué puede servir al movimiento revolucionario? Cuando se trata de hacer asambleas, de tomar la palabra, de decidir, los trabajadores no esperan a ningún sindicato. Si se trata de ver triunfar sus reivindicaciones todo el mundo sabe que las llamadas victorias, obtenidas en las negociaciones entre patrones y sindicalistas, no valen lo que las arrancadas por la amenaza de parálisis económica o por la violencia. Si es por las tareas concretas (propaganda, etc.) ¿de qué sirve dejarlas en manos de los especialistas sindicales? La autonomía consiste, entre otras cosas, en asumir uno mismo sus luchas, de las que estas tareas no están separadas.

Pero, precisamente toda una tendencia de la “autonomía” (la de *Bicicleta*, por ejemplo) piensa que las asambleas están demasiado limitadas por el localismo, o por el corporativismo; por lo tanto necesitan un organismo dotado de vista, de objetivos de mayor alcance para extender estas luchas. ¡Dignos hijos de Lenin!, para quien la clase obrera entregada a sí misma sería a lo máximo trade-unionista, y se estancaría en el terreno económico. En esto el sindicato reemplaza al partido, pero tanto uno como otro son el contrario de la autonomía, viven de su ausencia... En cuanto a la solidaridad, no porque un sindicato sea efectivamente capaz de inundar el país de octavillas y carteles, va a ser más fuerte. Esta solo puede ser efectiva si las luchas particulares llevan en sí mismas ataques que representan los intereses generales de la clase.

Ahora bien, si el vacío sindical favorecía la autonomía de la clase obrera que estaba “obligada” a organizarse sobre sus propios objetivos, a través de las asambleas de fábrica, esto no nos dice nada de la naturaleza de estos objetivos.

Ideologizar las asambleas de fábrica es, mientras se rechaza el sindicalismo, hacer lo mismo. De hecho los asambleístas creen haber encontrado una buena fórmula para evitar las manipulaciones. Sin embargo, si las hay, es seguir la táctica del avestruz el creer que solo un sistema organizativo puede impedirlo; pensar que de un lado hay obreros revolucionarios luchando por su emancipación, y del otro sucios burócratas que se lo impiden, es olvidarse de criticar al proletariado, la debilidad de sus objetivos. Si los trabajadores se dejan manipular, es inútil decir que los manipuladores son astutos, es necesario ver por qué los obreros lo son menos.

Si la panacea de la organización revolucionaria es la asamblea de fábrica, es porque los compañeros, en su obrerismo, olvidan que la fábrica es, cada vez más social. La lucha en todas partes, también fuera del trabajo. Los trabajadores obtendrán victorias en la medida en que

sepan romper los muros de la fábrica y hacer repercutir su revuelta sobre toda la sociedad.

Además en la fábrica no hay gran cosa de que reapropiarse. El mito de la autogestión no puede esconder lo que se tendría que gestionar: el trabajo, “ser a la vez dueños y esclavos”. Los anarquistas (cuando hacen ideología) no son los únicos campeones de la alienación, en Francia el PS y la CFDT también predicán la autogestión. Para Giscard d’Estaing la abolición del Estado es un objetivo válido, como si trabajar no bastase, habría también que gestionar.

El zumbido democrático.

“La crítica de la religión es la premisa a toda crítica” (Marx)

Si la crítica de la religión y el rechazo de las “capillas” fueron y son todavía exigencias fundamentales de los revolucionarios, hay que denunciar una que es, generalmente, la justificación misma de este rechazo: la ideología democrática.

La democracia parece ser en nuestro mundo un dogma inquebrantable, sin hablar del Capital que encuentra en ella la forma ideal de liberación de la mercancía, sino, sobre todo, de todas las corrientes revolucionarias que rechazaron el dominio de la III Internacional y del leninismo. La preocupación primordial tanto del movimiento anarquista como de la ultra izquierda, gira en torno a esta cuestión: ¿Cómo evitar la burocratización? ¿Cómo asegurar la democracia?

Los consejistas han ideologizado este problema de una forma ciertamente más coherente que los anarcosindicalistas, en la medida en que rechazan el poder al movimiento obrero en manos de un aparato especializado: el sindicato. Los consejos no son más que un instrumento organizacional en manos de las asambleas, que guardan así, el poder real de decisión. El sistema de delegados, elegidos por la base y revocables en todo momento, es simple y eficaz. Algunos hablan incluso de las facilidades que darían los medios de telecomunicación para el buen funcionamiento de este sistema.

Hemos de reconocer que el problema sería real en un mundo en el que la vida social estuviera regida por las asambleas. ¡Los soviets + la Telecomunicación!... Y es que sobre todo a nivel tecnológico, el movimiento revolucionario ha hecho progresos inmensos desde Lenin y sus problemas de ¡enchufes múltiples!⁴³

Pero, ¿A dónde queremos llegar?, ¿qué le reprochamos a la democracia obrera? Pues bien, el hecho de que los trabajadores se organicen en asamblea y tengan exigencias muy estrictas en lo que concierne a la fiabilidad de sus organizaciones, es una señal de su autonomía. Pero lo que nos parece criticable no son las asambleas o los consejos en sí, sino su ideologización, asambleísmo y consejismo, la soberanía proclamada de un momento de la lucha, en el que las decisiones se toman por mayoría. No es que esta sea más sospechosa que cualquier minoría, sino que no se puede basar todo el futuro desarrollo del movimiento en uno de sus aspectos, y tanto más cuanto ya hemos visto que las asambleas ya no son un momento especialmente privilegiado, cuando los burócratas se han vuelto especialistas en manipularlas y los trabajadores siguen las consignas sindicales, la minoría de obreros radicales se autoexcluye en provecho de esta “democracia”.

Se constata cada vez más, a través de las huelgas salvajes de estos últimos años, que los grupos radicales, la mayor parte del tiempo minoritarios, se encontraban en el centro de la lucha, dándole una dinámica que a veces encontraba la aprobación general. Pero si esta es necesaria para la extensión del conflicto, todavía no es más que el reflejo de una comunidad de individuos separados buscando un acuerdo formal para actuar. Ideologizar esta situación significa no tomar en consideración la transformación de las relaciones sociales en el sentido comunista, es decir, de una comunidad en la que los individuos se agrupan según sus necesidades, deseos y afinidades, no

⁴³ Sabemos que, para Lenin, el socialismo debía enchufarse tanto en la electricidad como en el taylorismo, por ejemplo...

según el principio burgués y democrático: la libertad de uno termina donde empieza la de los otros.

Para nosotros la organización solo es la organización de las tareas, y nada más. Los revolucionarios no tienen que esperar sistemáticamente la opinión de cualquier mayoría, y es evidente que todas las decisiones no se tomarán a mano alzada.

Lo que en España diferencia a los “revolucionarios” de los reformistas, es el reconocimiento de este hecho: destruir el capitalismo significa acabar con el salariado. Sin embargo lo que se critica, generalmente, en el trabajo asalariado es más el salario que el trabajo. ¡Nadie habla de la abolición del trabajo! Como si hubiera alguna absurdidad en querer negar una actividad tan... esencial.

Ahora bien, el trabajo es efectivamente la actividad productiva esencial del mundo capitalista: “hay que trabajar para vivir”, esto es lo que nos repiten desde nuestra infancia y es a esto a lo que estamos forzados, el ocio mismo, que es la recompensa por la dura faena, no llega a suscitar una “adhesión” tan neurótica como esta. A tal punto, que es corriente encontrar gente que se aburre cuando no curra. Tan corriente, que en todas partes los domingos son tristes. Muchas personas llegan al fin de sus carreras temiendo la jubilación, ese estado vegetativo en el que ya no servirán para nada. Esto es particularmente evidente para los ejecutivos que siempre dan una importancia desmedida a la actividad fútil; en este medio la jubilación provoca verdaderas hecatombes: neurastenias, suicidios, envejecimientos y muertes prematuras.

La imaginación popular considera con más espanto la ficción de un mundo del ocio, que la realidad de las galeras generalizadas.

Pero ya conocemos la pregunta trivial del “homo salario”, quien difícilmente puede concebir otro tipo de actividad: ¿Qué pondéis en su lugar?, ¿Quién va a hacer marchar las fábricas si nadie quiere trabajar?

Preguntas que quedaran sin respuesta por nuestra parte, no a causa de una debilidad teórica (aunque debemos confesar que sabemos definir mejor lo que no queremos, que lo que queremos), sino porque no puede existir una programación en un movimiento que se descubre poco a poco, o a veces brutalmente. Se puede especular sobre las posibilidades de la automatización, y sin duda no es inútil, pero no se puede hacer mucho más que luchar contra las coacciones que frenan la libre actividad creativa de los individuos.

Lo que nos parece más inquietante es que la idolatría del trabajo esté tan difundida, que incluso los que hablan de revolución social, nunca tocan el monstruo sagrado.

Reproducimos como ejemplo la intervención de un compañero de “*Teoría y Práctica*”, en el debate sobre Autonomía Obrera aparecido en el Nº 6 de “*Emancipación*”:

“Es indudable que en el renacimiento del movimiento obrero español en CCOO hay aspectos que son absolutamente integrables, que son los más importantes, viendo el carácter de sus reivindicaciones, planteadas en términos de aumento de salarios, y evidentemente, no se está planteando una lucha por la autonomía obrera, sino que se está planteando una lucha tradicional que es la de aumentar el valor de cambio de la fuerza de trabajo. En cambio, la lucha de fondo es para hacer perder a la fuerza de trabajo su valor de cambio, para que la sociedad no se rija por el valor de cambio de la fuerza de trabajo, sino que se rija por el valor de uso. Y si digo que no está claro que el Capital no arranca su plusvalía en la producción, tengo claro que la arranca de la reducción de la fuerza de trabajo a valor de cambio.”

El simple hecho de considerar la fuerza de trabajo como un dato, como una característica del sujeto que lucha, presupone un tipo de actividad donde lo que se consume está considerado como una categoría autónoma de la producción, es decir, como un elemento separado, separado del objeto de la producción (máquinas y también materias

para transformar). Esto es lo que apareció históricamente con el Capital, ya que es lo que el capitalista pide al obrero, es lo que le paga por un salario. Esto presupone, pues, el intercambio mercantil. Jurídicamente esto se expresa por el hecho de que una de las partes posee las máquinas y las materias (el capital fijo), y la otra está reducida al estado de fuerza de trabajo abstracta (independientemente del objeto de la producción). El obrero reducido a este estado, es análogo a la puta que folla con cualquiera (independientemente de toda relación) o al guerrero romano del imperio que combatía por un salario⁴⁴.

Si el comunismo es la negación del Capital, lo es también del proletariado: la disolución de la mercancía equivale a la disolución de lo que la produce: la fuerza de trabajo.

Debajo de este escamoteo del compañero de *“Teoría y Práctica”* se ve asomar el proyecto autogestionario, la república de los trabajadores, mal sueño de una conciencia que trabaja mientras duerme. Las conclusiones de este camarada no son menos interesantes cuando declara:

“El movimiento autonomista se caracteriza por la lucha contra el valor de cambio y las formas superestructurales que adopta, y esa lucha en el terreno de los salarios está en descenso, porque para conseguir mejores salarios lo más eficaz no es organizarse en las asambleas, sino en los sindicatos que luchan por mejorar el valor de cambio de la fuerza de trabajo, y cuanto más tradicionales sean los sindicatos, mejor para conseguir esos avances estrictamente salariales.”

En un momento en que el programa de austeridad internacional, azota sin piedad a los trabajadores, y tiende a mantener los aumentos salariales en unos límites estrictos, que aseguren si no el aumento, por lo menos la tasa de beneficios, y en que los sindicatos y los partidos de izquierda tienen por tarea esencial el hacer aceptar a los

⁴⁴ De aquí viene el origen de la palabra “salario”.

trabajadores tal plan, participando cada vez más en la gestión estatal, el argumento del compañero no es válido. Los metalúrgicos del País Vasco lo demostraron asaltando los locales de CCOO y UGT. Los sindicatos no sirven ni siquiera para las reivindicaciones, porque lo que negocian para los obreros, es negociable para los patrones. Cuando no firman el Pacto de la Moncloa que no es más que una disminución del salario real, rebajan sistemáticamente las reivindicaciones obreras. Eficacia sí, pero para los capitalistas, no para los trabajadores. Si no, como explicar las avalanchas de huelgas salvajes en los países industrializados, en este último decenio. Salvajes, porque se hacían sin o contra los sindicatos.

Pero sin duda nuestro teórico cree que todos esos bravos obreros, rojos y salvajes, pelean directamente por la “autonomía” y la “revolución social”. Pues bien, ¡no! Reivindican, a partir del salario y llevan su reformismo insolente hasta pedir la disminución de las cadencias y del tiempo de trabajo.

Si me vendo que sea al precio más caro. Cuando en sus luchas reivindicativas, los mineros ingleses o americanos, así como cada vez más los trabajadores de todo el mundo, se desentienden de las llamadas gubernamentales y sindicalistas a la “solidaridad nacional”, y ponen en peligro a sectores enteros de la economía, lo que descubren es que el salario es lo que se arranca y no lo que se merece, como pretenden los sindicatos con su consigna: “para un trabajo digno, un salario justo”. No hay ni trabajo digno ni salario justo, sino una guerra. Esto es lo que afirman.

Pero más que dinero es fuerza lo que se gana en la fábrica o en la oficina, a través de las luchas reivindicativas salvajes: el aumento del coste de la vida borra rápidamente lo ganado. Además, con más salario no cambia fundamentalmente nuestra situación; en el mejor de los casos, esto solo significa poder consumir más mierdas.

Pero desde un deseo común a todos los trabajadores: menos sudor para este mundo de miseria, debemos llegar a la escandalosa evidencia de que es necesario acabar con el trabajo, o ser acabado por él. Es por esto que, a veces, los proletarios sienten la necesidad de extender sus luchas hacia otros terrenos: sabotaje, absentismo...

Las luchas de los parados son un punto crucial de la lucha anticapitalista que podrían convertirse en una honda. Merecen la atención y el apoyo de todos los revolucionarios, pero no porque formen parte de todos los explotados, y porque se podría pegar su movimiento al de las mujeres y al de los homosexuales, por ejemplo, y hacer un frente unido de todos los marginados y de los trabajadores, como quisieran los izquierdistas. Esta ideología que consiste en yuxtaponer todas las luchas de los diferentes sectores del proletariado, ignorando los puntos comunes de intereses y objetivos, tiende a consumir la separación de cada uno con respecto al otro, pero exigiéndoles respeto mutuo ¡como si estas luchas no pudieran ser más que paralelas y no reunirse en otro sitio que no sea el terreno de la ideología! Sería necesario que los trabajadores comprendiesen a los parados, que los hombres comprendiesen a las mujeres; en fin, que cada uno tolerase al otro en el gran circo del pluralismo democrático... esta actitud sistematiza las separaciones, las glorifica. Mientras que de lo que se trata es de derrumbarlas. Al luchar por el derecho a la diferencia se olvida lo que nos es común: la sumisión y el rechazo del mundo de la mercancía.

El capitalismo demuestra, al echar a millones de trabajadores de la fábrica cuando ya no los necesita, que los discursos sobre los derechos del hombre y la libertad son solo viento, y que de hecho no somos sino objetos desechables, como los kleenex. El parado es la mala conciencia del demócrata.

Así pues, cuando los parados de Barcelona reclaman el 100% de su salario, tienen razón. Su razón. Ni el 80% ni el 90%, ya que no piden limosna, sino que se les niega su salario.

Pero nos parece necesario decir a los parados: cuando gritáis: ¡Trabajo!, pensáis: ¡Salario! ¿Por qué? Porque el Estado nunca pagaría a quien no trabaja, y lo sabéis, (por lo menos de manera suficiente). Pero en un momento de reestructuración internacional, en que cada vez más empresas (todos los sectores no competitivos y todos aquellos en los que se opera una verdadera transformación de la organización del trabajo) cierran sus puertas y arrojan a la calle a millones de trabajadores, cuando la tasa de desempleo no deja de crecer, ¿de qué sirve pedir un empleo? Los partidos de izquierda, que colocan en un buen sitio dentro de sus programas demagógicos la reabsorción del desempleo, no pueden dar salida a este dilema. Sus programas son tan poco serios que en Francia, en donde el PS y el PC son mucho más poderosos que en España, hasta tal punto que en las últimas elecciones habrían obtenido la mayoría de votos en la primera vuelta, prefirieron hundirse, mediante la ruptura, antes que encontrarse en el poder, frente a las exigencias de los proletarios y sobre todo de los parados.

Compañeros, no sirve de nada pelear por un empleo. El Estado no está listo para concedernos algo. Así, las reivindicaciones solo tienen fuerza en la medida en que elevan el nivel de las luchas, en que las clarifican. Reivindicar un salario puede ayudar. Por una parte, porque los sin-trabajo dejan de competir con los que trabajan, en el mercado, y de esta manera hacen estallar esta presión del paro-hambre, de la cola en las puertas de las fábricas, que es lo suficientemente fuerte como para impedir la extensión de las luchas. Es necesario hacer estallar este bloqueo que el Estado emplea conscientemente.

Al despreciar el reclamo del trabajo, los parados rompen una contradicción mantenida por los sindicatos: la de una lucha obrera contra el trabajo, sofocada por el anacronismo de la reivindicación del "derecho al trabajo". Abandonando una lucha de retaguardia, los parados pueden ser un faro para todo el movimiento.

Pero para obtener cualquier cosa será necesario contar con la acción directa. Los movimientos de autorreducción. Particularmente en Italia, pero también en Francia, que atañen a los transportes, la electricidad, los alquileres y... las mercancías, han demostrado que los proletarios solo cuentan con ellos mismos cuando se trata de resolver sus problemas cotidianos...

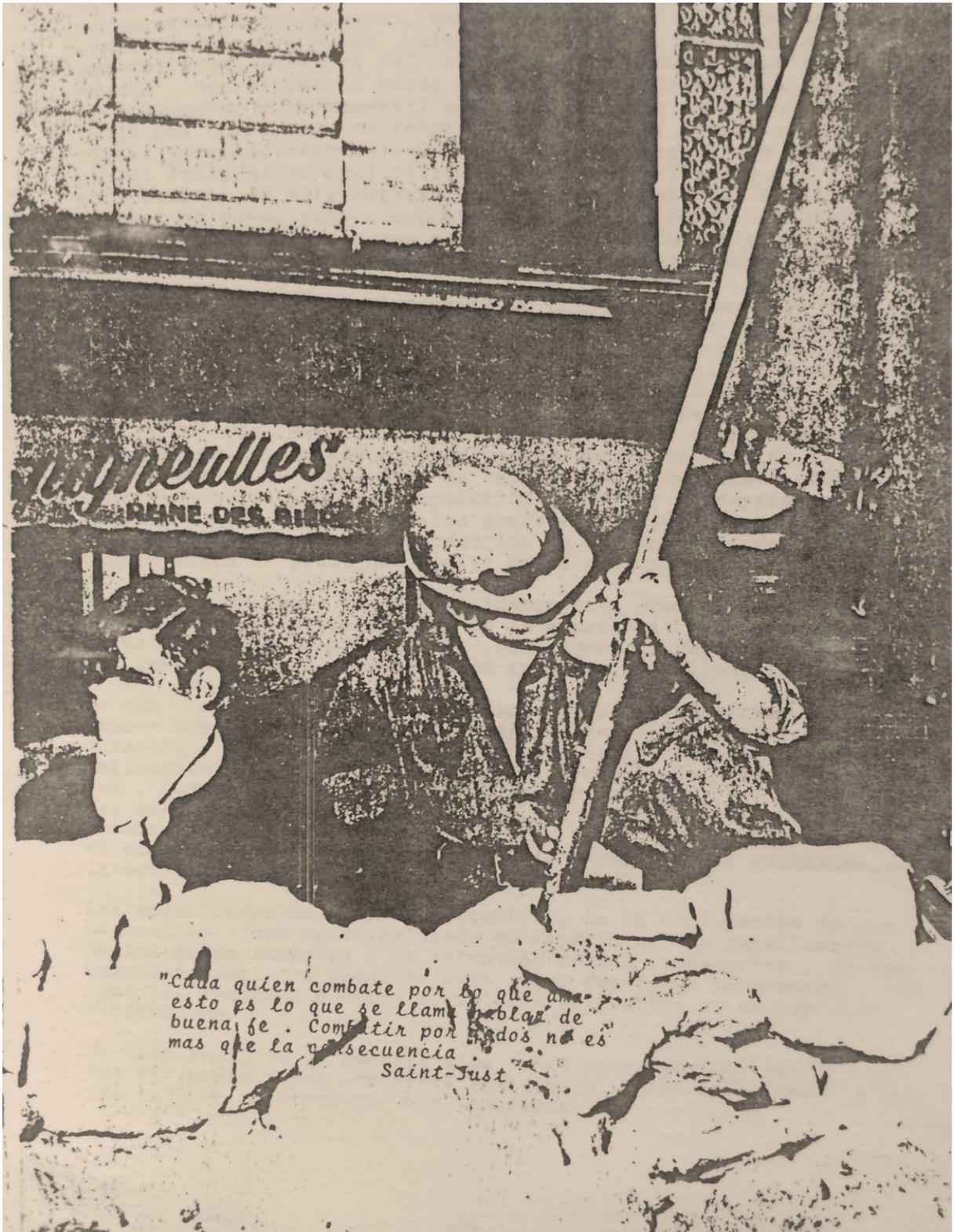
Si la carestía de la vida es uno de ellos, hay quienes aprovechando una paralización accidental de los sistemas de vigilancia (como en Nueva York durante el apagón), una huelga de cajeras (como en Le Mirail de Toulouse), o simplemente una manifestación, le encuentran una respuesta inmediata y coherente entregándose al saqueo. Con el brazo dentro de un escaparate descubren la crítica de la mercancía y su empleo. A menudo ni siquiera es el objeto el que interesa a los saqueadores, sino más bien la satisfacción de tomar un atajo fulgurante, hacer la burla al trabajo y sus defensores⁴⁵.

⁴⁵ Los parados “maoístas” de Barcelona, que fueron a servirse en un almacén, se cubrieron de ridículo al pretender no tomar más que alimentos de primera necesidad: ¡Para los pobres, mercancías de pobres! Pero claro está que la preocupación constante de los militantes es no asustar a la opinión pública... ¡Y esto es difícil cuando se quiere hacer la revolución!

Algunas recetas para la olla de la historia...



“Aparece con evidencia que es necesario pasar de la guerra de posiciones a una guerra de movimientos, desencadenando la ofensiva sobre un vasto y sólido plan de conjunto. Desde ahora, el tiempo está contra nosotros. Es absolutamente necesario acelerar el proceso guerrero a fin de superar la fase de la guerra, y de entrar en aquella más amplia y profunda, de la Revolución Social.” (Berneri, “Ojo, Curva peligrosa”).



"Cada quien combate por lo que ama
esto es lo que se llama hablar de
buena fe. Combatir por todos no es
mas que la consecuencia.
Saint-Just

"Cada quien combate por lo que ama, esto es lo que se llama hablar de buena fe. Combatir por todos no es más que la consecuencia." (Saint-Just)

Si, como creemos haberlo demostrado, son las contradicciones del modo de producción⁴⁶ las que determinan el camino de la revolución social, está claro que de esto no se desprende que no tengamos otra cosa que hacer que esperar, cruzándonos de brazos que el capitalismo minando el mismo sus propias bases se autodestruya, dando paso a la sociedad comunista libertaria.

Primero, porque todo hace creer que seríamos nosotros los primeros destruidos en tal proceso, sea por las guerras civiles abortadas, la polución (mar, aire, alimentos), una explosión nuclear, el hambre, la locura, la robotización, o, más probablemente una sabia combinación de todo esto.

Al contrario, incluso si se puede esperar que nuestra clase intente tomar en sus manos, para transformarlo o para destruirlo, lo que los dueños del planeta están saboteando o defendiendo para salvaguardar su propia dominación, es evidente que esto necesitará enfrentamientos de un alcance y de una amplitud sin precedentes, en los que la conciencia insuficiente de lo que se está haciendo, se traducirá por fracasos tremendos; esto no es nuevo, pero cada época del capitalismo ha elevado las contradicciones a niveles superiores y vuelto a los antagonismos más violentos.

Cada recaída de los modernos asaltos proletarios ocasiona una contrarrevolución más sistemática, más cruel y mejor equipada que las precedentes, así como heridas más difíciles de cicatrizar para nuestro "partido".

Hay, claro, el reforzamiento policial, y esto no es negable. Pasmos bien entrenados en la guerrilla urbana, armas sofisticadas en manos del poder (bomba de neutrón); una preparación militar intensiva de cara a los enfrentamientos sociales; la devaluación en Francia, por ejemplo, de ciertos derechos (derecho de asilo) que molestan al poder de los

⁴⁶ Es preciso entender aquí el conjunto de la producción global por el hombre de su mundo, lo que tiende a abarcar toda la actividad de la gente.

tecnócratas o de las multinacionales; la cooperación cada vez más estrecha de los gobiernos contra la subversión (ley antiterrorista); por fin, last but not least, un monopolio acrecentado de la comunicación.

Hay también la nuclearización de la sociedad que parece como un verdadero chantaje. Si los objetivos económicos y financieros de la política nuclear están bien lejos de ser claros, no es lo mismo para su alcance anti-proletario. La industria nuclear, en tanto que industria de vanguardia, es un prototipo de organización del trabajo, anti-obrero, así como una amenaza de las luchas. Lo nuclear posee una ventaja decisiva para el poder: necesita una alta especialización en las tareas, lo que genera una separación completa entre los trabajadores, una jerarquía incontestable de los especialistas. Dentro de una central, no es posible hablar de sabotaje, incluso una huelga podría tener consecuencias peligrosas. No se trata de volver a entonar la vieja canción del miedo, sino más bien de enseñar uno de los más recientes triunfos del Capital: cuanto más el nuclear nos asusta, más el Estado puede disuadirnos de jugar con el fuego... La propaganda gubernamental para las ventajas de la nuclearización tiene por corolario una reapropiación estatal de una crítica ecológica parcelaria (truncada). Cuando no está ligada con una crítica global del sistema capitalista, o incluso solamente con las perspectivas de alternativas, este espectáculo del rechazo a lo nuclear no puede sino provocar pánico e impotencia. Podemos imaginar la incidencia que este chantaje puede ejercer sobre un movimiento revolucionario nacido en una sociedad nuclearizada.

Llevada al combate por las extrañas condiciones que reproduce ella misma, la clase laboriosa todavía tiene que aprender a reconocer sus enemigos, y sobre todo delimitar su propia naturaleza proletaria. Se vuelve una fuerza revolucionaria al suscitar cara a ella una contrarrevolución y ofrece a todas las otras capas del proletariado un trampolín más firme para sumirse en el enfrentamiento. Para la inmensa mayoría de los desposeídos de esta sociedad, no hay nada

bueno que pueden esperar de ella. Sin embargo, es en el seno de esta sociedad que hemos creado las condiciones que hacen su superación posible y necesaria. El inmenso esfuerzo obligado de las generaciones pasadas ha permitido desarrollar los medios de producción de las condiciones de existencia hasta un grado que vuelve estos mismos esfuerzos vanos.

Nacidos en un mundo en que la riqueza está producida por el trabajo, hemos recibido la idea de la abundancia, al igual que el gusto amargo de la privación: todo tiene que pagarse, como si una guerra latente e inconfesada exigiese el racionamiento general.

Lo que, en la producción, no sirve para reproducirnos, se supone que mejora las posibilidades de la producción misma: mecanización, automatización, crecimiento de la producción energética, refinamiento de la organización del trabajo, nos hacen pensar que, quizás, no es necesario trabajar. Además, las tareas absurdas que nos son impartidas podrían ser confiadas a máquinas, o incluso ser eliminadas. Sin embargo, cada día nos hace volver al curro, y aquellos, cuyo potencial productivo es rechazado son integrados al mismo circuito, como basuras.

Las necesidades del cambio mercantil, de la circulación de las mercancías, han universalizado el espacio, por la banalización de los modos sociales y la extensión de los transportes y de las comunicaciones; a pesar de esto, las fronteras permanecen, así como los racismos y otras divisiones delirantes en el proletariado mismo.

En cada instante de nuestra vida están presentes las condiciones que nos hacen soñar con otras relaciones, otras actividades y que nos vuelven el statu-quo más inaguantable.

Así, el camino de las luchas nos es enseñado por la simple comprensión dialéctica de nuestra alienación: hay que abolir el cambio mercantil, el dinero que somete cada momento de nuestra vida a las necesidades del trabajo muerto, el salariado que reduce nuestra clase

al estado de simple engranaje en la máquina que nos aplasta. En resumen, es necesario dejar de existir como clase en manos de clases dirigentes: el proletariado debe auto-suprimirse.

Si las líneas generales del programa comunista están inscritas en las entrañas del capitalismo, no ocurre lo mismo con su contenido viviente, la capacidad real que tenemos de revolucionar este mundo, y lo que pondremos en el que viene.

Los años 60-70 han conocido en el mundo entero asaltos proletarios que, aunque se hayan quedado difusos, no por esto han dejado de quebrantar la sociedad. Que sea en España el movimiento de las asambleas, el mayo 68 francés, y todas las huelgas salvajes que siguieron, Italia y su “mayo reptante” que duró más de una primavera, las luchas de los mineros ingleses, los motines sangrientos de Polonia o de China... Se llenarían libros enteros para enumerar todas estas luchas, que han tomado un carácter casi endémico, poniendo seriamente en peligro economías enteras. Nuevos comportamientos han surgido por todas partes: sabotaje, absentismo, robo, saqueo, indiferencia o desdén hacia la jerarquía y el trabajo⁴⁷...

Además, los encuadramientos políticos y sindicales tradicionales no han resistido tal presión, han perdido la “confianza” de la base. Pero, si hemos visto en mayo del 68 que la última defensa del capitalismo son los estalinianos con los sindicalistas, nos hemos desengañado después, cuando tantas veces fueron sobrepasados y abucheados...

Hoy falta al movimiento una dirección, pero no jefes, sino objetivos claros. Algunos valorizan sistemáticamente las acciones “autónomas”

⁴⁷ Lo que entendemos aquí por “nuevos comportamientos” merece una precisión. Es evidente para quien conoce la historia del movimiento obrero, que tales comportamientos no son nuevos en sí y que se han practicado a lo largo de la historia del proletariado; lo que nos parece nuevo es más bien el sentido que tienen hoy: si antes eran más bien afirmación contra el patrón o la fábrica misma, es hoy, por su extensión social y la sociedad en que se desarrollan, intento de reapropiación de su tiempo fuera del trabajo. La naturaleza del enemigo y su percepción son hoy diferentes: la fábrica es social, la alienación ha invadido toda la vida. Más que un rechazo de la opresión capitalista, recubre la necesidad de reconstruir su vida fuera del control social.

Además, como comportamiento masivo, crean una presión real sobre la economía de los países.

del proletariado (este es el caso de los “*incontrolados*”). Pero esta autonomía está entendida aquí, solo como superación de las burocracias. No obstante, desde hace 10 años particularmente, hemos visto por todas partes huelgas salvajes, sin o contra los sindicatos. Si bastase con pasar de y criticar a los manipuladores, ¿qué ha faltado y qué falta todavía a tantos movimientos y tantas huelgas para hacer reventar este viejo mundo? La conciencia, nos dirán algunos (“*Trabajadores por la autonomía proletaria*”), un salto cualitativo los otros (“*Guerre Sociale*”). He aquí como no se dice nada útil.

La democracia quiere realizar al proletariado sin criticarlo; los teóricos abstractos quieren suprimirlo sin realizarlo. Pero este movimiento no es sino del capitalismo mismo - y para los comunistas el partido queda todavía por construir. Entendámonos, el leninismo ha desempeñado un papel de vedette en la contrarrevolución mundial, lejos estamos de querer sacarlo de sus cenizas. Entendemos por Partido no un organismo, sino el movimiento de los proletarios quienes, mientras critican sin cesar con las armas, se arman con la crítica para revolucionar este mundo. Todas estas luchas, estos comportamientos, que hemos aclarado a la luz de las contradicciones del capitalismo, buscan su propia coherencia. Los esfuerzos de las clases capitalistas tratan esencialmente de impedir que esta búsqueda se lleve a buen término, sea por la reestructuración de las capas laboriosas, o por el dominio de las fuerzas productivas.

La crítica teórica siempre ha sido necesaria al movimiento, no solo para deshacer el ovillo de nuestra alienación, sino para marcar los objetivos, las prioridades, para desvelar el contenido de las luchas más radicales. Permite cristalizar las contradicciones y ayudar así que se formen tendencias sobre bases claras. Una tendencia radical clara vale más que una mayoría confusa, los revolucionarios. En la medida en que el proletariado necesita constituirse en tanto que clase comunista para realizar sus tareas, todas las uniones ficticias basadas en divergencias ocultadas son peligrosas. Es exactamente el terreno

favorito de los izquierdistas, la solidaridad en la “diferencia”, versión difusa del frente-populismo.

No obstante es preciso que la clase proletaria se afirme en todos sus componentes, de los cuales ciertos están ocultos por la división del trabajo, a la vista de los revolucionarios mismos;

1) Uno no quiere ver los obreros sino en la fábrica, como si dejaran de ser explotados a la salida; y 2) no se quiere ver al proletariado sino en la clase obrera.

Es evidente que los obreros ocupan una posición central en la producción de mercancías. En una fase revolucionaria, tendrían que controlar una parte importante de los centros de producción. Lo que, por lo demás, no significa que la mayoría de los obreros esté en principio en ruptura con el viejo mundo...

Pero quedarse con los ojos fijos en las fábricas, es amputar a nuestro movimiento de una gran parte de su fuerza subversiva. ¿Y los parados? ¡Que no están dentro de las empresas! Desde la experiencia alemana de los años 20, sabemos que su lucha puede atacar al capitalismo de manera a veces mucho más radical que las luchas en las fábricas.

¡Compañeros! Dejad esta absurda valorización de los “trabajadores” a los patronos que pueden necesitarla. ¿Contáis con hacer la revolución con brazos musculosos y máquinas? ¡Vaya revolución! La división entre parados y trabajadores, la manipulación de las masas de trabajadores irregulares (agencias de trabajo temporal, leyes sobre los inmigrantes⁴⁸), en resumen la reestructuración del proletariado, son armas de choque de la burguesía de Estado contra la constitución de una fuerza revolucionaria. El partido que se forma, es decir, el movimiento de convergencia de las luchas, de extensión y de reforzamiento de los vínculos que se hacen en estas luchas, de sistematización de la solidaridad, vive de la capacidad de unificación

⁴⁸ Particularmente verdadero para Francia e Italia.

del proletariado. Es esto lo que el Estado y la patronal intentan romper, como ya lo han hecho en Italia. Si debemos tener una estrategia, es sobre esta necesidad que hemos centrarnos: desbloquear la separación trabajadores-parados, acrecentar la publicidad y el conocimiento de las luchas extranjeras, facilitar los vínculos; claro que está fuera de nuestro propósito el querer recalentar el viejo plato de la unidad popular del que no se puede esperar nada más que desastres para nuestro combate. Pero si la teoría puede servir para algo, es para reconocer la comunidad de intereses anticapitalistas de todas las capas proletarias.

Por ejemplo, hemos desarrollado sistemáticamente el tema de la resistencia al trabajo, porque permite entender mejor la aparición de todo un tipo de comportamientos sociales modernos y sobre todo la naturaleza proletaria de toda una serie de capas de la población generalmente agrupadas bajo el nombre de "marginales". Cuando se ve a "*Bicicleta*" o "*Emancipación*" debatir pesadamente para preguntarse si marginales y autonomía se cruzan, tienen o no una relación, no se puede pensar sino que, otra vez, era la pregunta la que era falsa. Si el capitalismo es también un tipo de actividad, un modo de vida, lo que hemos descrito como podredumbre y tentativa de superación de esta actividad y de este modo de vida, también son el comunismo.

No se trata aquí de la reforma de las costumbres, de la cual los especialistas estatales del condicionamiento se ocupan activamente. Pero, ¿podemos creer que es una revolución, lo que queremos hacer si no tenemos conciencia que es la vida misma de lo que se trata? Cuando la contrarrevolución mundial ocupa todos los terrenos de la vida social, ¿podemos pretender ser radicales y abandonársela?

Cuando las clases dominantes saben readaptarse continuamente a las nuevas condiciones que hacen que la futura sociedad sea otra cosa que un sueño. Pero sobre todo, abandonamos aquí sin lamentarlo todo lo que nos somete al viejo orden de cosas: el trabajo lo primero.

No tenemos ningún valor que aportar a este mundo.

HAY MÁS QUE DESTRUIR, QUE CONSTRUIR.



BIBLIOGRAFIA⁴⁹

NASHUA, Pierre

Perspectives sur les conseils, la gestión ouvriere et la gauche allemande. Editions de L'Oubli. Petite Bibliothèque Bleue. Librairie Alternatives, 51, rue St. Honoré. 75001 PARIS

BARROT, Jean

Communisme et question Russe.

Para una crítica de la ideología de ultraizquierda. Ediciones ZYX

Comunismo y capitalismo. Ediciones ZYX

Violencia y solidaridad revolucionaria. Ediciones Mayo 37

Guerre Sociale. 2, rue Wurtz. 75013 PARIS

ZERZAN, John

Un conflit décisif, les organisations syndicals combattant la révolte contre le travail.
Correspondencia: Echanges et Mouvement, Boite Postal 241, 75866 PARIS, Cedex 18.
Francia

POMEROL et MEDOC

Lordstown 72 ou les deboires de la General Motors. Editions de L'Oubli.

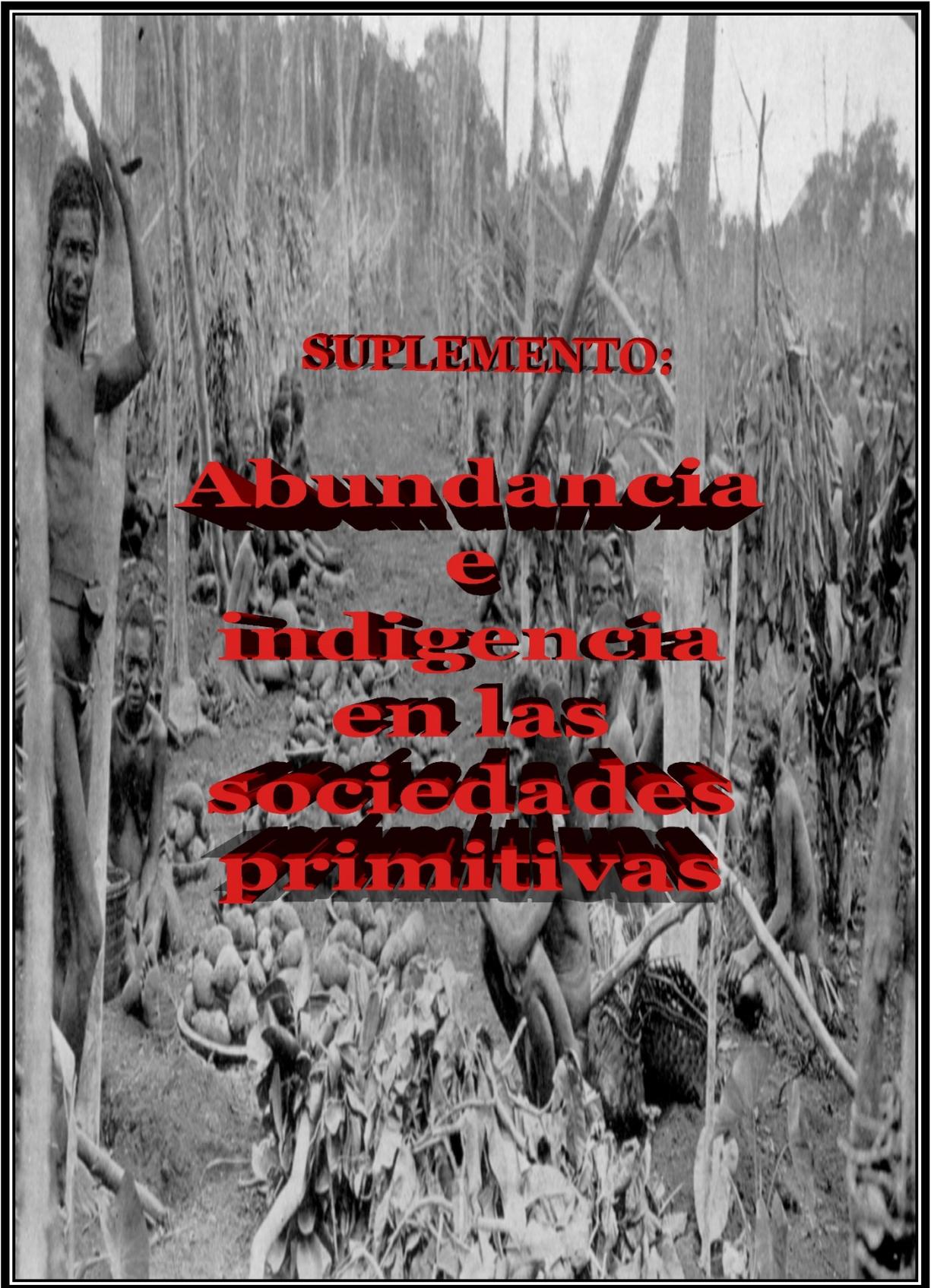
Librairie Alternatives, 51, rue St. Honoré. 75001 PARIS

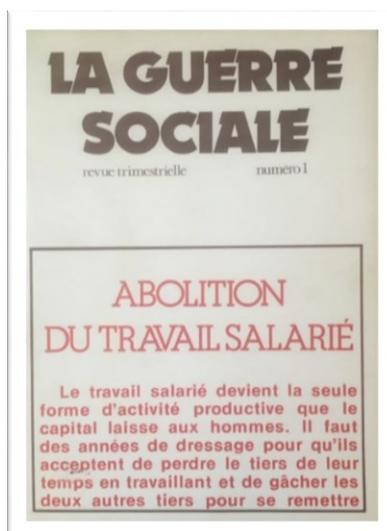
ROOT AND BRANCH

The rise of the workers movement.

Correspondencia: Box 236, Sommerville. Mass. 02143. U.S.A.

⁴⁹ ¡Clickame!





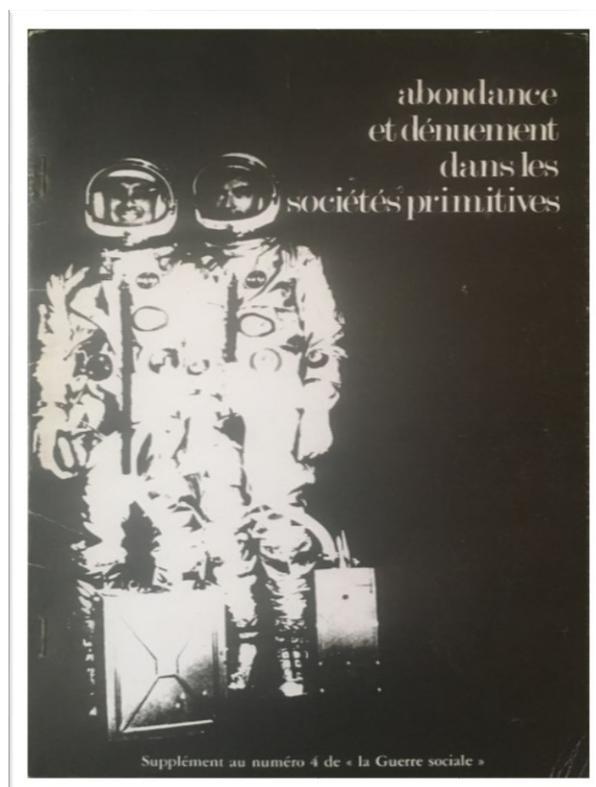
Introducción.

El texto que reproducimos en anexo ha sido extraído del nº 1 de “Guerre Sociale”. Tiene el interés de volver a poner en cuestión las concepciones de la riqueza y de la actividad productiva que nos son “naturalmente” dadas en la sociedad burguesa. En tanto que individuos separados y sometidos a la dictadura de la mercancía, nuestra primera visión de la abundancia (si no de la felicidad...) es la que se impone por todas partes alrededor de nosotros: la multiplicación de los objetos, y su acumulación dentro de los límites de la pequeña zona que controlamos.

La frustración mantenida nos encadena a la espera de la reproducción cíclica de esta riqueza (consumismo), así como en el apego neurótico a las pocas mercancías que no se marchitan poco después de haberlas comprado. ¿Es esto la vida? ¿Este apego a un mundo cuya lógica inhumana pronto va a absorbernos? Asimismo, la obligación, continuamente reafirmada, del trabajo, reproduce y prorroga la separación entre lo útil y lo superfluo; la producción - mal necesario y el ocio contingente. Lo que no ha sido arruinado de creatividad ni siquiera encuentra ahora un empleo ficticio en el tiempo libre; toda actividad autónoma y gratuita se manifiesta inmediatamente como ruptura.

La exaltación positiva del proletariado ha contenido casi siempre la apología apenas enmascarada del individuo burgués: de la visión tecnicista de los consejistas, preocupados por organizar lo mejor posible la sociedad de productores libres; al slogan situacionista “vivir sin tiempos muertos, gozar sin trabas” que evoca la abundancia cualitativa de la felicidad-cosa, acumulable en su intensidad abstracta... sin negar que estas ideologías procedan de los momentos más fuertes del movimiento revolucionario, hay que ver en ellas la pérdida de la dialéctica de la superación del hombre-mercancía y del hombre-productor.

La unidad perdida de los primitivos, su sentido y su placer del “juego de la vida y de la muerte” no están ligados directamente al proceso contradictorio en el que nos ha embarcado el capitalismo. No se pueden sacar nuevos valores para este mundo, y por otra parte, nosotros no tenemos ningún valor que aportarle. Pero mirar un poco hacia atrás puede ayudar a abandonar los valores de este mundo.



La historia de la humanidad ha sido concebida tradicionalmente como el progreso más o menos continuo en el camino del bienestar y la productividad del trabajo. Bienestar y productividad están ligados porque es del rendimiento del trabajo del que se derivan la cantidad de bienes producidos y también el tiempo libre que nos queda y podemos consagrar a las actividades de ocio y cultura. A medida que aparecen —gracias a los descubrimientos— técnicas, útiles, máquinas más eficaces, mejora la suerte de los hombres.

Así, los tiempos prehistóricos, en los que el hombre se nos presenta desnudo y desarmado ante una naturaleza hostil, no pueden ser más que una época de miseria terrible. Y si a veces nos quejamos de las desgracias de la vida moderna, una ojeada al pasado de la humanidad donde, incluso sin entretenernos demasiado en las hambres y epidemias de la Edad Media, nos sumergimos en la profundidad de las cavernas donde nuestros lejanos antepasados se escondían, debería devolvernos el sentido común y hacernos apreciar mejor nuestras mullidas condiciones de existencia. Imaginemos al hombre de la Edad de piedra. Está ahí, junto a un fuego raquíctico, con el vientre vacío y de mal humor, vuelve de una jornada de caza agotadora e infructuosa. Un poco más atrás, ateridos y aterrorizados, la mujer y los niños. No hay que extrañarse de que nuestro hombre —¿se debe considerar a este bruto como a un ser humano?— vuelva con las manos vacías. ¡Cómo podemos imaginar que pueda salir bien parado frente a los terribles mamuts y a los tigres gigantes...! Incluso ha tenido la suerte de no encontrarse con los dinosaurios gigantescos a quienes se los llama desde lo más lejano de las edades y se les hace saltar unas centenas de millones de años para presentar el decorado más verdadero

y terrible. ¡Desgraciados los débiles en estas sociedades donde sólo cuentan las relaciones de fuerza! Esos hombres que se aterrorizan entre sí y empujados por el hambre, no vacilan en devorarse unos a otros son a su vez aterrorizados y aplastados por la naturaleza. Sus recursos son la magia y otras prácticas infernales, con las que intentan conjurar a las fuerzas hostiles, y con los que no consiguen más que tener una suerte aún más trágica.

Es comprensible que hayan desplegado todo tipo de recursos para intentar escapar a este infierno; aunque podríamos preguntarnos como podía quedarles tiempo y disponibilidad de espíritu para pensar.

Esta visión de las cosas es delirante, tanto cuando es presentada bajo la forma ingenua y gráfica de los manuales escolares o las tiras cómicas, como cuando se lo hace bajo el lenguaje disecado de los sabios. Este mundo de hambre, estos hombres aplastados por la necesidad económica, esta jungla social, este universo de magia, esta era de la supervivencia, no están situados en el momento histórico que les corresponde: no son sino la pantalla sobre la que la sociedad actual proyecta su verdad, verdad que querría hacer pasar por la naturaleza humana misma.

Los primitivos existen todavía en el Gran Norte, en la selva amazónica, en los desiertos australianos. Su modo de vida no corresponde de ninguna manera a esta exposición clásica de la Edad de piedra. Son a menudo remolones y sosegados, tienen confianza en la naturaleza y no han perdido el sentido de comunidad.

Podría pensarse que nos resultó fácil, a partir del estudio de la realidad existente, y no ya de la reconstrucción sobre la base de indicios frágiles,

hacerse una idea exacta de la vida prehistórica. Sin embargo no es así. Observaciones variadas y numerosas de los pueblos primitivos han acabado en mentiras, representativas de los prejuicios de occidente, que no reflejan para nada la realidad. Dichas teorías son en general tanto más falsas cuanto más pretensiones científicas tienen. Los relatos más interesantes, justos y graciosos son generalmente los de los misioneros, que aunque intentaban hacerles la moral a los salvajes no se extrañaron de su buena salud a pesar de que habían caracterizado sus condiciones de existencia como "imposibles de vivir". Después de un primer momento en el que viajeros y pensadores descubren, y a veces se extasían ante costumbres extrañas, va a venir una etapa de suficiencia e imbecilidad erudita: la realidad primitiva debe ser sacrificada en el altar del culto al progreso.

Los prejuicios no tienen sólo su fundamento en la cabeza de los ideólogos, sino que también nacen por condiciones de contacto con los pueblos primitivos dado que los que se encuentran fácilmente son ya víctimas de la civilización. Hay una verdadera dificultad para estimar los recursos de estos territorios extraños y en apariencia desérticos donde evolucionan generalmente los cazadores. Los contactos son a menudo breves y superficiales a lo que se agregan las dificultades del idioma. Además, los especialistas, hasta la primera guerra mundial y los estudios de Malinowsky, se contentaban con hacer teorías a partir de los relatos de otros. El interés estaba centrado en los comportamientos mágicoreligiosos, sobre la mitología más que sobre las actividades "productivas" de los indígenas y su relación con la naturaleza.



Los humanos no viven peor porque hayan nacido en una época más atrasada o porque dispongan de una tecnología más rudimentaria. Se puede incluso estar tentado de pensar lo contrario. Un ejemplo es significativo, el de los Tasaday: la población más primitiva que jamás haya sido observada y que ha sido descubierta recientemente cuando vivía completamente aislada del resto de la humanidad en la jungla de Filipinas.

Los Tasaday ignoran incluso la caza, viven simplemente de la recolección y una pesca rudimentaria. Sus útiles no son muy elaborados ya que se contentan con ensamblar piedras y bambúes para hacer hachas.

Y aun así estos súperprimitivos se mofan de la civilización moderna con su felicidad. Como escribe F. de Clozet comentando el informe de los antropólogos: "...los Tasaday presentan todas las marcas de la felicidad. No de una felicidad auténticamente humana a la que podríamos aspirar, sino de un cierto equilibrio tan difícil de alcanzar en las sociedades industriales. Ignoran igualmente la jerarquía, la desigualdad, la propiedad, la inseguridad, la soledad, las frustraciones. Están perfectamente integrados en su medio natural y pueden sacar de él alimento suficiente trabajando tan solo algunas horas al día.

Su vida social parece estar exenta de antagonismo, tensiones y animosidad. Pasan la mayor parte de su tiempo jugando, charlando o en un ensueño. Y sin embargo esta felicidad, más próxima del animal que del hombre, consigue imponer respeto a los civilizados.

"Las fotografías tomadas por los antropólogos muestran a los Tasaday moliendo el corazón de las palmeras, desenterrando los tubérculos,

bañándose en el río, los niños risueños jugando en los árboles. Todas las caras aparecen sonrientes y sosegadas. Singular contraste con el semblante duro de los parisinos en el metro, la frente inquieta de los parados leyendo los anuncios de trabajo, el paso febril de los empleados dejando las oficinas a las cinco y media. ¿En conciencia, tenemos el derecho de "civilizar" a los Tasaday?

¿Pero cómo no rebelarse contra tal sentimiento? ¿Cómo aceptar que todos los progresos cumplidos desde el paleolítico no nos hayan dado una ventaja decisiva sobre el único plano que cuenta: la felicidad?".⁵⁰

Ya que la técnica lo permite, van a recoger esta imagen de la "felicidad" primitiva en la jungla y difundirla en technicolor. Las revistas como Stern⁵¹ proporcionan a sus lectores, de "semblante duro" y paso "febril", esta felicidad inaccesible con las fotos como prueba.



La mirada o la reflexión simpática, nostálgica y a veces culpabilizada acerca de los primitivos se pone de moda. Pero no es suficiente para una comprensión correcta de su modo de existencia, de sus ventajas y de sus límites. Contiene muchos prejuicios y se reconcilia a menudo con la mitología del buen salvaje, pobre pero feliz, porque sabe contentarse con lo que tiene. La lección sirve para nuestros insaciables y, sin embargo, desgraciados proletarios. El primitivo está puesto como el Otro, aquel que el hombre moderno querría ser, aunque esto no sea muy posible y tampoco, en el fondo, muy deseable. El paleolítico es visto como un modo de existencia diferente y no como un momento de la

historia humana. Las explicaciones históricas son, por otra parte, escasas. ¿No es racista acaso colocar al "salvaje" en un escalafón inferior al nuestro en la escala de la evolución?

Cuando la ideología y el modo de vida occidentales, es decir capitalista, están en crisis, cuando la "naturaleza" se vende mejor cuanto más amenazada está y tal vez y sobre todo, cuando los primitivos, que han sido hasta tal punto rechazados y destruidos que, ya no resultan molestos, se puede pasar a su rehabilitación. Esta actitud que acusa al maquinismo, al progreso, a la historia, a lo desmedido (o su mal uso) no hace más que esconder con sus nostalgias al comunismo futuro.

"Lo que importa no es el modo de vida de los primitivos, la imagen de la felicidad en la simplicidad, la inocencia, sino la pobreza." El estudio de los primitivos nos muestra lo que puede ser una cierta forma de equilibrio y armonía social, lo que puede ser la adaptación y la utilización de su medio, lo que puede ser una abundancia que no sea la riqueza burguesa y lo que es un hombre que no sea el hombre económico, el hombre como mercancía. Todo esto no se limita a una cuestión de nivel técnico más o menos rudimentario, de necesidades más o menos limitadas. Nuestro punto de vista es ante todo histórico y ve en el comunismo primitivo como en el comunismo superior, dos momentos a la vez distintos y próximos en la evolución humana. Mostraremos como se aclaran el uno al otro.

La caza y la recolección

De una manera fundamental, lo que diferencia la actividad productiva del salvaje, de la del asalariado moderno y

⁵⁰ De Clozet, *Le Bonheur en plus*, "Además la felicidad", 1973

⁵¹ Stern, nº 45, octubre 1972.

de las categorías de esclavos que le han precedido, es que, para el primero, la búsqueda de su subsistencia no es sentida como una coacción. No es un medio para ganarse la vida sino parte integrante de su existencia. La caza es tanto un juego como un trabajo. Placer o prueba, no es un mal momento del que se intenta huir o reducir, del que uno querría descargarse sobre los otros.

Así, para los indios Guayaki: "La caza no es sentida jamás como una carga. Incluso siendo la ocupación casi exclusiva de los hombres, su tarea diaria, es siempre practicada como un "deporte"... La caza es siempre una aventura, a veces arriesgada, pero siempre exaltante. Seguro que es agradable extraer de una colmena la buena miel con su agradable olor o hender una palmera y descubrir el bullicio del delicioso guchu que han dejado en ella los escarabajos. Pero en este caso se sabe todo con anterioridad, no hay misterio, ningún imprevisto: la rutina. Mientras que acosar animales en la selva, mostrarse más astuto que ellos, aproximarse a tiro de arco sin dejar ventilar su presencia, oír el susurro de la flecha en el aire, luego el choque sordo que corta su carrera en el flanco del animal: todos estos son gozos conocidos, muchas veces probados y sin embargo cada vez renovados como si se tratase de la primera caza. Los Aché no se cansan del bareka. No se les pide otra cosa y es esto lo que piden por encima de todo. Están de este modo, y desde este punto de vista, en paz con ellos mismos."⁵²

Más asombroso es el hecho de que los salvajes consagren relativamente poco tiempo a la búsqueda de alimento. Así, no solamente les gusta lo que hacen, sino que además saben no abusar.

Esto va en contra del punto de vista según el cual la historia se confunde con el aumento de la eficacia productiva. La edad dorada del ocio estaría más bien detrás de nosotros. Si los primitivos no han inventado la civilización y construido pirámides, no es porque el tiempo les faltase sino más probablemente porque no veían ninguna necesidad de ello.

El ocio del que disponen los cazadores es más significativo porque viven en regiones áridas en las que su modo de producción ha sido rechazado por agricultores y colonizadores.

La duración y la intensidad de la actividad de estas poblaciones dependen evidentemente de su entorno y su riqueza. Parece sin embargo que los cazadores que habitan territorios muy hostiles al hombre, como los esquimales polares, no son una excepción a la regla. J. Malaurie, que ha vivido con los esquimales de Thule empujados por la necesidad de resistir y forzar a una naturaleza difícil, puede a pesar de ello escribir: "El esquimal duerme en definitiva mucho. Más en invierno que en verano —hiberna como el oso— pero en total mucho, si se considera que la mitad de su existencia se la pasa dormitando y soñando. Si tuviera cifras, diría que solo la otra mitad —y nos sorprenderíamos del poco tiempo ello significa para una población pretendidamente activa— se reparte así: un tercio en polars (visitas), otro tercio en desplazamientos hacia el lugar de caza y el tercio restante en la caza propiamente dicha. La pereza es señal de sabiduría. Es así como una sociedad se protege físicamente contra el agotamiento de una vida dura".

"Sólo los jóvenes hacen naturalmente excepción a este ritmo de vida

⁵² P. Clastres, *Croniques des Indiens Guayaki*, "Crónicas de los indios guayaki, Plon

equilibrada: una gran parte de su tiempo es estacionalmente ocupada por el impulso sexual; en primavera y verano, corren tras las chicas que acechan de una aldea a otra con los motivos más diversos: pretextos de cazador."⁵³



Marshall Sahlins, en *La primera sociedad de abundancia*⁵⁴, se dedica a demostrar, contra los prejuicios en vigor, esta eficacia de la actividad de los primitivos. Se apoya particularmente en dos estudios. Uno sobre los australianos de la Tierra de Arnhem, otro sobre la sección Dobe de los bosquimanos kung. Dichos estudios contienen listas de como emplean el tiempo dichas poblaciones. Esos estudios están confirmados por muchas otras observaciones que muestran que los pueblos más primitivos son también los que consagran más tiempo al esparcimiento y al reposo.

"En el caso de los hombres de la Tierra de Arnhem, refugiados en la maleza, la búsqueda del alimento ocupaba un lugar muy irregular de un día a otro. Se consagraba una media de 4 a 5 horas por persona a la obtención y la preparación del alimento. Dicho de otra manera, no más horas de trabajo que las que produce un trabajador en la industria —cuando está sindicado—. El tiempo consagrado cada día al ocio, es decir al sueño, era desmesurado..."

"Además del poco trabajo que exige la obtención del alimento, hay que subrayar su carácter irregular. La búsqueda de la subsistencia es

discontinua. Desde el momento en que se ha recolectado bastante se deja de hacerlo, lo que deja mucho tiempo libre. Estamos frente a una economía con objetivos bien definidos, alcanzados de forma irregular lo que tiene como consecuencia que la ordenanza del trabajo sea también irregular. En todo caso más que forzar los límites de las energías humanas y de los recursos naturales, parece que estos australianos se quedan por debajo de las posibilidades económicas efectivas..."

"Añadamos además que la caza y la recolección de los aborígenes de la Tierra de Arnhem no eran cansadoras. El diario del investigador indica que cada uno medía sus esfuerzos; sólo una vez se lee que un cazador estaba "completamente agotado". Los mismos indígenas no consideraban tampoco que las tareas alimentarias fuesen penosas."

"No las tienen en absoluto como un trabajo desagradable de la que hay que librarse rápidamente, ni como un mal necesario que se rechaza hasta el último momento. Por otra parte, ciertos australianos, los yir yiront, utilizan el mismo término para designar la obtención de alimento y el juego..."

"Además del tiempo consagrado a las relaciones sociales generales, a las charlas, comadreos, etc. (casi siempre entre la realización de dos actividades bien definidas y durante la cocción de los alimentos) se pasaba también algunas horas del día descansando y durmiendo. Cuando los hombres estaban en el campo, dormían por término medio, después del almuerzo, una hora, una hora y media y a veces

⁵³ J. Maularie, *Les derniers rois de Thulé*, Plon.

⁵⁴ M. Sahlins, *La Première société d'abondance*, "La primera sociedad de abundancia", en *Les Temps Modernes*, N° 268, 1969. Posteriormente Sahlins escribe un libro *Age de*

Age de pierre, *Age d'abondance*, "Edad de piedra, edad de abundancia", Gallimard, en donde se incluye una versión modificada de *La première société d'abondance*. Habrá una nota de lectura en el próximo número de la revista

incluso más. De la misma manera, tenían la costumbre de dormir cuando volvían de pescar o/y cazar, sea apenas llegaban o durante la cocción de la caza.



En Hemple Bay, los hombres dormían cuando volvían temprano, pero no lo hacían si volvían luego de las cuatro de la tarde. Cuando se quedaban en el campo todo el día dormían a cada rato, sin olvidar la siesta de después del almuerzo. Cuando las mujeres recolectaban en la selva descansaban, parece ser, más a menudo aun que los hombres. Si se quedaban en el campo todo el día, dormían igualmente a cada rato, a veces mucho".

"Por su parte, en un excelente estudio, Richard Lee se ha consagrado a la sección Dobe de los bosquimanos kung, vecinos de los Nyae-nyae, los mismos a propósito de los cuales Mrs. Marshall ha manifestado importantes reservas en lo que concierne a sus recursos alimentarios. Los Dobe se encuentran en una región del Bostwana donde los bosquimanos kung están establecidos desde hace al menos un siglo, aunque las fuerzas de disgregación comienzan a hacerse sentir. (Sin embargo, los Dobe conocen el metal desde 1880-1890). El estudio de Lee se extiende a cuatro semanas, en julio-agosto de 1964, en un campamento de estación seca en el que la población se acercaba al efectivo medio (41 individuos). La observación fue hecha en el momento en que, en el ciclo alimentario anual,

las condiciones se vuelven menos favorables, debería por tanto proporcionar indicaciones bastante características de las dificultades alimentarias".

"A pesar de las débiles precipitaciones anuales (de 15 a 25 mm) Lee encontró en la región de los Dobe "una abundancia de vegetación sorprendente". Por lo que los recursos alimentarios de este pueblo eran al mismo tiempo variados y copiosos; en particular, los Maggettinuts, de alto valor energético siendo, "tan abundantes que cada año millones de nueces se pudrían por tierra por no ser recogidas". Los datos relativos al tiempo consagrado a la obtención de alimentos se parecen asombrosamente a los resultados recogidos en Tierra de Arnhem."

"Una jornada media de caza y recolección de los bosquimanos Dobe, alimentaba a 4 ó 5 personas. En una primera aproximación, el bosquimano es un productor de alimentos tan eficaz como el campesino francés de entre guerras (1914-1945) y más eficaz que el campesino americano anterior a 1900. Ciertamente una comparación así es engañosa, pero de hecho es menos engañosa que sorprendente. Sobre el conjunto de la población de bosquimanos libres que Lee ha contactado, el 61% (152 sobre 258) eran efectivamente productores de alimento; los otros eran demasiado jóvenes o demasiado viejos para poder contribuir eficazmente a esta tarea. Así la relación de los productores de alimentos en la población global era de hecho de 3 a 5, ó de 2 a 3. Pero este 65% de la población que trabajaba lo hacía solo el 36% del tiempo. ¡El 35% restante de la población no trabajaba en absoluto!"

"El adulto Dobe medio no pasa entonces más que 2,5 días por semana para satisfacer sus necesidades alimentarias y las de las personas que

están a su cargo. Supongamos a falta de datos, más detallados que una jornada de trabajo dura 10 horas (esto es sin duda excesivo para lo que denominamos trabajo propiamente dicho, pero de este modo se toma en cuenta el tiempo consagrado a la cocción, la reparación de armas, etc.). Un bosquimano adulto pasaría entonces una media de 25 horas por semana en obtener alimentos. Esto suma 3 horas 45 minutos por día. Esta cifra es asombrosamente próxima de los resultados obtenidos entre los habitantes de la Tierra de Arhem. Lee ha calculado que la producción alimentaria por día y persona era de 2140 calorías durante el período de observación. Notemos que Lee evalúa en 1975 calorías por persona las necesidades de los bosquimanos, teniendo en cuenta el peso medio de los Dobe, la naturaleza de sus ocupaciones y la repartición de la población por edad y sexo. Una parte del alimento excedente era probablemente, echado a los perros que consumían los restos de la comida".

"Estos datos indican que los esfuerzos, a pesar de ser modestos de los bosquimanos Kung, bastan de sobra para cubrir sus necesidades alimentarias. Se puede concluir que los bosquimanos no llevan, como a menudo se ha pretendido, una existencia inferior a la normal, en los límites del hambre."⁵⁵



En África, entre los Hadza, que por miedo al trabajo, prefieren no pasar a la agricultura, "solo un porcentaje muy débil de hombres particularmente hábiles para la caza matan a la mayoría de los animales. Muchos de los adultos —pienso que más o menos el 50%— no

matan, ni siquiera en promedio, un gran animal por año. La caza no es practicada ni regularmente ni metódicamente. Durante la estación seca, los juegos de azar se suceden prácticamente todo el día sin interrupción y no es raro que nadie vaya a cazar. Durante la estación húmeda, los hombres parten en general todos los días, pero lo hacen más a menudo en busca del hypax que de la caza mayor (Woodburn)."⁵⁶

Hacia 1840, un squatter australiano llegó a preguntarse: "¿cómo hacían estas buenas gentes para pasar el tiempo antes de que mi (su) expedición hubiese venido y les hubiésemos enseñado a fumar..?. Una vez aprendido este arte (...) todo el mundo estaba ocupado: repartían sus horas de ocio entre la preparación y la utilización de pipas y las gestiones para mendigarme tabaco."

En otro continente, el padre Baird, en su relación de 1616, describía así a los indios micmac (m): "... para gozar a fondo de su "derecho" natural, nuestros silvícolas se van de donde viven disfrutando del placer de peregrinación y paseo; para lo cual disponen de los instrumentos para hacerlo fácilmente y la gran comodidad de sus canoas, que son pequeñas embarcaciones livianas, que se mueven tan rápidamente a remo y que si hay buenas condiciones pueden hacer en un día de treinta a cuarenta millas. No se ve en absoluto a esos salvajes chistar (refunfuñar). Así sus jornadas no son otra cosa que buen pasatiempo. No están nunca apremiados. Muy distinto a nosotros que no sabemos hacer nada sin prisa y opresión."⁵⁷

⁵⁵ Citado por Sahlins

⁵⁶ Citado por Sahlins

⁵⁷ Antiquo francés en el texto. Citado por Sahlins

Alimento, indigencia y movilidad

¿Son satisfactorios los resultados de esta actividad reducida o de esta vida indolente? ¿Los primitivos no son las víctimas de su imprevisión y su falta de coraje? ¿No harían mejor en consagrar sus ocios al desarrollo de su bienestar material? Porque en fin, su vida no es rosa todos los días. Su escasez es conocida. ¿Cómo se explican el canibalismo, el infanticidio y la eliminación de los viejos si no es por la imposibilidad de alimentar todas esas bocas?

Es posible que si los primitivos pudiesen escoger, preferirían la muerte a ciertas coacciones soportadas por los civilizados. La idea de que la vida es el bien supremo y de que deba protegerse a cualquier precio les es extraña. He aquí lo que explica algunas prácticas que, a los ojos occidentales, pueden parecer absolutamente bárbaras. Al mismo tiempo, las actitudes de los civilizados pueden parecer inaceptables a estos salvajes. Se ha visto a indios caníbales protestar contra las condiciones de esclavitud de prisioneros que al principio estaban destinados a la cacerola, pero que habían sido cedidos a blancos humanistas. Grupos de primitivos prefieren suicidarse a conformarse con las condiciones de vida inaceptables que les son impuestas.

No se puede proyectar sobre la actividad de los cazadores una concepción de la utilización del tiempo y el rendimiento que les es extraña y que sería, finalmente, irracional, visto su modo vida. La indolencia puede revelarse como una actitud eficaz: "...este comportamiento apático (de los aborígenes australianos) es, en realidad, una adaptación al medio físico. En todo

caso, esta "indolencia" contribuye a mantenerlos en buena forma. En tiempo ordinario, cuando se desplazan, rara vez recorren más de 13 a 19 kilómetros por día, y como "hacen marchas sin apresurarse ni atarearse, evitan los daños del nerviosismo y el calor; en particular, el sufrimiento de la sed que entre los europeos es provocada no sólo por las actividades físicas y los grandes esfuerzos que se imponen, sino también, y sobre todo, por la sensación de falta de seguridad y por la angustia que se deriva de ella". Además se ponen a buscar alimento y agua "sin apresurarse y sin emocionarse demasiado, tomando mucho antes de tener necesidad".⁵⁸

Así, los aborígenes se mantienen en buena salud en las regiones en las que los exploradores occidentales del siglo XIX, a pesar de su equipamiento, tenían mucha dificultad para sobrevivir. De ahí el asombro al encontrar hombres "bellos, bien plantados, la mayor parte barbudos, (...) en buenas condiciones físicas, sobre todo si se tiene en cuenta la existencia miserable y precaria que es la suya."⁵⁹



En la cuestión alimento, los primitivos llegan a obtener cierta abundancia. He aquí lo que escribe Sir G. Grey que recorrió, a principios del siglo XIX, las regiones pobres de Australia: "Un error que se comete muy a menudo, a propósito de los indígenas de Australia, consiste en imaginar que tienen medios de subsistencia reducidos y que, a veces, son vivamente acosados por la falta de alimentos: podría citar muchos ejemplos, casi cómicos, de errores cometidos en este aspecto por los

⁵⁸ A.P. Elkin, Les aborígenes australiens, Gallimard.

⁵⁹ A.P. Elkin, Les aborígenes australiens, Gallimard

viajeros. Se lamentan en sus diarios, de la suerte de estos desgraciados aborígenes a los que el hambre reduce a la innoble necesidad de tener que sobrevivir comiendo ciertas clases de alimentos encontrados en la proximidad de sus chozas. De hecho, en muchos de los casos, estos alimentos son los mismos a los que los indígenas son más aficionados; y no son insípidos ni desprovistos de valor nutritivo... El capitán Sturt (...) dice en sus Viajes (Tomo. I, pág. 118): "Entre otras cosas, hemos encontrado cierto número de cubetas de corteza todavía llenas de goma de mimosa y, por tierra, numerosas galletas hechas a partir de esta goma. Está claro que estas desgraciadas criaturas estando reducidas a esos recursos, y siendo incapaces de procurarse otros alimentos, se habían encontrado forzados a recoger este alimento mucilaginoso". La goma de mimosa, a la que hace alusión en estos términos, es un alimento que los indígenas aprecian mucho. Cuando llega la estación de la mimosa, se reúnen en gran número en las planicies de las que el Capitán Sturt nos ha dejado la descripción, para aprovechar la ganga. La abundancia de esta goma permite grandes agrupamientos imposibles en tiempo normal. En efecto, como los indígenas se alimentan de animales y plantas salvajes, estos agrupamientos exigen que una planta esté en plena estación, o que una ballena encalle... De forma general, los indígenas viven bien; en algunas regiones, se da el caso, en ciertos momentos del año, de que el alimento sea insuficiente, pero si tal es el caso, estas regiones son entonces abandonadas. Entre tanto, es absolutamente imposible para un viajero, e incluso para un indígena extraño a una región estimar si esta región ofrece o no una alimentación abundante... Al contrario, si se trata de

una región que conoce, el indígena sabe exactamente lo que produce, cuando viene la estación en que los diversos recursos están disponibles y cómo procurárselos lo más cómodamente posible. Según las circunstancias decide hacer sus expediciones a tal o cual región de su territorio de caza; y debo decir que siempre he encontrado una gran abundancia de alimentos en sus chozas."⁶⁰

A veces se da el caso de que la caza sea infructuosa. Este modo de abastecimiento tiene sus riesgos. ¿Pero acaso la agricultura ha sabido evitar las hambrunas, superar los problemas de articulación entre dos cosechas, no depender de las variaciones climáticas? Al separarse de las condiciones naturales se aumentan los riesgos de inseguridad. Incluso en los momentos difíciles, los cazadores tienen confianza y no piensan en hacer provisiones.

Según Le Jeune, hablando de los indios montagnais: "Lo malo es que hacen festines demasiado seguido durante el hambre que estábamos pasando; si mi anfitrión caza dos, tres o cuatro castores, tanto si es temprano por la mañana como si es por la noche se hacía un festín con todos los salvajes vecinos, y si estos últimos habían atrapado algo, hacían lo mismo, de tal manera que saliendo de un festín uno va para otro y a veces a un tercero y un cuarto. Yo les decía que eso no estaba bien y que era mejor reservar los festines para los días siguientes y que así nosotros no estaríamos tan sometidos al hambre, pero ellos se reían de mí, mañana haremos otro festín con lo que cazaremos mañana, pero a veces no cazaban más que frío y viento... pero a veces no cazaban más que frío y viento..."

⁶⁰ Citado por Sahlins.

Yo los veía, en sus penas en sus trabajos sufrir con alegría... Me encontré con ellos en una situación de peligro de gran sufrimiento y ellos me decían pasaremos dos días, tal vez tres sin comer, pero a falta de vivir hay que tener coraje. Chihina tenéis que tener el alma dura, resiste a la pena y al trabajo, cuídate de la tristeza, porque de lo contrario te enfermarás, míranos como nosotros no dejamos de reírnos a pesar de que comamos poco⁶¹ ...”

Gessain escribe a propósito de los esquimales: "En un mundo, donde las fuerzas del viento y los hielos son tan poderosas, donde las fuerzas de la naturaleza son tan determinantes, ¿no es mejor vivir en la confianza? No es haciendo reservas como se obtienen dones. ¿Demasiadas reservas no sería descortés de cara a estas almas inmortales que en un eterno retorno, ofrecen su cuerpo animal?"⁶²



En lo que concierne a los bienes no alimentarios los primitivos parecen bastante desprovistos. Pero ¿se lamentan? No lo parece. Descuidan incluso los pocos bienes que han fabricado o que se les ha ofrecido. No tienen sentido de la propiedad. Como escribe Gusinde a propósito de los indios Yahgan: "No saben cuidar sus bienes. Nadie piensa nunca en ordenarlos, plegarlos, secarlos, lavarlos o incluso recogerlos de manera ordenada. Si buscan algún objeto en particular, exploran desmadradamente el lío de su canastilla. Los objetos más voluminosos forman un gran montón en la choza: los zarandean en todos sentidos, sin preocuparse de los

posibles daños. El observador europeo tiene la sensación de que estos indios no atribuyen importancia a sus utensilios y que han olvidado completamente el esfuerzo que les ha sido necesario para producirlos. A decir verdad, a nadie le importan los pocos bienes que poseen: se pierden a menudo y fácilmente. Pero se los reemplaza con facilidad también. Por todos lados, la preocupación capital y casi exclusiva de cada uno es la de preservar su propia vida, protegerse en la medida de sus posibilidades contra los elementos y apaciguar su hambre. Tales son las preocupaciones esenciales, que relegan al último plano el cuidado de proteger los bienes materiales, por lo que el indio no se atormenta incluso si esto no exige ningún esfuerzo. Un europeo se quedaría estupefacto por la increíble indiferencia de estas gentes que arrastran por un lodo espeso o abandonan a niños y perros, flamantes objetos nuevos, vestidos preciosos, provisiones frescas y artículos de valor. Toman afecto durante algunas horas, por curiosidad, a las cosas preciosas que se les ofrece; después de lo cual, las dejan en forma atolondrada que se deterioren en el lodo y la humedad sin preocuparse más. Viajan tanto más fácil cuanto menos poseen, reemplazando si es necesario lo que se ha estropeado. Se puede pues decir que les es totalmente indiferente la propiedad material."⁶³

Los Tasaday de Filipinas, lejos de deslumbrarse por las maravillas técnicas que se les hace descubrir, manifiestan escepticismo. Rechazan las telas, las cestas, los arcos que se les ofrecen aunque toman los machetes que les permiten abatir con mayor facilidad las palmeras. No aceptan más

⁶¹ Citado por Sahlins.

⁶² Gessain, Ammassalik ou la civilisation obligatoire, "Ammassalik o la civilización obligatoria".

⁶³ Citado por Sahlins.

que lo que aumenta su eficiencia sin trastornar sus costumbres. Cuando a un grupo de Tasaday se les ofrece una linterna, la rechazan: eso no permite encender el fuego, dicen. Se les explica que es para ver por la noche, hacen: "oh-ho, oh-ho" y precisan que por la noche, ellos duermen. Llamen al magnetófono "el artefacto que les roba la voz", sin manifestar temor ni animosidad, sino sobre todo entretenimiento. En su gruta común, sus provisiones y sus útiles para 24 personas son: tres tubos de bambú llenos de agua, tres hachas de piedra. Aceptan los encendedores que les permiten no tener que frotar dos trozos de madera en el musgo seco para encenderlo. Aprenden a hacer trampas para atrapar animales. Pero cuando se les quiere explicar la agricultura, se extrañan de tales propósitos y responden que tienen siempre de que comer en abundancia. Si hay menos, alimentan primero a los niños. Su placer supremo parece ser el sentir correr la lluvia sobre su cuerpo.

Así, nuestros salvajes serían pues pobres, pero contentos de su suerte. Pobres, ¿pero por qué pobres? No renuncian a nada. El medio natural les ofrece el alimento que necesitan y les permite fabricarse sin mucho esfuerzo los objetos que abandonan con facilidad. No viven en la escasez. Como dice Sahlins, su sociedad es la primera sociedad de la abundancia. Si no hacen provisiones, es porque la naturaleza representa un granero inagotable y fácilmente accesible.

El mérito de Sahlins es el de intentar poner de manifiesto una explicación materialista y global, sin detenerse en los sentimientos de saciedad y confianza de los primitivos. ¿A qué responden estas actitudes, cuál es su profunda racionalidad?



La riqueza del cazador-recolector está fundada en su movilidad. Es esta movilidad la que le permite combatir la tendencia a los "rendimientos decrecientes", al desplazarse sin cesar hacia nuevos territorios de subsistencia. Desde esta óptica, se comprende la necesidad de desposesión de los nómadas. La posesión de numerosos objetos les estorbaría. Lo mismo el hacer provisiones. El ahorro no será más o menos útil, sino, en última instancia, nocivo ya que limitaría su libertad de movimientos.

Los objetos son tanto más apreciados cuanto más fáciles son de transportar. "El sentido de propiedad de los Murngin está muy poco desarrollado; esto parece ligado al poco interés que manifiestan por el desarrollo de su equipo tecnológico. Estas dos características parecen encontrar su origen en el deseo de librarse de una carga y de la responsabilidad de objetos que estarían en contradicción con la existencia itinerante de su sociedad... El principio que rige la clase de objetos que serán conservados de forma permanente por su propietario, es la facilidad con la que pueden ser transportados por seres humanos o piraguas. Para los Murngin, la cantidad de esfuerzo exigida para producirlo contribuye, de cierta manera, a fijar el valor de un objeto como propiedad personal. Igualmente el grado de escasez de un objeto, en la naturaleza o los trueques, interviene en la determinación de los valores económicos de los Murngin; pero el criterio decisivo sigue siendo la comodidad de transporte del objeto porque esta sociedad no ha domesticado ninguna bestia de carga. Los recipientes metálicos procedentes de los misioneros blancos por vía de cambio son extremadamente raros y muy apreciados: sin embargo, si tienen grandes dimensiones, serán ofrecidos a alguien que se quede en el

campo o seccionados para servir para otros usos. El valor supremo es la libertad de movimiento (Warner)."⁶⁴

Un viajero, Van der Post, constata: "Estábamos mortificados al constatar que no podíamos ofrecer gran cosa a los bosquimanos. Casi todo parecía que iba a volver su vida más difícil, añadiéndose al desbarajuste y al peso que arrastran en sus desplazamientos cotidianos. Ellos mismos no tenían apenas bienes personales: un cinturón, una manta de piel, un morral de cuero. En un instante podían recoger todos sus bienes, envolverlos en sus mantas y transportarlos en su espalda durante más de 1.500 kilómetros. No tenían sentido de propiedad."⁶⁵

La explicación basada en la necesidad de ser móvil es esclarecedora. Pero no hay que considerar esta necesidad como una coacción objetiva que vendría a refrenar un sentimiento subjetivo de posesión y acumulación. No hace más que confirmar una actitud espontánea. Los Tasaday, que estaban tan poco interesados por la adquisición de nuevos útiles, no se desplazaban nunca más allá de tres kilómetros de su lugar permanente de vivienda.

La primera necesidad para que funcionen la caza y la recolecta, es una densidad humana muy débil. La América precolombina estaba habitada solamente por algunos millones de indios. La población de los aborígenes australianos ha sido estimada en 300.000 personas en el siglo XVIII. Bajo una u otra forma, las sociedades paleolíticas obedecen a fuertes presiones demográficas. El tamaño de los grupos debe ser limitado y generalmente se desplazan y utilizan grandes territorios. Es en este contexto donde hay que situar las frecuentes

costumbres de infanticidio y eliminación de los viejos. Lo mismo puede decirse de las prácticas de restricción sexual, la poliandria corriente ligada al infanticidio con respecto a las niñas.

Según Sahlins, son los mismos límites los que gobiernan la actitud con respecto a los hombres y los objetos: "Si decimos que se "desembarazan" de los individuos que están a su "carga", hay que entender por esto, no la obligación de alimentarlos sino de transportarlos."⁶⁶

Estos comportamientos no son una consecuencia de la escasez. Sino lo necesario para mantener la eficacia, y por tanto, la abundancia del grupo. Son el resultado de todo un modo de vida en el que la verdadera riqueza es la salud y la capacidad para vivir en función de las actividades necesarias para la subsistencia del grupo.

Retirarse o ser matado cuando uno ya no puede asumirlo, es evidente. Esta dureza con respeto a los inútiles no procede de un egoísmo de los que tienen la fuerza. Numerosos actos de extrema solidaridad, entre cazadores o con respecto al grupo lo desmienten.

El primitivo es tan generoso con su propia vida como con la de los otros. Está dispuesto a arriesgarla, y de hecho, la arriesga cotidianamente para que viva su grupo. Para el individuo de la sociedad burguesa y en primer lugar para el propio proletario, ciertas prácticas de los primitivos parecen de una barbarie terrible. Prefieren relegar a sus viejos impotentes al asilo antes que abandonarlo al hielo y la muerte como los esquimales. Porque para él la vida es un bien. ¡El bien supremo! Le interesa tanto más cuanto es más incapaz de vivirla, cuanto más se le escapa. Desde el fondo de su

⁶⁴ Citado por Sahlins.

⁶⁵ Citado por Sahlins

⁶⁶ Citado por Sahlins.

frigorífico mira con horror a los pueblos caníbales, sin ver que él mismo es devorado por la economía antropófaga.

De la caza a la agricultura

¿Por qué, si estos grupos de cazadores-recolectores son verdaderamente las primeras sociedades de abundancia, no nos hemos quedado en este estadio? ¿Por qué la humanidad se ha metido en la vía de la agricultura y la división en clases? ¿Por qué tener que esperar milenios para "revivir (aunque sea bajo una forma superior) la libertad, la igualdad y la fraternidad de las antiguas gentes? (Morgan)."⁶⁷

En principio, la humanidad no elige el meterse en tal o cual vía. La historia no se hace según la razón. La explicación basada en una especie de tendencia profunda al progreso, la innovación, es insostenible. Existe la explicación "marxista" por el "excedente". Los progresos de la división del trabajo y la productividad entrañan la aparición de un excedente: una producción de bienes superior a lo que es estrictamente necesario a los que los engendran. Esta producción excedentaria se vuelve un envite y la división social del trabajo lleva, en germen, la división en clases. Una relativa abundancia es pues necesaria, una condición previa al surgimiento de las clases.

Así, sin duda, nuestros cazadores, habiendo adquirido un poco de ocio, el tiempo de reflexionar y fabricar útiles más sofisticados, habría pasado a la agricultura que permite una explotación más intensiva del medio y, por tanto, una productividad más alta. A partir de aquí, las mejoras técnicas provocarían y reforzarían la dominación de clase que habría

podido surgir. No habría más que esperar el momento en el que la riqueza usurpada será tan considerable que podrá ser puesta en común.

Desgraciadamente para los pensadores y felizmente para los salvajes, a éstos no les falta alimento y todavía menos ocio. Sin embargo no aprovechan de ello para acumular un excedente, perfeccionar sus conocimientos técnicos o leer manuales moscovitas sobre la concepción materialista de la historia.



El paso a la agricultura puede explicarse sólo por un defecto del paleolítico, por el producto de sus contradicciones o por el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas que trastornaron las relaciones de producción. No ocurrió a causa de algunos descubrimientos o gracias a las revelaciones de los pasajeros de esos OVNI tan comunes en las explicaciones de Invariance. Actualmente, los cazadores-recolectores coexisten con pueblos de agricultores, sin querer apropiarse de su savoir-faire; ¡aunque en ciertas eventualidades se sientan más tentados por su cosecha o su ganado!

⁶⁷ Citado por Engels en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

El abandono de la caza y la recolección como único recurso, ha dependido de causas fortuitas: variaciones climáticas, baja del rendimiento de la caza, crecimiento demográfico, restricción forzada del territorio de caza...

Pero, la iniciación de la agricultura ¿se debe a un hecho fortuito? ¿Es un hecho sin importancia? Evidentemente no. Si las condiciones que han empujado a tal o cual grupo hacia el cultivo o la ganadería son fortuitas, es que el azar, es aquí el camino de la necesidad, permite a las capacidades de la especie de abrirse paso, afirmarse y vencer. El problema no es el del origen, es el de las condiciones inmediatas que han suscitado tal ruptura; ruptura que no ha sido sentida como tal. Desde el momento en que las capacidades existían, que los conocimientos necesarios surgían a partir mismo de las antiguas condiciones de existencia, era ineluctable que en el curso de miles de años, y entre los miles de grupos humanos, se pasase a la agricultura. El problema es saber por qué ésta ha subsistido y ha triunfado. Se puede concebir que no se trata de la superioridad de un modo de vida con respecto a otro, sino de relaciones de fuerza.

No puede reducirse todo a la oposición entre la caza y la agricultura. La transición no ha tenido porqué ser brusca. Las primeras formas de agricultura son extensivas y pueden conciliarse con el nomadismo. La recolección no está lejos del cultivo en chamicera. Durante mucho tiempo en la historia de la humanidad, la caza y la recolección han seguido siendo una parte importante de la subsistencia de los agricultores: constituyen, en caso de mala cosecha, actividades complementarias o de relevo.

Agricultura y aparición de las clases

Durante millones de años, los homínidos, pitecántropos, y hombres de Neanderthal han practicado la caza y la recolección con útiles rudimentarios del tipo que continúan utilizando nuestros "modernos" Tasaday. Las primeras huellas de fogones datan de hace 700.000 años. El paso a la agricultura es muy reciente —algunos miles de años— y está, pues, muy ligado a las capacidades de la especie homo sapiens (aparecida hace aproximadamente 40.000 años, al principio del Paleolítico superior) que es hoy la única especie humana después de la destrucción-absorción del hombre de Neanderthal.

La agricultura llevaba el germen del desarrollo futuro que era absolutamente imposible sobre la base de la caza y la recolección. Implicaba la posibilidad y la necesidad de hacer reservas, de prever... Favorece una permanencia en el hábitat lo que permite una gran estabilidad en las relaciones sociales; se sale del "diletantismo".

¿Por qué las sociedades agrícolas han podido triunfar sobre las sociedades de cazadores-recolectores? Digamos primero que eso ha llevado muchísimo tiempo. No son los agricultores primitivos los que verdaderamente han amenazado a los cazadores-recolectores. Fueron las sociedades de clase imperialistas antiguas las que los han destruido o rechazado y, hace algunos siglos, el empuje del capitalismo remató este retroceso.

La agricultura permite una explotación más intensiva del medio, por tanto no una mejor productividad por persona, sino un mayor número de personas sobre un mismo territorio, la constitución de conjuntos sociales más importantes y estables. El hecho de que la agricultura permita una verdadera aparición de un producto

conservable, almacenable, transportable, suscita la aparición de explotadores. Ésta es favorecida por la división que tiende a instaurarse entre un agricultor —que cesa automáticamente de ser un guerrero, como el cazador— y los que van a ocuparse de saquearlo o de "defenderlo".

La relación entre la naturaleza de lo que se produce y el desarrollo de las sociedades de clase no carece de importancia. Los cereales son los pilares de los grandes imperios: trigo en el entorno mediterráneo, arroz en China, maíz para el imperio Inca. Este último impuso el cultivo de maíz en lugar del de los boniatos incluso en regiones que eran menos favorables para dicho cultivo. Esta función de los cereales está ligada por una parte al hecho de que son medibles, almacenables... y por otra parte a los métodos y la sofisticada infraestructura de cultivo que exigen.

La derrota de los cazadores-recolectores era inevitable. Corresponde a la victoria del desarrollo de las fuerzas productivas y la potencialidad de la especie. Pero este determinismo no es un determinismo interno a las sociedades; no corresponde a una ventaja inmediata.

La historia y las formas sociales que se suceden no pueden explicarse sólo por una tendencia espontánea de aumentar la producción del trabajo que utilizaría a partir de las divisiones internas de la sociedad. Como escribe Marx, el trabajo es él mismo un producto histórico elaborado: "El trabajo parece ser una categoría muy simple (...), sin embargo (...) el trabajo es una categoría tan moderna como las relaciones sociales que engendra esta

abstracción simple" (*Contribución a la crítica de la economía política*, 1858-1859). La relación del hombre en su entorno no puede, no más que en el desarrollo de la historia, ser reducida al trabajo, a la evolución de su productividad y a esta tendencia al bienestar que se manifiesta por el aumento de un excedente que es desgraciadamente confiscado. Esta es una visión sacada de la realidad del capitalismo y que se proyecta sobre una época anterior.

De un comunismo a otro

El estudio de Sahlins, que tiene el mérito de no detenerse en el lado vivido, afectivo, de la realidad, en la concepción del "salvaje" para el cual el trabajo no tiene realidad, muestra que la riqueza del primitivo no es el resultado, el coronamiento, de su actividad "productiva".

Lo que determina la productividad de la caza y la recolección, el trabajo del primitivo si se quiere, es la relación global que mantiene con su entorno: movilidad, dispersión, cohesión social, control demográfico. El historiador T. Jacob, que desentierra los pitecántropos en Java, después de haber evocado una posible prohibición del incesto tendiente a reforzar la cohesión social, escribe: "(...) podría ser que desde el pleistoceno las familias de pitecántropos hayan practicado voluntariamente la "planificación familiar" a través del infanticidio y el geronticidio a fin de resolver sus problemas económicos. Esta hipótesis debe ser considerada, incluso si preferimos pensar haber inventado nosotros mismos, en el siglo XX, los programas de control de la población mundial."⁶⁸ Esta relación del hombre con su entorno no se reduce forzosamente a una simple

⁶⁸ T. Jacob, *L'Homme de Java*, "El hombre de Java" en *La Recherche*, N° 62, diciembre de 1975.

utilización sin transformación ni restauración. Los esquimales se cuidan de no destruir demasiado la caza. Así, una vez introducido el fusil, no matan una bestia más que después de haberla arponeado previamente. La grande y rica pradera norteamericana, en la que pastaban los bisontes, es el resultado de la actividad ancestral de los indios americanos para extenderla.

No se puede pretender que el cazador tenga una relación de tipo animal con su entorno. Fabrica y utiliza útiles con una gran habilidad. Habilidad que podrían envidiar muchos obreros taylorizados e intelectuales transistorizados. Sobre todo, tiene un conocimiento extraordinario y amoroso de su medio: "Esto es mi patria. Mi patria me conoce"⁶⁹. Lo que le distingue de los animales son ciertas dotes intelectuales, su capacidad para concebir un objeto, para fabricarlo y para representarse su entorno. Elkin describe, después de haber descrito a los aborígenes australianos ejecutando sus útiles de piedra: "Los objetos labrados fabricados por los aborígenes testimonian la habilidad de estos hombres para realizar, de forma perfecta, hasta en los mínimos detalles, los modelos que se representan perfectamente en su pensamiento. Su arte proporciona también la prueba de esta aptitud mental (...) los pequeños indígenas tienden, ellos mismos, a ejecutar de esta manera las acuarelas que se les pide que hagan. Esto era una cosa interesante de observar. En lugar de trazar sobre la hoja de papel los diversos contornos del paisaje que ha elegido representar —la montaña, el valle, el camino y los árboles— y completar este esbozo coloreando cada una de las partes del conjunto, el niño pone todo al mismo tiempo, tanto los detalles como los colores, tanto

que el cuadro entero surge de una vez de un lado a otro de la página como si en cierto modo, se lo desarrollara, y tal como de hecho, lo tenía en el ojo y el espíritu antes de comenzar. El aborígen, que vive de los recursos que le ofrece la tierra, se encuentra en contacto directo y permanente con ella, el aspecto y el relieve del paraje que lo rodea le son familiares hasta tal punto que tiene un conocimiento "fotográfico" de él. Es casi imposible hacernos una idea de esto, porque nuestras condiciones artificiales de vida se oponen a este tipo de percepción de las cosas."⁷⁰

Seguro que la representación puede ser la enemiga de la imaginación, la seguridad la enemiga del tanteo y por lo tanto de la experimentación, pero se está muy lejos del animal en este mundo en que se ejerce verdaderamente una capacidad de abstracción que se manifiesta también en una mitología y unos sistemas de parentesco complejos. Esta forma de ser, esta relación intelectual/sensible con el entorno, supera de hecho la habilidad técnica. Es ella la que hace la fuerza del cazador y le permite mantenerse con vida.

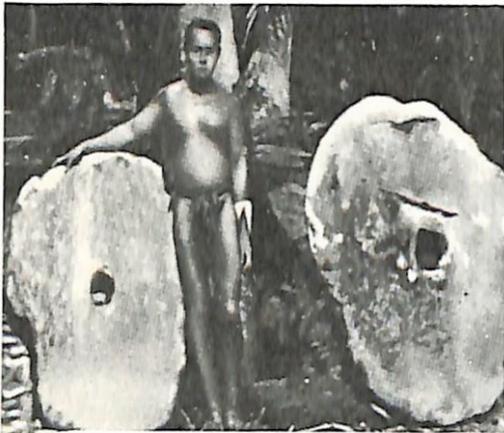
¿Se puede hablar de comunismo primitivo? Algunos han discutido el término, temiendo la confusión entre un pasado y un futuro muy diferentes. Se ha puesto en duda la existencia de la propiedad común, del matrimonio de grupo original tan querido a Engels. Se ha descubierto relaciones de explotación entre viejos y jóvenes, primogénitos y menores, en ciertas sociedades primitivas agrarias; sin ser sociedades de clase, ¿son comunistas?

No se puede ser purista y buscar fronteras absolutas entre sociedades comunistas y sociedades de explotación. Se encuentran muy pronto relaciones de explotación y

⁶⁹ Citado por Gessain

⁷⁰ Citado por Gessain

dominación más o menos afirmadas, más o menos permanentes. ¿El caníbal explota al que devora, al consumir el "trabajo" acumulado en la grasa de su festín: "hay buena plusvalía"? Igualmente en las formas de circulación de los bienes entre los primitivos, se puede encontrar el origen del cambio e incluso formas embrionarias de moneda. Por lo demás, esto no quiere decir que son estas formas las que han engendrado históricamente la economía mercantil, como tampoco la industria moderna ha salido de las manufacturas de tejido incas.



Aunque muy engorrosos, estos discos de piedra se usaron como "moneda" en las islas Carolina hace menos de un siglo.

¿La existencia de la propiedad común, del matrimonio de grupo? Es mitología. Una especie de punto cero de la propiedad privada y de la familia. Un estado de indiferenciación que precedería a la diferenciación, la naturaleza original antes de la civilización.



Comunismo no significa propiedad común por oposición a la propiedad privada, sino abolición de la

propiedad. Y esta abolición no quiere en absoluto decir: relaciones indiferenciadas en que todo pertenece indistintamente a todos. Esto vale tanto para el comunismo moderno como para el pasado. Entre los cazadores-recolectores, las reglas de reparto, de distribución de los productos de la caza son estrictas, no dejan reinar el azar. Se basan en las relaciones de parentesco y eventualmente prohíben a los cazadores comer lo que han matado ellos mismos. Igual para las reglas que prohíben o favorecen las uniones sexuales⁷¹.

El comunismo futuro encontrará, más allá del trabajo y la producción, la relación global de los primitivos con el entorno. Dejará atrás la etapa del homo faber, del hombre que fabrica.

La abundancia de la humanidad primitiva estaba fundada en el mantenimiento de una débil densidad de población. Los pequeños grupos humanos utilizaban su entorno sin transformarlo en profundidad. La humanidad futura será numerosa y eficaz técnicamente. Pero, desembarazada de la competencia y los antagonismos que la atraviesan y la animan, no sumará una multitud de procesos productivos separados, que se traduzcan por evolución incontrolada, inesperada y desastrosa. Cada transformación particular se hará en función de una evolución y un equilibrio globales.

No se tratará tanto de producir, como de participar en la mejora y el enriquecimiento del medio ambiente humano. Cada individuo participará en los esfuerzos y los gozos sin querer y sin tener necesidad de acaparar una parte del patrimonio común. Podrá llevar una existencia de nómada

⁷¹ Publicaremos en un próximo número un artículo sobre el reparto y el "intercambio" en las sociedades primitivas que criticará a los

autores clásicos como Malinowski, Mauss, Levi-Strauss...

porque en todos sitios estará en su casa. Perderá el sentido de la propiedad, no se aferrará a los objetos, porque no temerá que le falten; no se inquietarán así ni el cuerpo ni el espíritu. No se puede ser libre, seguro, disponible, rico en deseos y posibilidades sin una cierta desposesión personal. Desgraciado burgués que lleva su riqueza como un caparazón sobre su espalda. Y aún más desgraciado proletario que no posee ni el avión ni el yate para transportarse él y sus penates.

No es cosa de confundir pasado y futuro. El retorno al paleolítico no es posible, si se excluye la hipótesis de una liquidación de la casi totalidad de la humanidad y la civilización por una guerra nuclear. No es deseable tampoco. Las costumbres de las sociedades de cazadores-recolectores pueden parecernos crueles; las condiciones de vida, poco confortables; sin embargo lo que distingue verdaderamente esta época de las aspiraciones que ha producido el mundo moderno, es su carácter limitado. Los cazadores se contentan con lo que tienen y se contentan con poco. Las posibilidades son reducidas, el horizonte estrecho, las preocupaciones materialistas. Este modo de vida se revela un tanto soso. Estos potlachs, estas fiestas, estas extravagancias sexuales, son sobre todo el fruto de la imaginación de los viajeros: curas, sabios, comerciantes, que, teniendo pocas posibilidades de comparación, se hacen ilusiones rápidamente. La vida sexual de los esquimales parece más bien como prudente y moderada, incluso si algunos de ellos han tenido que romper el cráneo de algún cura que no quería hacerles la cortesía de follarse a su mujer.

El paso a la agricultura, a las sociedades de clase, al capitalismo, ha sido el modo doloroso para que se

desarrollasen las posibilidades de la especie; la deshumanización del trabajo, el medio de acceder a una actividad verdaderamente humana. Ya es tiempo de salir de la prehistoria.



"No hay indio, por miserable que sea, que bajo su choza de corteza de árbol, no mantenga una soberbia idea de su valor individual; considera las ocupaciones de la industria como ocupaciones envilecedoras; compara el cultivador al buey que traza un surco y en cada una de nuestras artes, no percibe más que trabajo de esclavos. No es que no haya concebido una idea muy alta del poder de los blancos y de la grandeza de su inteligencia; pero, si admira el resultado de nuestros esfuerzos, desprecia los medios que nos los han hecho obtener y, mientras sufre nuestra influencia, se cree todavía superior a nosotros."

Alexis de Toqueville, *De la democracia en América* (1840)



"Creed que por muy miserables que parezcamos a vuestros ojos, nosotros nos vemos, no obstante, como más felices que vosotros, por el hecho de que nos contentamos con lo poco que tenemos... Seréis profundamente decepcionados si pensarais persuadirnos que vuestro país es mejor que el nuestro. Sin embargo, si Francia es, como decís, un pequeño paraíso terrestre, ¿es sensato dejarlo? ¿Y por qué abandonar mujeres, niños, parientes y amigos? ¿Por qué arriesgar vuestras vidas y vuestros bienes cada año? ¿Por qué aventuraros y tomar tales riesgos, cualquiera que sea la estación, afrontar las tempestades y las tormentas del mar para venir a un país extranjero y bárbaro que consideráis como el más pobre y

desgraciado de la tierra? Estamos convencidos de lo contrario y no nos tomamos la molestia de ir a Francia porque tememos, a justo título, no encontrar allí más que pocas satisfacciones ya que vemos a los que han nacido allí dejarla cada año para venir a enriquecerse a nuestros ríos. Os creemos, por otra parte, incomparablemente más pobres que nosotros y a pesar de vuestra apariencia de jefes y grandes capitanes, no sois más que simples jornaleros, lacayos, sirvientes y esclavos que os alegráis de nuestros viejos trapos y miserables vestidos de piel que no nos sirven más, y venís a buscar aquí, pescando bacalao, con que consolaros de la pobreza y la miseria que os abruma. Mientras que nosotros encontramos todas las riquezas y todas las comodidades en nuestro país, sin esfuerzos, sin exponernos a todos los peligros que vosotros afrontáis constantemente en el curso de vuestros largos viajes. Y es como un sentimiento de compasión por vosotros, que en la dulzura de nuestro reposo, admiramos el esfuerzo que os dais, noche y día, para llenar vuestros navíos. Vemos también que todo vuestro pueblo no vive más que del bacalao que pescáis en nuestro país. Siempre bacalao, y nada más que bacalao; bacalao por la mañana, bacalao al mediodía, y bacalao por la noche, y otra vez bacalao; hasta que las cosas llegan a tal extremo que cuando queréis regalaros con un buen trozo, es a nuestra costa; y estáis obligados a recurrir a los indios que tanto despreciáis y les mendigáis el producto de una caza para regalaros. Ahora, decidme si tenéis un poco de buen sentido, cuál de los dos es el más prudente y el más feliz: el que trabaja sin cesar y no obtiene más que a grandes penas lo justo para vivir o el que reposa confortablemente y encuentra todo lo que necesita en los placeres de la caza y la pesca?"

Un jefe indio Micmac (1676) en *Pieds nus sur la terre sacree* (antología)



"Pero la peor laguna de ese tipo es el defecto de las investigaciones sobre el período primitivo o Edén. Existen masas de arqueólogos materiales y ni un arqueólogo social. Quieren remontar a 14.000 años basándose en las inscripciones, el zodíaco de Denderah, etc. ¡JA!, que remonten solamente a 5000 años, a los 3 primeros siglos de la raza humana, anteriores al diluvio; y si logran descubrir que orden doméstico y social existía entonces, habrán abierto el camino hacia el más bello de los misterios, la distribución por series contrastadas."

Charles Fourier, *Teoría de la Unidad universal* (1822)

En preparación:

Apuntes para una historia de la aversión de los obreros al trabajo: Cuencas mineras de la región asturiana (S XIX-1919).

